NECRÓPOLIS DE CARMONA

MEMORIA

ESCRITA EN VIRTUD DE ACUERDO

DE LAS

REALES ACADEMIAS

DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE AMBAS ACADEMIAS

Y

PUBLICADA DE ORDEN Y Á EXPENSAS DE LAS MISMAS



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1885

NECRÓPOLIS DE CARMONA



NECRÓPOLIS DE CARMONA

MEMORIA

ESCRITA EN VIRTUD DE ACUERDO

DE LAS

REALES ACADEMIAS

DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE AMBAS ACADEMIAS

Y

PUBLICADA DE ORDEN Y Á EXPENSAS DE LAS MISMAS



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1885



Al [illegible] de Sevilla

en su visita á la Necropolis Romana de Carmona

el 5 de Noviembre de 1911

Recuerdo de

Juan Fernández López

PRELIMINAR.

Al cumplir el encargo con que se sirvieron honrarme las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando,—después de haberlas representado por nombramiento de una y otra en la visita á la Necrópolis carmonense, para la que fueron atentamente invitadas por los Sres. Fernández López y Bonsor,—de escribir una Memoria sobre aquellos importantes descubrimientos, he vacilado mucho acerca del plan que debía seguir en este trabajo. Limitarme á dar cuenta de lo que allí observé, sin ofrecer los antecedentes necesarios para la mejor inteligencia de los monumentos, me parecía exigua tarea, impropia de la importancia de éstos, y de las Corporaciones que, velando por los adelantos de la Historia, de la Arqueología y de las Artes, aspiran constantemente á adelantar, difundir y extender en nuestra patria los transcendentales estudios que forman el objeto de su instituto. Por esta razón no me he limitado á reproducir los dibujos que de allí traje, debidos todos ellos al peritísimo artista D. Jorge Bonsor, uno de los descubridores, seguidos de sucinta explicación que facilitase su conocimiento, sino que, dilatando por más extenso campo mis aspiraciones, he procurado reunir en estas páginas cuanto con aquellos monumentos puede tener relación, para que de todo ello resultara cumplida idea, y se formase acertado juicio de tan notabilísimas y peregrinas antigüedades.

Lo primero hubiera sido, sin disputa, más fácil. Lo segundo me ha ocupado más de tres meses en estudios é investigaciones, cuyo resultado es el que tengo la honra de presentar á ambas Academias y al público en esta monografía.

Antes de empezar, sin embargo, debo cumplir con ineludible obligación de gratitud, consignando en este lugar la digna y delicada manera con que fuimos recibidos al realizar nuestra visita el día 24 de Mayo último, en unión de ilustradas personas, así de Carmona como de Madrid y Sevilla.

Esperaban los diligentes arqueólogos á sus invitados en la estación del ferrocarril, y en los tres coches que tenían dispuestos los condujeron al teatro de sus investigaciones, donde les hicieron descansar en una elegante tienda de campaña, levantada en medio de un olivar, para que pudiera librarles, en los ratos de reposo, de los rigores de un sol ardiente, que en aquellas regiones abrasa ya, como en los más fuertes días del período estival, al terminar la primavera. Las personas que allí se reunieron, además de los descubridores y del que esto escribe, fueron las siguientes: los dignos alcaldes de Sevilla y Carmona, D. José María de Hoyos y D. Nicanor López Blanco; el ilustrado sacerdote, antiguo arcipreste y cura hoy de Santa María de Carmona, D. Sebastián Gómez Muñiz; el reputado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, Don Claudio Boutelú; el distinguido arqueólogo sevillano, D. Fernando Belmonte y Clemente; el reputado arquitecto y dignísimo director de las obras de la catedral de Sevilla, D. Adolfo Fernández Casanova; el estudioso y ya reputado numismático, D. Adolfo Herrera; el entusiasta investigador, correspondiente de la Academia de la Historia, D. Antonio María Ariza; el inspirado poeta carmonense, D. Mariano Trigueros y González; el reputado periodista D. Francisco José Orellana; y los ilustrados Sres. D. Manuel Mérida Sánchez, D. Emigdio Serrano Davilla, D. José María Roby, D. Diego Díaz y Martín, D. Juan San Juan, D. Manuel Madrazo Escalera, D. Juan García Hermosius, D. J. J. Gómez, D. Ramón Pinzón, D. Jorge Vega y Peláez, D. Antonio Pérez Talavera, D. Francisco Cortés y D. Antonio Cabreras.

El orden con que se verificó la visita está marcado en el siguiente itinerario, que con gran acierto y previsión repartieron los señores descubridores á los invitados, para que les sirviera de guía en su arqueológica excursión:

ITINERARIO

PARA LA VISITA Á LAS EXCAVACIONES DE LA NECRÓPOLIS ROMANA DE CARMONA, EL DÍA 24 DE MAYO DE 1885.

(Este itinerario estaba indicado por un número de orden pintado con bermellón en la entrada de cada tumba.)

PRIMERA PARTE.

CAMPO DE LAS CANTERAS.

Grupo A.—Excavaciones del invierno de 1883.

Las Motillas (Túmuli).

1 *Tumba de Prepusa.*—Al lado de la vía romana, con puerta, patio, ustrinum, sala funeraria de seis hornacinas, ara, etc.

2 *Tumba núm. 13 del plano.*—Con dos sillares cerrando su entrada: en el interior cinco hornacinas.

3 *Tumba de la Urna de cristal.*—Con escalera, seis hornacinas é indicaciones de pinturas.

4 *Tumba de la Escalera. (Núm. 19 del plano.)*—Con siete hornacinas.

5 *Tumba con dos entradas. (Núm. 20 del plano.)*—Con dos salas funerarias, cada una de cinco hornacinas.

6 *Tumba núm. 21 del plano.*—Con siete hornacinas.

7 *Tumba del Romano. (Núm. 23 del plano.)*—En ruina; caída la bóveda.

8 *Tumba núm. 24 del plano.*—Construída con grandes sillares: en ruina.

9 *Tumba núm. 33 de idem.*—Con bóveda de sillares.

LA CANTERA MENOR.

10 *Bustum. (Núm. 38 del plano.)*—Quemadero.

Grupo B.—Excavaciones de la primavera de 1883.

11 *La vía romana.*—(Vía Augusta) y sus tumbas.

12 *Tumba de las columnas. (Núm. 2).*—Con escalera, corredor, sala funeraria con bóveda sostenida por cuatro pilares, y 19 hornacinas.

13 *Tumba de Hoyos. (Núm. 3).*—Con una entrada de 0^m,40 en cuadro, escalera, y sala funeraria de seis hornacinas.

14 *La cantera mayor y su tumba.*

Descanso en la tienda de campaña.

SEGUNDA PARTE.

CAMPO DE LOS OLIVOS.

Grupo C.—Excavaciones del otoño de 1884.

15 *Tumba núm. 180.*

16 *Tumba de los cuatro departamentos. (Núm. 172.)*—Con cuatro salas funerarias, unidas por un corredor, y 20 hornacinas.

17 *Tumba del Ustrinum.*—Con el quemadero unido á la tumba; la sala tiene cuatro hornacinas y un *subgrundarium.*

18 *Tumba de las guirnaldas.*—Con escalera, bóveda abierta y 12 hornacinas.

Grupo D.—Excavaciones del invierno de 1882.

19 *Tumba núm. 181.*—Con pozo de entrada muy hondo y sala con una sola hornacina.

20 *Tumba núm. 182.*

21 *Tumba del mausuleo circular. (Núm. 100.)*—En la parte exterior se ven sillares puestos en círculo, de 13,85 de diámetro, cimientos de un mausoleo. La entrada de la tumba estaba cerrada con dos grandes sillares. Once hornacinas.

Grupo E.—Excavaciones de la primavera de 1884.

22 *Tumba núm. 151.*—Con escalera y 11 hornacinas.

23 *Tumba núm. 138.*—Con escalera y siete hornacinas.

24 *Tumba de las tres puertas. (Núm. 102.)*—Con tres salas funerarias de siete hornacinas cada una, y restos de pinturas.

25 *Tumba de Postumio.*—Con escalera, patio, ara, sala funeraria de siete hornacinas cada una, y restos de pinturas.

TERCERA PARTE.

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS.

Grupo F.—Excavaciones del verano de 1884.

26 *Tumba núm. 131.*—Con escalera, corredor con dos hornacinas, y sala con cinco.

27 *Tumba núm. 127.*—Con entrada de pozo y cuatro hornacinas.

28 *Tumba núm. 163.*—Sin terminar, y con la puerta indicada.

29 *Tumba núm. 132.*—Con escalera estrecha y nueve hornacinas.

30 *Tumba núm. 171.*
31 *Tumba núm. 122.* } Con entrada de pozo y siete hornacinas.

32 *Tumba núm. 120.*—Con dos salas y un solo pozo de entrada, con una separación en medio: cada sala tiene cinco hornacinas.

33 *Tumba núm. 118.*
34 *Tumba núm. 117.* } Con siete hornacinas.

35 *Tumba núm. 115.*—Con seis hornacinas: contenía más de 40 objetos.

36 *Tumba núm. 114.*—Con tres hornacinas.

37 *Las tumbas del camino del quemadero.*—Son 40.—Las primeras fueron descubiertas en tiempo de la revolución de Setiembre de 1868.

Grupo G.—Excavaciones de 1885.

38 *Columbario y triclinio funerario.*—Con señales de 22 hornacinas, escalera, pozo de 25 metros de profundidad, pila, culina, ara, triclinio, etc.

39 *Tumba de Juan Díaz.*—Con escalera, bóveda abierta y nueve hornacinas. Fué la primera descubierta en esta necrópolis hace treinta años, por el médico D. Juan Díaz. Encontrada por segunda vez en este año.

40 *Pozo.*

41 *Triclinio del olivo.*—Con escalera, patio, triclinio, hornacinas, canal de libaciones, pozo y dos salas.

A cierta hora de la mañana sirvióse á los invitados, en la tienda de campaña, espléndido almuerzo, costeado por los galantes inventores, y después, por la tarde, nos ofreció un verdadero banquete, en su bellísima casa, el docto sacerdote Ilmo. Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz,

terminado el cual tuvimos la fortuna de oir, como complemento de tan inolvidable día, algunas de las inspiradas composiciones del verdadero poeta carmonense, D. Mariano Trigueros, que las recitó á ruego de los comensales.

No cerraremos estas líneas sin consignar nuestro profundo sentimiento de gratitud á unos y otros señores, por las muestras de deferencia que les merecimos, y que indudablemente no eran debidas á nuestra modesta personalidad, sino á la importancia de las Corporaciones que representábamos.

También debemos especial agradecimiento á los Sres. Fernández López y Bonsor, por los datos y dibujos que nos han facilitado para esta Memoria, con una atención y un desinterés comparables sólo á su inteligencia y noble entusiasmo por los estudios que con tanta gloria cultivan.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRECEDENTES HISTÓRICOS.

Carmona.—Su situación.—Sus orígenes.—Noticias históricas de Carmona en la Edad antigua.—Su importancia en aquel período, deducida de sus monumentos y de los recientes descubrimientos de su Necrópolis.—Trabajos de investigación que debieran practicarse en la Acrópolis.—Carmona en la Edad media.—Monumentos árabes.—Imposibilidad de estudiarlos en la presente Memoria.

En medio de fértil y pintoresca vega, rodeada de alegres pueblos y blancos caseríos; sobre elevada colina que se prolonga en dirección de Oriente á Poniente; gozando de un clima tan benigno como saludàble, se levanta, en la carretera de Andalucía, la antigua Carmona, seis leguas al NE. de Sevilla, siendo la población más considerable de esta provincia, fuera de la capital y de Écija, y demostrando sus calles y sus edificios, así religiosos como civiles, la importancia que tuvo en todos tiempos, desde los periodos más remotos de su historia hasta la época moderna.

La posición topográfica de esta población (que lleva el título de ciudad desde el año 1630, en que Felipe IV se lo dió para recompensar la lealtad y largueza con que le había servido), inclina desde luego á creer que fué en todas épocas asiento de un gran pueblo, porque ocupa una altura que domina la extensa y fertilísima campiña llamada la Vega, siendo esta altura, por otro lado, continuación de terrenos accidentados, que por espacio de dos leguas se extienden hasta el Guadalquivir, terrenos donde crecen frondosos los clásicos olivos de Minerva. Así no es extraño que ya César la tuviese en grande estima, por su posición y por su fortaleza, escribiendo, en su tratado de *Bello civili*, que era la más firme y mayor de todas las ciudades de la provincia: *Carmonenses, quæ est*

longe firmissima totius provinciæ civitas[1]; que la citen también Hircio en su libro de *Bello Alexandrino*[2], Estrabón[3] y Appiano[4], y que figure en el Itinerario de Antonino á 22 millas de Sevilla hacia Écija, que son las 6 leguas cortas que hoy se cuentan, ó 5 ½ en el cómputo Antoniniano.

Sin más alteración que la de haber prevalecido en el lenguaje vulgar, como sucedió con muchos nombres en la baja latinidad, el último caso *Carmone*, y permutada la *e* en *a*, Carmona, conserva después de tantos siglos de existencia sin variación su antiguo nombre, indicio el más seguro de su antigüedad y de la época remotísima de su fundación. Este nombre, como dice con su acostumbrada ilustración y recto criterio el sabio anticuario que fué de la Academia de la Historia, D. Antonio Delgado[5], ya se considere de origen ibérico, ó más probablemente de extructura fenicia, debió habérsele impuesto al mismo tiempo que estos orientales se extendieron por la Bética, difundiendo su civilización y comercio; porque estudiadas sus radicales así lo demuestran. *Carmo* puede provenir de כרם *Carm, fundus nobilis et cultus; vinea, olivetum*[6], Carmen, que decimos en nuestro lenguaje poético, y retiene aún del de los Semitas el común decir granadino, para designar las floridas casas de recreo tan características de la antigua capital de los Alahmares; etimología que viene bien al terreno elevado en que está situada la ciudad, el cual, cuando sobre él fundaron, pudo llevar aquellos plantíos al frente de la vega, entonces, como ahora, muy apropósito para criarlos.

Pero ateniéndonos al uso frecuente que estilaban fenicios y cartagineses al denominar sus ciudades por haberlas puesto bajo la tutela de alguno de sus dioses, creería más acertada la opinión del docto P. Fita, que estima proviene el nombre de Carmo, de קר-המון (Car-Hammon), ciudad

1 Lib. II, 19, 5.

2 Cap. 57.

3 3, 2, 2.

4 Iber. 25, 58.

5 *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España.*—Sevilla, 1861; tomo I, pág. 6.

6 Leopol, § 178.

de Hammon ó Baal Hammon, el dios solar, que principalmente se veneraba en Cartago. Así, la célebre Karkemich, llave de la Mesopotamia, era la fortaleza del dios Kamos; Karalis, en Cerdeña, fundada por los cartagineses, la ciudad de Alá, y lo mismo en otras.

Por esta razón, y porque no se da la transcripción conveniente en latín por las lápidas y monedas, no juzgo plausible la etimología de Conde [1], que dice proviene de חרמו *Charmo*, sitio cortado, separado, *septum*, y que así se llamaban las fortalezas y puntos defendidos por naturaleza y arte, como sucede con Baal Charmon en Syria, y lo mismo en un pago en el Antilíbano [2]; *prominens montis vertex*. De todas maneras nos parece casi seguro que el nombre de este pueblo es de origen fenicio; sin que necesitemos recurrir á la opinión del vascófilo Humboldt, que supone proviene esta palabra, *Carmo*, de dos monosilábicas; *car*, partícula inicial frecuente, significando altura, y *men*, *maen* y *mon*, fuerza y elevación, y ambas reunidas, *colina fuerte*. La teoría del docto alemán estriba sobre una hipótesis que los hechos y monumentos ni han demostrado, ni parece que debe tener aplicación en el Mediodía de España.

En algunos de los antiguos autores que mencionan á Carmo se encuentra algo alterado el nombre, como sucede en Appiano Alejandrino, el cual, al referir que habiendo vencido Viriato al procónsul romano Servio Galba, éste, después de largas marchas, se acogió á la fortaleza de Carmo, unas veces la llama *Karcomen* y otras *Carbonem*, equivocaciones fáciles de explicar por lo muy frecuentes que eran en los antiguos copistas, así como la de Tolomeo, que la llama Carmonia.

Carmo fué una de las más importantes poblaciones de los Turditanos ó Turdetanos, que eran los Thersitas ó Tartesios propiamente dichos, que poseían las campiñas de Huelva, Sevilla, Écija y Medina-Sidonia, según ha consignado con su inapelable competencia el Excmo. Sr. Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe en su discurso de contestación al de ingreso en la Academia de la Historia del autor del presente estu-

1 Xerif al Edrisi: pág. 176.

2 Leopold. § 128.

dio[1]; Turdetanos, que según opinión del docto P. Flórez[2], apoyado en Estrabón, tuvieron su capitalidad en la antigua *Asta*, llamada Regia por Plinio, de donde sospechó el célebre poeta y arqueólogo Rodrigo Caro que allí hubiera estado la corte del rey Argantonio.

Nota con razón el Sr. Delgado, que Plinio, el más prolijo de todos los geógrafos de la antigüedad, no mencione á Carmona, silencio ú omisión que fundadamente, dice, hace suponer, que el texto de todas las ediciones que conocemos viene desde muy antiguo mutilado, como se nota al buscar nombres de otras poblaciones importantes, porque no es creible dejase de mencionar ciudad tan noble y principal como Carmona, cuando se ocupó de otras de muchas menos valía.

Como pertenecientes los carmonenses al pueblo tartésico de los Turdetanos, que fueron de los más adelantados en la cultura ibérica, hasta el punto de asegurarse que siglos antes de J. C. tenían ya leyes escritas en verso, debieron dedicarse desde muy antiguo á la industria y á las artes, poderosamente influídos por las corrientes de las diversas civilizaciones que se confundían y compenetraban más que en ninguna otra parte, en el Este y en el Mediodía de nuestra Península.

No es esta ocasión de repetir lo que ya con extensión expusimos en nuestro estudio sobre las antigüedades del Cerro de los Santos, presentado á la Real Academia de la Historia al tomar posesión de la plaza de Académico de número, con que nos había honrado, acerca de las influencias egipcias, fenicias y griegas que en diversos monumentos encontrados en aquella región se notan, limitándonos para nuestro propósito á consignar la existencia de tales influencias, hoy ya admitidas sin género de duda, y á añadir que entre dichas corrientes civilizadoras no puede menos de contarse también la tirrénica, pelásgica ó etrusca, que se deja sentir más que en ninguna parte de la Península en las costas de Cataluña, y que además de las conocidas antigüedades de la tirrénica Tárraco, se demuestra con las que ha descubierto en una necrópolis de época anterior á la romana, el año 1881, D. Juan Rubio de la Serna, en

1 Pág. 139.

2 *España Sagrada.* Tomo X, pág. 33.

Cabrera de Mataró (Barcelona), antigüedades que ha ilustrado con docta y erudita Memoria, enriquecida con diez bien dibujadas láminas, enviando el manuscrito á la Real Academia de la Historia, á la que le dedica su trabajo, y que tiene acordada su publicación.

Sin entrar tampoco en disquisiciones acerca de las diferencias de Turdetanos y Túrdulos, porque no cumplen á nuestro propósito, consignaremos, sin embargo, que sólo pueden señalarse los límites de los Turdetanos por la demarcación de Tolomeo, que les dió la parte Occidental de la Bética, comprendiendo á Écija, Sevilla y Medina-Sidonia, con todo lo que cae al Occidente de estas poblaciones y de la línea que se tire desde Sierra-Morena hasta el medio del Estrecho, siendo lo incluído en este espacio hasta el Guadiana de los Turdetanos béticos, exceptuando un poco que tocaba á los célticos.

Según el mismo Tolomeo, proseguían las poblaciones de los Turdetanos por la otra parte del Guadiana, que era de la Lusitania, abrazando hasta el Cabo de San Vicente ó *Promontorio Sacro*, con todo y aun algo más de lo que hoy pertenece al reino del Algarbe.

Y no sólo había Turdetanos fuera de la Bética por el confín de la Lusitania, sino también en la Tarraconense, no lejos de Sagunto, según el testimonio de Tito Livio en sus Décadas 3.ª y 4.ª [1], donde escribe que eran los Turdetanos *la gente menos varonil de España;* pero que confiando en su multitud y en 10.000 Celtíberos que tomaron á sueldo, se atrevieron á hacer cara á los Romanos mandados por el pretor Publio Manlio, sucesor de Quinto Minucio y subalterno del cónsul Marco Porcio Catón, á quien tocó la España Citerior, como á Apio Claudio Nerón la Ulterior, según refiere el mismo Tito Livio en la citada Década 3.ª, lib. III, cap. XVIII.

No hemos de seguir la discusión referente á las diferentes regiones que poblaron los Turdetanos en Iberia, bastándonos con lo consignado por Tito Livio acerca del carácter de aquellos antiguos habitantes de nuestra Península, que como sucede siempre con los pueblos muy dados al cultivo de la agricultura, la industria, las artes y el comercio, eran

1 Libro III, cap. 31, 416; 4, cap. 7 y 9.

más aficionados á las pacíficas y productoras tareas de la paz, que á las agitadas y sangrientas de la guerra. Este carácter ha de explicarnos ciertas particularidades notabilísimas de la Necrópolis de Carmona, cuyo estudio empezamos, por lo cual todavía tendremos que insistir en algunos procedentes histórico-numismáticos, aunque tengamos que contradecir al hacerlo, á sabios tan justamente reputados como el respetable maestro agustiniano Fr. Enrique Flórez, en su ya rara obra intitulada *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*. Dice en ella [1] que «la fortaleza que Julio César refiere en la ciudad de Carmona, se hallaba también en los hábitos de sus habitadores, marciales hasta en las monedas, pues á Marte debemos aplicar la cabeza adornada de morrión, figura la más usual que adorna las medallas de Carmona». No creemos sea esto exacto. Según ha hecho notar también el señor Delgado en su citada obra, los fenicios y los penos, que de ellos provenían, creyeron en una tríade divina, base de su culto religioso, á saber: Baal ó Cronos, Tanaith ó Astarte, y Melkart-Hércules. Cronos ó Baal Samen, conocido por los penos con el nombre de Omanus, que Estrabón considera de procedencia persa, significaba *Señor del Cielo*, según nos testifica San Agustín, de origen púnico ó cartaginés [2]. El culto de Omanus ó Amanus se extendió en España, como lo prueban antiguas inscripciones.

Astarté, cuyo nombre proviene de Astaroth, quiere decir *estrella*, se reputó como la Gran Diosa, la diosa celeste de Sidón, la Cibeles de la Syria, y la madre de los dioses de Cartago. Esta fué nombrada también *Tanais*, originaria de la alta Asia, sea de nombre, ó sea de idea, como dice Movers. Era la diosa de la luna, del fulgor de las estrellas, diosa virginal y marcial, y se identificaba con la Artemis persa, y ante todo con la Asiria. La influencia religiosa que los pueblos de la alta Asia ejercieron sobre los seméticos en una época remota, está demostrada.

A esta diosa, bajo el nombre asirio de Tanais y del egipcio Neith, que es la misma Astarté, se la figuraba bajo diferentes formas, según las

1 Tomo I, pág. 288.

2 *Baal punicis videtur dicere Dominum: nam Baal Samen queis Dominum Cœli intelliguntur dicere: Samen quippe apud eos cœli appellantur.* San Agustín. *Quæs. in Judices.* Lib. VII, 16.

condiciones religiosas en ella supuestas. Los atenienses aceptaron su culto bajo el nombre de Athena, y de aquí Atenas, y como virgen pura le atribuyeron cualidades guerreras, en lo cual se ve su origen andrógino. Esta divinidad procedía de la primitiva asiria *Nin* ó *Nannaea*, que dió nombre á la capital Nínive, llamada constantemente Νῖνος y *Ninus* por Heródoto, Diódoro, Josefo, Plinio, Estrabón y Tácito. Su nombre egipcio es (NNIA), como ha demostrado Champollión (Gram. 150). En caracteres cuneiformes se pronuncia Ninna [1]. Dos lápidas españolas se han encontrado alusivas también al culto de esta divinidad *panthea*: una de Cazlona (Hübner 3,294, 3.302) y otra de Ampurias, que no cita Hübner; pero que ha publicado Quintanilla en sus *Datos estadísticos sobre la provincia de Gerona* [2]. Es el *Venus almus* de los antiguos romanos, y se le daba culto junto á la puerta Viminal con el nombre de *Naenia*.

El nombre de esta divinidad hermafrodita, Nino, precedido del artículo T produjo la *Thanais* fenicio punica, la 'Αθηναις griega y Diana latina, antigua Διωνη, Δηιωνη griega y la 'Αθηνη ó Minerva, que como hemos dicho dió nombre á la capital de Atica, según vió claramente Plutarco, cuya autoridad parece preferible á la de los que quieren derivarla del sanscrito Arana. Seguido de T ó TH, signo de género femenino, produjo, según ya indicamos, la Neith egipcia y Anaitis asiria, contracción de la Aunonit-is emporitana ó Aninaunit de Cazlona [3].

Las cabezas imberbes galeadas de las monedas autónomas de España que llevan á la vez facciones pronunciadas, no es á Marte á quien representan, sino á la diosa de origen fenicio *Tanaith*, en la antigua España probablemente Aninaunit, que más extendida la mitología greco-romana, á cuya época pertenecen las monedas citadas por el P. Florez, se identificó con su última manifestación greco-latina de Palas ó Minerva; gradación que puede seguirse precisamente estudiando las monedas de Carmo.

1 *Hincks, transations of the R. rish Academy*. Tomo XXII, 1852, pág. 328.

2 Gerona, 1865; pág. 169.

3 *Antigüedades del Cerro de los Santos*, por el autor de esta Memoria; pág. 41 y siguientes.

En las varias emisiones de ellas, desde la segunda guerra púnica hasta la instalación del Imperio, encontramos diversas representaciones de la misma divinidad, que señalan la transformación de su antiguo tipo, en el que generalmente siguieron los romanos. Así vemos, en los medallones y grandes bronces que comprenden desde el número 1 al 5 del catálogo de estas monedas, en la obra del Sr. Delgado, dicha cabeza imberbe con la galea ó casco sin cimera, como en otras monedas de varias ciudades de la Bética, tales como Caura, Iliberi y Lástigi, todas ellas acusando un primer periodo en que todavía no predomina por completo la civilización romana. En otros grandes bronces, señalados con los números 6, 7, 8 y 9, se ve ya predominar esa misma civilización romana, pues los dos primeros llevan marcadamente la cabeza de aquella antigua divinidad convertida en la Palas ó Minerva romana con el casto *cristato*, cuya cimera está vuelta ó replegada hacia adelante. El P. Florez creyó que esta cabeza podía aludir á la diosa Cibeles, con su Attis, «al cual figuraban los antiguos con mitra,» añadiendo con este motivo «que de Oriente vino la superstición á España, acaso por los Phrigios; que los Persas veneraban al sol en Mitras, y segun Varrón, los Persas poblaron en España», conjeturando si aludirian á aquél en la figura de la expresada mitra.

En verdad que no merece séria refutación la conjetura del docto agustino, basada en el nombre de *mitra* y en ver la figura de ella donde no existe. La cabeza de la moneda á que se refiere el P. Florez es simplemente la cabeza de Palas, á la manera que se representa en los denarios de la familia Poblicia, como ha escrito con gran acierto el Sr. Delgado. Esta misma degeneración del antiguo tipo de la divinidad *Tanaite* lo vemos en el número 9, cuya cabeza de Palas con casco cristato y alado es completamente igual á la que aparece con tanta frecuencia en los denarios romanos bigatos ó cuadrigatos, que circulaban con profusión en todas las provincias sujetas al poderío de Roma; siendo de notar que en la moneda número 7, y aun en la 9, se ven los cabellos de la diosa saliendo por debajo del casco, circunstancia que recuerda que aquella divinidad los llevaba más largos que las otras, y los juramentos que por ellos se hacían.

No es, pues, representación de Marte esta cabeza, sino de Palas ó Minerva, diosa tanto guerrera como protectora de la agricultura y de las artes de la paz, bajo cuya acepción la encontramos en estas monedas, como lo confirma el tipo de Mercurio, dios del comercio, que aparece en la moneda núm. 8, casi de la misma manera que se encuentra en un denario de la familia Mamilia.

Las influencias fenicias que habían de sentirse en la antigua Carmo, se reflejan en el Hércules fenicio con la piel del león, que á pesar de su tosco dibujo, claramente se descubre en las monedas 11 y 12 de la misma obra de Delgado, así como en la 10 el mismo recuerdo, pero ya influído por los romanos, con el busto de Hércules vuelto de espaldas, con la vista á la izquierda y la clava al hombro, de igual manera que aparece en otro denario de la familia Quinctia. Las corrientes tirrenáicas que también hubieron de sentirse en Carmo, claramente se descubren en las monedas 15, 16, 17 y 18, que llevan en el anverso la cabeza desnuda del Hércules tirrénico, de facciones enérgicas, acompañada en muchas de ellas con el símbolo característico del delfin; así como las influencias líbicas, el caballo del número 19. El tipo del reverso de todas las demás puede decirse (fuera del caballo y el caduceo de Mercurio), que es constantemente el de dos espigas de trigo, y en el centro el nombre de la ciudad entre dos líneas, ó dentro de un rectángulo ó *cartucho* á la manera egipcia.

Los asuntos, pues, de las monedas carmonenses, en nada se refieren á un pueblo esencialmente guerrero, como supone el docto agustino, sino á una ciudad esencialmente agrícola y entregada á las hermosas tareas de la paz, bajo la protección de sus antiguas divinidades y conservando el recuerdo de sus orígenes.

No podemos seguir, ni atañe hoy á nuestro propósito, la historia de aquella antigua ciudad, limitándonos á añadir que en la guerra civil entre César y Pompeyo, Carmo siguió el partido del primero, llegando los carmonenses, en su lealtad á la fe jurada, hasta á arrojar heróicamente á los pompeyanos de la fortaleza de su antigua Acrópolis, donde habían logrado introducirse; digna conducta que debió influir poderosamente en el favorable juicio que mereció á César aquella antigua ciudad, expresado en la frase que ya transcribimos.

Aun cuando las numerosas monedas carmonenses no revelan grandes adelantos artísticos en ella, no puede negarse que debió alcanzar gran importancia en la época romana, pues así lo demuestran, esa misma abundancia de monedas que revela un pueblo activo y trabajador, puesto que procuraba no escasease nunca aquel medio de cambio, tan esencial al comercio, que sin él puede decirse no existiría; sus inscripciones, aunque no abundantes, de grande importancia; la vía Augusta, que la enlazaba con la capital del convento jurídico hispalense á que pertenecía; entre otros objetos arqueológicos, el monumental pozo que hoy apenas puede visitarse, y que se encuentra á la salida de la ciudad, yendo hacia la Necrópolis, pozo de donde, entre otros fragmentos esculturales, se ha sacado la magnífica cabeza marmórea que se admira en el Museo Carmonense, y que revela el tipo femenil étnico característico del país, conservado á través de los siglos, como puede verse en la lámina XXV que acompaña á esta Memoria, y sobre todo la notable Necrópolis, objeto primordial de nuestro estudio, y los objetos encontrados en ella, que revelan claramente las relaciones que existieron entre los carmonenses y los países más adelantados de Italia y de Roma. ¡Lástima grande que, como indicamos en nuestra visita á aquellos venerandos depósitos de antigüedades clásicas, ya que tan acertadamente se han llevado á cabo las excavaciones en la Necrópolis por los Sres. Fernández López y Bonsor, que han exhumado la ciudad de los muertos, por tantos siglos oculta bajo la tierra que sobre ella fueron aglomerando los mismos siglos, no se practiquen tambien excavaciones, donde se levantan, por ventura todavía, los notabilísimos aunque destrozados restos de las fortalezas de la Edad Media, para descubrir la antigua Acrópolis, la fortaleza turdetana, y romana más tarde, que en aquel mismo parage debió existir, guardando probablemente dentro de sus muros el templo de la divinidad protectora, como era costumbre en aquellas remotas edades; divinidad que probablemente sería la misma Tanaite ó Astarté representada en las monedas! [1].

1 En el año de 1880, D. Manuel Fernández López, digno hermano de D. Juan, uno de los descubridores de la Necrópolis que motiva este estudio, hizo algunas excavaciones en el Alcázar por espacio de siete meses, obteniendo datos curiosísimos y formando un plano

La importancia de Carmona durante la época romana debió ser tanta, que la conservaba todavía en tiempo de la dominación visigoda, pues Muza Ben Noçeir, caudillo de los árabes, tuvo que apoderarse de ella por la traición, no pudiendo conseguirlo en lucha abierta y leal. Durante la dominación árabe rivalizó frecuentemente con Sevilla, habiendo tenido necesidad de grandes esfuerzos Fernando el Santo para reconquistarla, mientras tenía cercada á la capital del reino de los Abbadies.

Formando parte desde entonces de la corona de Castilla, figura tristemente durante el reinado de D. Pedro, pues en su fortaleza estuvieron presos y fueron muertos sus hermanos bastardos los infantes D. Pedro y D. Juan, de edad el primero de catorce años y el segundo de diez y ocho, y á la lealtad de los carmonenses confió el mismo Rey sus tesoros y sus hijos, mientras él, en persona, acudía á combatir á D. Enrique.

Larga y heróica fué la resistencia que ofrecieron á las tropas del usurpador, dirigidos por el esforzado capitán Martín López de Córdoba, rindiéndose por último bajo honrosísimas condiciones, que no tuvo cuidado de guardar D. Enrique, dando muerte en Sevilla al esforzado campeón, haciendo degollar á los caballeros de Carmona que más se habían distinguido por su lealtad á su legítimo soberano, y demoliendo los alcázares donde tan digna resistencia había encontrado.

Más tarde sirve Carmona de corte á la esposa de D. Juan II, mientras éste se dirige á combatir á los moros de Granada, y desde esta época los acontecimientos de su historia particular se pierden en la general del reino, sobresaliendo, sin embargo, por la activa parte que tomó en ella, en la gloriosa guerra de la Independencia.

Su hermosa situación y la belleza en sus campos dieron origen al lema de sus armas: *Sicut lucifer lucet in aurora ita in Wandalia Carmona*,

de aquel edificio y sus dependencias, con los nombres correspondientes y característicos de sus respectivas épocas, sacados de documentos y manuscritos que se conservan en aquel Ayuntamiento. Este trabajo de investigación, en el que tambien colaboró D. Juan Fernández López, verá pronto la luz pública en la obra que dicho D. Manuel tiene ya preparada para dar á la estampa, con el título de *Historia de Carmona*. Las excavaciones, sin embargo, debieran continuar, pues estamos seguros de que habían de dar mayores resultados que los obtenidos.

lema en armonía con otra frase repetida constantemente por los hijos de la provincia de Sevilla, que dice:

Villa por villa
Carmona en Andalucía.

Pero sí de grande importancia gozó siempre la patria de San Teodomiro por sus recuerdos históricos, á mayor renombre está llamada por las antigüedades en ella descubiertas y por las que restan que descubrir, no sólo de la época romana, sino también de la dominación sarracena. La llamada Puerta de Sevilla, por sí sola, y los restos de la fortaleza que la rodean, merecen amplio estudio para la historia del arte árabe y de la fortificación; así como también debieran ser objeto de detenido examen los restos de la mezquita donde hoy se levanta la iglesia mayor y otros varios de arquitectura árabe y mudéjar que se encuentran exparcidos por la hermosa ciudad Carmonense, entre los cuales descuellan los alicatados y azulejos árabes y mudéjares, con que se adornó una casa construída en el siglo anterior en la plaza de San Fernando, recogiéndolos en diversos parages de Carmona, y preservándolos así de pérdida casi segura.

Y ya que de la iglesia mayor hemos hablado, no creemos fuera de propósito consignar, que á instancia y pública solicitud del ilustrado sacerdote y cura de ella, Ilmo. Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz, se debió que nuestra Real Academia de San Fernando diese comisión en 23 de Junio de 1883 al distinguido arquitecto director de las obras de restauración de la Catedral de Sevilla, D. Adolfo Casanova, para que levantase planos y escribiese una Memoria acerca de tan importante templo, trabajo que desempeñó con su acostumbrada competencia el reputado artista. Cerca de un año antes, en 8 de Julio de 1882, había dado también luminoso informe sobre el mismo templo y las obras de reparación ejecutadas en él por el dicho Sr. Gómez Muñíz, la Comisión de Monumentos de Sevilla, y en virtud de uno y otro trabajo, á propuesta de la Academia, se declaró monumento notable de la nación, expidiéndose Real orden para que por el Ministerio de Gracia y Justicia se facilitasen 3.000 duros como ayuda de las obras que aun faltan. Desgraciadamente todavía no ha podido obtenerse este auxilio para la conservación de tan importante monumento,

sin duda por impedirlo otras atenciones que se habrán considerado más urgentes.

Bien quisiéramos poder consagrar á todos los recuerdos y monumentos de Carmona la atención y el tiempo que requieren; pero esto sería objeto de un trabajo de índole completamente distinta del que hoy hemos emprendido, por lo cual habremos de contentarnos con las indicaciones apuntadas, volviendo al objeto principal de nuestra Memoria, y tratando para ello en el capítulo que subsigue de los precedentes arqueológicos que creemos necesarios, para el mejor estudio de la Necrópolis Carmonense.

CAPÍTULO II.

PRECEDENTES ARQUEOLÓGICOS.

I.—Conservación de los restos mortales entre los antiguos.—Egipcios, hebreos, persas, etc.—Monumentos funerarios tallados en la roca en comarcas del antiguo Oriente y de Africa.—Cámaras sepulcrales de Cefalonia en las islas Jónicas.—Tumba de Telmyssos en Lycia.—Tumbas de Jerusalén.—Túmulos de la Troade.—*Tantaleias* cerca de Smirna.—Monumento sepulcral de Rodas.—Hipogeos de Alejandría.—Tumba de la *Cristiana* en Argel.—Cámaras sepulcrales de Sicilia.—Tumbas etruscas.—División de ellas.—Necrópolis de *Marzabotto* en el *Bolognese*.—Deducciones críticas.

II.—Significación de la palabra *sepulcrum* entre los romanos y sus diferentes clases.—Columbarios.—Explicación de ellos y su origen.—Sus diferentes clases.—Cámaras sepulcrales.—Ubicación de los monumentos en Roma y principales ciudades del imperio.—Cámaras sepulcrales de Osuna.

III.—La inhumación y la cremación.—Noticias históricas.—Hebreos, etruscos, griegos y romanos.—Ceremonias en la cremación de los cadáveres.—Disposiciones legales.—*Ustrinum* y *Bustum*.—Su diferencia característica.

IV.—Carácter religioso de las comidas entre los antiguos.—Datos históricos.—Ceremonias y prácticas observadas en las mismas.—Triclinios.—Explicación de ellos.—Triclinios funerarios.—Banquetes funerarios.—Ceremonias y prácticas en los mismos.

I.

Pensamiento constante ha sido en el hombre de todos los tiempos la conservación de sus restos mortales, de tal modo, que puede asegurarse, sin peligro de cometer error, fué costumbre universalmente seguida la de tributar honores fúnebres á los muertos; costumbre á que sirve de base la creencia, también generalmente consignada en todas las religiones, de otra vida posterior á la que termina en la tierra. Si desaparecieran todos los monumentos artísticos y literarios que dan noticia de una época ó de un pueblo, dice con gran acierto un académico contemporáneo, con tal que nos quedasen los sepulcros y las inscripciones fúnebres, no se-

ría imposible venir en conocimiento de sus costumbres; y fuera por extremo fácil, á nuestro modo de ver, averiguar el espíritu de su religión, que á tal punto van unidos con él los ritos, el simbolismo, la epigrafía, las ceremonias funerales, y, aun pudiéramos añadir, el arte de los sepulcros [1].

El pueblo egipcio, que puede considerarse como cuna y raíz de todas las civilizaciones del extremo Oriente, tenía gran cuidado en cuanto se refería á la existencia que pudiéramos llamar de ultra-tumba. Para el egipcio, la idea de la vida que había de subseguir á su vida terrena, puede asegurarse que era su pensamiento predominante y fijo. Considerada la carrera del sol como tipo de la existencia en el mundo infernal, la doctrina de la otra vida entre los egipcios no tuvo para constituirse más que reproducir el mismo simbolismo. El hombre sólo desciende á la tumba para resucitar, y después de su resurrección tomará nueva vida al lado ó en el seno del astro luminoso. El alma es inmortal, como Râ, y realiza la misma peregrinación. Así se ve en cubiertas de sarcófagos egipcios el alma figurada por un gavilán con cabeza humana, que tiene en sus garras los dos anillos de la eternidad, y encima, como emblema de la nueva vida reservada al difunto, el sol saliente asistido en su carrera por las diosas Isi y Nebt-hat, lo cual explica por qué el período solar, simbolizado por el pájaro Vennu, que los griegos llamaron el Fenix, fué la imagen del período de la vida humana. El muerto resucitaba después de su peregrinación infernal, el alma debía entrar en el cuerpo á fin de darle movimiento y vida, ó, para hablar con el lenguaje de la mitología egipcia, el difunto llegaba, por último, á la barca del sol, era recibido por Râ y debía brillar con el resplandor que él le prestase. Las tumbas, los féretros de las momias abundan en pinturas que reproducen las diversas escenas de esta existencia invisible. Una de las viñetas del *Libro de los muertos*, representa la momia tendida sobre un lecho fúnebre, y el alma, simbolizada por el gavilán, con cabeza humana, abatiendo su vuelo hacia ella, y llevando la cruz con asa, emblema de la vida.

Esta doctrina, que acaso fué importada del Asia á Egipto, remonta á

1 D. Mariano Catalina.

una extrema antigüedad, y llevaba necesariamente á inspirar un gran respeto á los restos de los muertos, porque debían algún día ser de nuevo llamados á la vida. De aquí el uso del embalsamamiento de los cadáveres, y el empeño de ocultar cuidadosamente los parajes donde se conservaban, para protejer contra toda profanación los cuerpos destinados á gozar de más perfecta existencia. El estudio de las sepulturas egipcias nos demuestra, con sus entradas ocultas, con sus galerías, con sus pozos, con sus cámaras sepulcrales, el mismo pensamiento de la conservación de los cadáveres; propósito que subsiste aun entre aquellos pueblos que, por causas que no son del momento examinar, admitieron entre sus ceremonias funerarias la cremación de los muertos. No hemos de digresar inútilmente acerca de la disposición conocidísima de las tumbas egipcias, en perfecto acuerdo con dicho pensamiento, pero sí aduciremos algunos otros ejemplos de sepulturas en pueblos diversos, donde la costumbre misma de ocultar los cadáveres para librarlos de la destrucción se conservaba, tradición que llega hasta los romanos, y que, aunque en otra forma, subsiste en las modernas sociedades.

En pueblos apenas iluminados todavía por los albores de la civilización, encontramos el mismo pensamiento de la conservación de los cadáveres, demostrando con ello la creencia en la inmortalidad del alma. Trabajos importantísimos de exploraciones en cuevas antiguas han evidenciado la existencia de ese mismo propósito, aun en las épocas de la historia del hombre, llamadas prehistóricas; y sin necesidad de salir de España para citar ejemplos de esta verdad, nos contentaremos con recordar á nuestros lectores la célebre cueva de Albuñol, con tan difícil entrada en las profundidades de un tajo, y obstruída además con grandes piedras amontonadas sobre ella; cueva tan doctamente ilustrada en el libro de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, por nuestro queridísimo y malogrado amigo, el sabio decano de la facultad de Letras de la Universidad de Granada, D. Manuel de Góngora y Martínez. Este mismo infatigable profesor cita el pasaje de Ctesias referente á la tumba excavada en la roca, y en un tajo abierto entre dos simas, para los padres de Darío, cerca de seis siglos antes del nacimiento de nuestro Redentor, para justificar el aserto de que cuenta largos siglos de fecha el uso de

depositar, en cavernas ó cámaras excavadas en las rocas, los muertos, prefiriendo para ello las colocadas en medio de grandes precipicios, á fin de impedir mejor su entrada á los profanos, como vemos en las cuevas sepulcrales de los antiguos *guanches*, situadas en la pendiente oriental del Pico de Tenerife. En Persia hallamos otras cavernas en lo inaccesible de los tajos, que recuerdan la antigua costumbre pérsica de conservar los cadáveres, sin enterrarlos ni quemarlos, para no manchar la tierra ni el fuego, que Zoroastro aconsejaba se procurasen conservar siempre inmaculados y puros.

Sin duda que esta tradición arrancaba de costumbre más antigua, habiéndola tenido también el pueblo hebreo. Buena prueba de ello nos ofrece el Génesis, en su cap. XXIII, donde hablando de la muerte de Sara y de su sepultura, se leen los versículos siguientes:

7. Levantóse Abraham é hizo una profunda reverencia al pueblo de aquella tierra, esto es, á los hijos de Heth:

8. Y díjoles: Si teneis á bien que yo entierre á mi difunto, oid mi súplica é interceded por mí con Ephron, hijo de Seor;

9. Para que me conceda la *cueva doble*, que tiene á lo último de su heredad: cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mía para hacer de ella una sepultura.

10. Hallábase allí Ephron en medio de los hijos de Heth. Y respondió á Abraham, oyéndolo todos los que concurrían á la puerta de aquella ciudad, y dijo:

11. ....Yo pongo á tu disposición el campo y la cueva que hay en él, siendo testigos los hijos de mi pueblo. Entierra allí tu difunto.

17. Con esto aquel campo que antes era de Ephron, en que había una cueva doble mirando hacia Mambre, tanto el campo como la *cueva*............

18. Fué cedido en pleno dominio á Abraham............

19. De esta manera sepultó Abraham á Sara su esposa en la *cueva doble* del campo, enfrente de Mambre, en donde está la ciudad de Ephron, en la tierra de Canaam.

20. Y los hijos de Heth confirmaron á Abraham el dominio del cam-

po y de la *cueva* que en él había, para que le sirviese de sepultura [1].

Pertenecientes á más cercanas épocas citaremos algunas cámaras sepulcrales, abiertas en la roca con igual propósito en diferentes y apartados lugares, lo cual demuestra la generalidad del pensamiento.

Al Sudoeste de las colinas que sostienen el recinto fortificado de Krane en Cefalonia (islas Jónicas) hay una quebrada, más allá de la cual se eleva otra colina, y en su pendiente Oeste, á media altura sobre el valle, encuéntrase un paraje llamado en el país Drakospilia (caverna del gigante), donde se conservan restos de muchas cámaras sepulcrales excavadas en la roca. La mejor conservada tiene poco más de la altura de un hombre, techo plano y una puerta al Poniente. En el suelo de esta cámara sepulcral se encuentra á la derecha una cavidad bastante grande para recibir un cuerpo humano, y á derecha é izquierda otras cámaras parecidas, hoy completamente arruinadas, notándose en algunas de ellas también fosas rectangulares en el suelo. Otras tumbas análogas se han descubierto al Sudoeste del valle de Krania, en alguna de las cuales se han encontrado huesos humanos, un craneo de caballo y una hoja de espada de cobre, corta, de dos filos.—Cerca de Argóstoli, por el camino que sigue al Oeste del mismo valle de Krania, se encuentran á derecha é iz-

1 7. Surrexit Abraham, et adoravit populum terræ filios videlicet Heth.

8. Dixitque ad eos: Si placet animæ vestræ ut sepeliam mortuum meum, audite me, et intercedite pro me apud Eprhon filium Seor.

9. Ut det mihi speluncam duplicem, quam habet in extrema parte agri sui: pecunia dignâ tradat eam mihi coram vobis in possesionem sepulchri.

10. Habitabat autem Ephron in medio filiorum Heth. Responditque Ephron ad Abraham cunctis audientibus qui ingrediebantur portam civitatis illius, dicens:

11. .....Agrum trado tibi et speluncam quæ in eo est, presentibus filiis populi mei, sepeli mortuum tuum.

17. Confirmatusque est ager quondam Ephronis, in quo erat spelunca duplex, respiciens Mambre, tam ipse quam spelunca et omnes arbores ejus in cunctis terminis ejus per circuitum.

18. Abrahæ in possesionem, videntibus filiis Heth, et cunctis qui intrabant portam civitatis illius.

19. Atque ita sepelivit Abraham Saram uxorem suam in spelunca agri duplici, quæ respiciebat Mambre: hæc est Hebron in terra Chanaam.

20. Et confirmatus est ager, et antrum quod erat in eo. Abrahæ in possesionem monumenti á filiis Heth.

quierda restos de fosas rectangulares, destruídas al hacer el camino; y más al Sudoeste, en la misma dirección, detrás de la aldea de Mazakata, situada sobre la planicie del Libatho, se halla un espacio próximamente circular, descubierto, de una veintena de pasos de diámetro, rodeado por paredes cortadas en la misma roca, de *tufo* volcánico; espacio en cuyo fondo se abre una cámara rectangular, de siete á ocho pasos de largo y tres ó cuatro de ancho, con una altura de dos metros, viéndose en una de sus paredes un pequeño nicho, con arco de semicírculo, groseramente ejecutado. Dos puertas, en forma de arco peraltado, ponen en comunicación ésta cámara con el espacio circular descubierto, mientras otra tercera da acceso por el otro lado á un corredor tallado en la roca, que lleva y conduce fuera de las mismas. Poco antes de la cámara sepulcral se ve otro corredor paralelo al que acabamos de mencionar, igualmente tallado en la roca, y que, lo mismo que su compañero, pone en comunicación el espacio circular con el exterior. A la entrada de este espacio circular se ven en el suelo muchas fosas rectangulares, hoy casi destruídas, y al lado de la cámara, la muralla de roca presenta cavidades en que fácilmente pueden reconocerse nichos, hoy también destrozados. Todo el referido espacio circular, sin embargo de estar hoy descubierto, parece haber estado cubierto en la antigüedad, y dividido en diversas cámaras, existiendo personas en el país que lo han visto en tal estado hace una veintena de años [1]. Este notable monumento sepulcral, con fosas para cadáveres, y nichos para vasos ó urnas cinerarias, demuestra la simultaneidad con que ambos sistemas se seguían para la conservación de los restos mortales en aquellas apartadas regiones, así como el deseo de ocultar la entrada al funerario recinto, los dos corredores que conducen desde la superficie de las rocas al interior del mismo. Análogos descubrimientos se han hecho también al Sur de Corfú.

Las cámaras sepulcrales, excavadas en la roca, tomaron en los pueblos donde el sentimiento estético elevó el arte de lo bello á grande al-

[1] Los que deseen mayores datos sobre estas antigüedades, pueden consultar el notable trabajo publicado el año 1879, en París, en la Biblioteca de las Escuelas francesas de Atenas y Roma, con el título de *Recherches archeologiques sur les Iles Ioniennes*, II.—*Céphalonie*, por Othon Riemann.

tura, carácter artístico, convirtiéndolas en monumentos, que pueden ya considerarse como verdaderas obras arquitectónicas. Citaremos entre ellos, como el más importante de los erigidos por los Lycios, la tumba de Telmissos, una de las más antiguas ciudades de la Lycia, cuyas ruinas se ven á orillas del mar, más abajo de la moderna Makri. Este monumento presenta un pórtico avanzado, como ingreso á la cámara sepulcral, de orden jónico, con entablamento y su correspondiente frontón, y antas, adornadas con pilastras, que llevan basas y capiteles, de perfiles tan sencillos como elegantes. La cámara sepulcral, que una estrecha pared separa de este pórtico, todo él tallado en la piedra caliza de aquella montaña, es de forma casi cúbica, con $2^{m},60$ de anchura por $2^{m},75$ de profundidad y $2^{m},15$ de altura, teniendo en los tres lados un *podium*, ó poyo corrido, de $1^{m},03$ de ancho por $0^{m},89$ de alto, sobre el cual se depositarían las urnas y los objetos que las acompañaban. La pequeñez de esta cámara no guarda relación con la altura total de la fachada, que es de $8^{m},60$; ni la puerta decorativa que se dibuja en el pórtico deja paso para el interior más que por un pequeño recuadro, á manera de postigo, probablemente abierto en épocas posteriores, pues, según llevamos ya apuntado, cuidábase especialmente de que no fuesen conocidas las verdaderas entradas de las cámaras sepulcrales.

Este mismo propósito aparece en las tumbas excavadas en la roca, que se conservan en Jerusalén, y que se conocen con el nombre de Qbur-el-Moluk (tumba de los Reyes), la cual, á pesar de tener el que pudiéramos llamar artístico vestíbulo, tallado también en la misma roca, tiene en el fondo del muro de la izquierda una pequeña puerta, muy baja, y por la que sólo puede pasarse casi arrastrando, que es la entrada de las cámaras sepulcrales, entrada hoy al descubierto, pero cerrada en antiguas épocas por un procedimiento ingenioso, que no creemos fuera de propósito explicar, por si pudiera servir de dato de comparación para ulteriores descubrimientos. Grueso disco redondo de piedra, á manera de muela de molino, sobre una ranura hecha á propósito, se corría sobre la entrada, cubriéndola por completo; y aquella pesada piedra no podía moverse sobre el plano inclinado que le ofrecía la ranura en la que estaba encajada, sino por medio de la presión de una palanca, impulsada de de-

recha á izquierda para abrir la puerta, y de izquierda á derecha para cerrarla. Dos pasillos, tallados en la masa de la roca, y cubiertos por grandes losas encajadas en el suelo, que recubrían también la puerta, permitían realizar aquellos movimientos sobre el disco. El primer pasillo se abría entre la puerta y un ancho pozo, hoy cegado en gran parte. Para entrar, pues, en el interior del monumento funerario había que salvar el pozo, quitar la losa que cubría este pasillo, y después de haber quitado también la que cubría la ranura y el disco, á fin de poder manejar la palanca, correr el disco por medio de ésta, apoyándola en la arista extrema exterior de la ranura, con lo cual quedaba la puerta descubierta. Para cerrarla había que penetrar en el segundo pasillo, á cuyo extremo, practicando un movimiento contrario con la palanca, se impulsaba el disco, que rodaba hasta colocarse delante de la entrada. Todo este aparato se conserva hoy de tal modo, que puede estudiarse perfectamente. Sólo han desaparecido las dos losas; y si el disco no conserva su posición completamente vertical, es por el poco cuidado con que se le ha hecho correr en uno y otro sentido. El esmero en ocultar la entrada del subterráneo, y el pozo ancho y profundo, defendiéndolo á manera de foso, demuestran nuestro aserto acerca de la permanencia del pensamiento indicado en todos los pueblos de la antigüedad. Además de tales precauciones para impedir la entrada en aquellas cámaras sepulcrales, había por la parte interior una puerta maciza de piedra, que encajaba en su marco, y que si bien podía abrirse empujando desde afuera, facilitaba su peso y su ligero desnivel que se cerrase por sí misma. Cada una de las cámaras sepulcrales tenía una puerta de esta clase.

Pasada la única puerta exterior ya descrita, se entra en las diferentes cámaras sepulcrales que constituyen aquel hipogeo, y que, detenidamente descritas en otra obra nuestra, pueden consultar aquellos de nuestros lectores que deseen conocerlas hasta en sus menores detalles [1]. Sólo consignaremos aquí, como datos que conviene tener á la vista, que dichas cámaras están precedidas de una que podemos llamar antecámara, y que

1 *Viaje á Oriente de la fragata Arapiles y de la comisión científica que llevó á su bordo*, escrito por el autor de esta Memoria, Presidente de dicha comisión. Tomo III, pág. 117 y siguientes.

no contiene sarcófagos, viéndose sólo tres nichos pequeños triangulares en sus frentes, Oeste, Sur y Este, que servían para colocar las lámparas, de cuya luz se conservan claramente los vestigios: que hay una principal que pudiéramos llamar de honor, y que, como las demás, tiene alrededor un poyo ó *podium;* y que para la conservación de los cadáveres había, ó sarcófagos, de uno de los cuales se conserva en el museo del Louvre notabilísima cubierta, llevada á aquel grandioso depósito arqueológico por el célebre Mr. de Saulcy, ó bien nichos capaces de contener el cadáver envuelto en fajas, á la manera egipcia, pero sin ataúd.

Los sarcófagos estaban contenidos en espacios abiertos á los lados de las cámaras, ó cámaras más pequeñas que eran propiamente las tumbas, y además de su gravedad, se sujetaban al suelo por medio de molduras salientes que debían tener por debajo, y que encajaban en una ancha ranura, que se conserva en el suelo de estas tumbas.

La cabecera de algunos de estos sarcófagos, colocados en su sitio, tapaban un pequeño hueco cuadrado, cuyas reducidas dimensiones no permiten sospechar que allí pudiera haberse colocado un cuerpo humano: aquel limitado espacio tenía que estar precisamente oculto, mientras el sarcófago que le precedía no se quitara de su sitio: nichos que se cree fundadamente sirvieran para conservar las alhajas y objetos de valor que habían pertenecido en vida al personaje encerrado en el sarcófago [1].

Otro de los monumentos funerarios, también excavados en la roca, y abierto en el flanco cortado á pico del monte de las Olivas, cerca de Jerusalen, es el que llaman la tumba de Santiago el Menor, y los musul-

1 Respecto á estos nichos, que sólo se hallan en este monumento funerario, cree Mr. de Saulcy, y nosotros con él, debieron servir para depositar riquezas de los monarcas allí sepultados; pues, según el testimonio de Josefo, los reyes de Judá eran enterrados con sus tesoros; refiriendo este mismo autor que Juan Hircano y Herodes, llamado el Grande, violaron, para despojarle de sus riquezas, el sepulcro de David, de donde sacaron enormes sumas, añadiendo que, habiendo muerto repentinamente en aquellas expediciones dos de los servidores de Herodes, que conducían las sustraídas riquezas, el monarca se sintió sobrecogido de inmenso terror, levantando en la puerta del sepulcro un monumento expiatorio de piedra blanca, en el que invirtió sumas considerables.—*Ant. Jud.*, VII, XV, 3, y XVI, VII, 1.

manes *diván de Faraón* ó *tumba de Faraón*. Exteriormente presenta también adornos arquitectónicos, columnas y pilastras, formando un vestíbulo, tras del cual se halla una cámara sepulcral análoga á las anteriores, y en el muro de la derecha un largo corredor muy bajo, de cerca de diez metros, que lleva á la especie de patio, excavado también en la roca, enmedio del cual se halla la tumba monolita de Zacarías.

Del mismo género es otro sepulcro que se halla á un kilometro al N. O. de Jerusalén, al principio del valle de Josafat, y rodeado de otras muchas excavaciones sepulcrales de menor importancia, que ofrecen, como los anteriores, por la parte exterior, rica decoración arquitectónica en su vestíbulo tallado en la roca; vestíbulo en cuyo fondo se abre una puerta muy estrecha, encuadrada con preciosa moldura y rodeada de otros adornos, tras de la cual se pasa á una cámara sepulcral, que lejos de poder considerarse como antecámara sin nichos, tiene dos órdenes de ellos en la pared izquierda, cuya dimensión parece indicar que fueron hechos para colocar los cadáveres envueltos sólo en las tiras de lienzo con que los fajaban á la manera egipcia, pero sin ataud; nichos en los cuales se nota un rebajo rectangular, en el que debió encajarse la losa que los cerraba.

Este hipogeo tiene además otras diferentes cámaras en distintos pisos, como la tumba de los Reyes, y es conocido en el país con el nombre de Qubur-el-Qodhá, ó *tumba de los Jueces*.

Dejando el jardín de las Olivas, y subiendo hacia el edificio que se alza en la cima de la montaña, donde piadosa tradición fija el lugar de la Ascensión, y abandonando á la mitad el camino, que entra en un olivar que se extiende á la derecha, al pie de unas rocas, se encuentra una rampa muy pendiente, de algunos metros de longitud, abierta al lado de un pozo redondo, hoy descubierto: la rampa conduce á una rotonda con su cúpula, todo abierto en la roca, rotonda que recibe luz del mencionado pozo, que en su centro la horada. Aquella rotonda es el verdadero vestíbulo de nuevo monumento funerario tallado en la roca, conocido con nombre de Qbur-el-Aubia, ó *tumba de los Profetas*. En las cuatro extremidades de sus diámetros, perpendiculares el uno al otro, se encuentran dos corredores, de los cuales el uno, continuación de la rampa de

entrada, conduce directamente á una pequeña cámara, en cuyo fondo se ve abierto un nicho arqueado. A derecha é izquierda de ésta se extiende un corredor circular, que va á desembocar en la galería, perpendicular á la que, partiendo del vestíbulo, conduce á la cámara principal. En el brazo izquierdo de la gran galería circular y en la pared del fondo hay tallados nichos. A la derecha, la curva de esta galería alcanza sólo siete metros de longitud, pues al llegar al extremo del sétimo, la naturaleza silícea de la roca, oponiendo grandes dificultades para la excavación, debió ser causa de que se abandonase el plan general. Allí, por cuatro escalones toscamente tallados, se sube á una pequeña cámara cuadrada, cuyas paredes contienen cinco nichos. A la derecha de aquella corta escalera, que conduce á esta cámara sepulcral, se encuentra otra parte de corredor, de tres metros de largo, paralelamente al eje de la catacumba, y después el corredor se desvía y se encorva de nuevo, para desembocar, como el gran brazo de la izquierda, en la extremidad derecha del corredor perpendicular al eje. Los nichos están repartidos de manera que el corredor tiene 16 en cada lado.

Una segunda galería, en arco de círculo, se encuentra detrás de la primera, con la que se enlaza por un pequeño paso, en cuya pared derecha se encuentra también otro nicho. Esta catacumba, á causa de las tierras que caen por el pozo del vestíbulo, es de dificil exploración, y su planta la más complicada de todas aquellas excavaciones sepulcrales que visitamos. En el punto de intersección del corredor horizontal de la izquierda con el corredor circular intermediario, principia una galería de algunos metros de longitud, en el fondo de la cual, se halla un nicho, y la entrada de otro corredor muy bajo y estrecho, hasta el punto de no tener mas que 0,^{m}70 de anchura y de altura, que desciende rápidamente según se avanza en él, y que conduce á una serie de cámaras de diferentes dimensiones, con sus correspondientes nichos. Es un verdadero laberinto, donde ya poco tiene que estudiar el arqueólogo, como no sean los restos de un revestimiento especial, que hubo de cubrir en lejanos tiempos las paredes de aquella complicada excavación, en cuya pared se incrustaron, para darle cuerpo, fragmentos de barro cocido acanalados. La antigüedad de aquel cemento, y la influencia egipcia en el arte hebreo,

se demuestra en una inscripción, en caracteres demóticos egipcios, que se encuentra en el techo, á la izquierda de la pequeña cámara alta, ya descrita, en la cual los egiptólogos apenas han podido leer más, por su mala conservación, que el título de «Sacerdote de Râ ó del Sol.»

Otras sepulturas análogas completan la que pudiéramos llamar necrópolis de Jerusalén, tales como las tumbas del valle de Hinnom, entre las que se halla una, con maltratado friso dórico en el vestíbulo, cuyos triglifos ofrecen la particularidad de no tener más que dos ranuras y dos gotas por lo que mejor pudieran llamarse diglifos, y metopas con característicos racimos de ubas por ornato, florones y rosas; tumba que la tradición quiere sea el lugar donde los Apóstoles se retiraron, mientras Jesucristo oraba en el huerto; otra, no lejos de la anterior, con estrechísima puerta y un vestíbulo, encuadrado por un toro á manera de cordón, con pequeño frontón surmontado en el ápice por una especie de grumo, con dos pilastras á los lados de la puerta, de las cuales conserva una extraño y original capitel; y otras varias menos importantes, pero todas análogas, y ofreciendo grande semejanza con las cámaras sepulcrales etruscas, principalmente las que ocupan el valle de Castel D'Asso, cerca de Viterbo.

Las puertas de todas estas cámaras sepulcrales debieron estar cuidadosamente ocultas ó cerradas, como nos lo demuestra la que prolijamente hemos descrito de la Tumba de los Reyes, por más que hayan desaparecido las losas que las cubrían, en las muchas profanaciones de que han sido objeto aquellos monumentos funerarios. No nos ocuparemos en el estudio de otros que cerca de los anteriores se hallan también en la necrópolis hierosolimitana, y que, á diferencia de los excavados en la roca, pudiéramos llamar exentos, por estar separados de la roca misma, aunque formados con enormes monolitos, tajados en ella, y el resto construído, á cuya clase pertenecen la tumba de Absalón y la tumba de Zacarías, que en su interior contienen la cámara sepulcral, adornándose exteriormente con decoración arquitectónica del mayor interés para la historia del arte judáico[1].

[1] Pueden verse también detenidamente estudiadas y dibujadas en nuestro citado *Viaje á Oriente.*

Nos hemos referido en esta reseña que vamos haciendo de varios monumentos funerarios, cuyo conocimiento ha de servirnos de lógico precedente para el estudio de las cámaras sepulcrales de Carmona, á las cámaras etruscas, de las que en breve vamos á ocuparnos; pero antes de ello no creemos fuera de propósito presentar á nuestros lectores nuevas noticias de otros monumentos funerarios de Oriente y de África, para venir después á tratar de los etruscos, que tanto se relacionan con los romanos, y por ello con las cámaras sepulcrales de Carmona.

En nuestro viaje á Oriente tuvimos ocasión de visitar los piramidales túmulos asiáticos que contenían con frecuencia cámaras sepulcrales, como los que en la Troade ha explorado el sabio helenista Schliemann; en Smirna, en la vertiente del monte Sípylo, en la parte que domina á Burnabat, las grandes tumbas en forma de túmulos, que se levantan aquí y allá en la pendiente de la montaña, conocidas en el país con la denominación de *Tantaleyas*, entre las cuales se supone esté la tumba de Tántalo, citada por Pausanias; en Sardes, su antigua necrópolis, conocida hoy con el nombre de *Bin-tepé*, ó las mil colinas, grupo de tumbas entre las que sobresale una que parece á primera vista montaña natural, pero que bien pronto se ve que está formada por la mano del hombre, y que es un monumento funerario, según Herodoto, del padre de Creso; y, sobre todo, el notabilísimo de Rodas, que hemos tenido el honor de dar á conocer por primera vez en nuestra patria [1], y de cuya ligera descripción no creemos deber prescindir en este estudio, por la utilidad que su conocimiento puede dar para los monumentos que hoy estudiamos.

Rodeado de vastas canteras convertidas en necrópolis, con cámaras sepulcrales y puertas fingidas, labradas en la roca con marcada tradición egipcia en su dibujo, encuéntrase el gran túmulo que vamos á describir ligeramente.

Consiste éste en un enorme fragmento de montaña, de planta cuadrangular, separado de la colina por la mano del hombre, y coronado por una pirámide, hoy de tierra, pero que en los tiempos en que se labró el

1 *Viaje á Oriente*, tomo II, pág. 633.

monumento estaba formado por una gradería labrada también en la roca, de la que se conserva algún indicio sobre la puerta por donde se pasa á las cámaras sepulcrales, que aquel colosal monumento tiene en su interior, abiertas también á fuerza de trabajo en la roca misma. Cada uno de los cuatro frentes formaba como un amplio basamento de la pirámide, adornado de trecho en trecho con medias columnas, pero todas ellas realzadas en la misma roca, afectando la forma cilíndrica. La longitud de estos frentes era de cerca de 27 metros, teniendo las columnas 40 centímetros de diámetro; y los fustes, que es lo que hoy existe, 4 $^{1}/_{2}$ de altura, hallándose separadas entre sí como un metro, á excepción de las dos entre las cuales se abre la puerta, cuyo espacio equivale al de dos de los espacios anteriores, más el grueso de una columna. Estas no tienen estrías, ni tampoco basas, y habiendo desaparecido por completo los capiteles, es imposible conjeturar el orden á que pertenecieron. De los cuatro frentes de este curioso y notable monumento sólo queda en regular estado el del Norte, que es el que publicamos en nuestra citada obra. El número de las columnas era de veintiuna por lado, y las de los otros tres frentes han desaparecido por completo, estando hendida la roca de que se formó aquel gigantesco monolito, por las sacudidas de los terremotos. En el fondo de un barranco que hay á la izquierda del espectador, hállanse fragmentos del mismo monolito, con trozos de medias columnas como las del lado que acabamos de describir; y delante de éste se encuentra un pequeño espacio cercado con piedras, que no forma parte del monumento, hecho en época reciente, para que sirviese de corral de ganado, aprovechando con el mismo fin, y para refugio de los pastores durante los fríos del invierno, las cámaras sepulcrales. La entrada de éstas no estaba, como parecía lo más natural, en el centro, sino á uno de los lados hácia la derecha, y su cornisamento revela, como el de las otras cercanas á que nos referimos hace poco, la influencia del arte egipcio. Pasada la puerta, se entra en un vestíbulo, y de él, por otra no menos mutilada que la exterior, á una cámara sepulcral, de forma rectangular, cuyas paredes estuvieron revestidas de una especie de estuco. El techo está dividido hacia el centro por un resalto, en el que parece haberse querido imitar el madero central del armazón de una techumbre á dos vertientes. A derecha é izquierda en-

cuéntranse nichos, así como en el fondo y en el vestíbulo anterior, los cuales son de diferentes dimensiones, según lo exigió el tamaño de los sarcófagos ó ataudes que en ellos se encerraron, y de los que no queda el menor vestigio.

Tan importante monumento, que acaso se remonte á la época en que Ptolomeo, hijo de Lago, envió socorros á los Rodios, sitiados por Demetrio, es del mayor interés, porque nos revela las corrientes de las antiguas civilizaciones á través de las islas del *mare internum* ó Mediterráneo, que enlazaban á Asia con Europa, y que más y más se encuentran en las notables antigüedades de Chipre, descubiertas en reciente época por Cesnola, tanto en sepulturas greco-romanas superpuestas á las fenicias, como en estas últimas, que aunque verdaderos hipogeos, sin monumentos artísticos exteriores, contenían gran cantidad de objetos de cerámica, figuras de barro y abundante número de objetos de vidrio, con bellísimas irisaciones, á cuyos vidrios se ha dado por excelencia el nombre de Chipriotas; aumentando considerablemente estas riquezas arqueológicas los descubrimientos del templo de Golgos, y sobre todo del tesoro de Curium.

Monumentos también funerales excavados en la roca encontramos en la antigua Alejandría, de época más reciente que la de los Faraones, en el antiguo barrio de la Necrópolis, á la orilla del mar.

La extensión de aquellos hipogeos es considerable, pero muchos de ellos están obstruídos por los hundimientos que con frecuencia interceptan el paso. De las primeras salas, varias han quedado al descubierto, pero todavía se conserva alguna de estas cámaras, cuya bóveda circular forma una cúpula, y cuyo frente adorna un frontón dórico elegantemente esculpido. A estos hipogeos, que ya creemos de época romana, y donde con frecuencia penetran las olas, dan vulgarmente el nombre de *baños de Cleopatra,* pues donde quiera en Alejandría parece encontrarse el recuerdo de aquella última reina de Egipto.

Monumento digno también de tenerse en cuenta al emprender el estudio de los que le son análogos, es el llamado vulgarmente *Tumba de la cristiana*, que se levanta no lejos de Koléa, llamada por los árabes la *Santa*, á 63 kilómetros de Argel, y que, conocido con la más propia de-

nominación de *Tumba de los Reyes de Mauritania*, fué admirablemente explorado en 1866 por Mr. Mac-Carthy. Construído sobre planta circular, en forma de cono truncado sobre un cuerpo cilíndrico, con medias columnas jónicas, que recuerdan las del monumento ya descrito de Rodas, ofrece la particularidad de tener la verdadera puerta de entrada perfectamente oculta debajo del arranque del monumento, y de una de las cuatro puertas (la de Oriente), que adornan este magnífico mausoleo, puertas puramente decorativas y macizas, labrados los supuestos batientes en los mismos sillares. La puerta oculta, como va dicho, conduce por varios escalones á galerías cerradas con losas verticales, tras de las cuales se halla una primera cámara á manera de vestíbulo, adornada con toscos relieves de un león y una leona, símbolos de los dos personajes, que bajo aquella colosal tumba debieron dormir su último sueño, el rey Juba y la reina Cleopatra Séléné, su mujer. Por esta primera cámara se pasa á un corredor, que sigue toda la curva de la planta, y que se encorva formando un repentino codo al llegar cerca de la puerta, para volver y continuar hacia el centro, terminando en otra cámara, que no es, sin embargo, la verdadera sepulcral, pues todavía hay que pasar después de ella á un nuevo corredor, á cuyo extremo está el verdadero recinto funerario, la verdadera cámara sepulcral, que corresponde al centro de este magnífico monumento, que mide en su base $60^{m},90$ de diámetro y más de 36^{m} de altura. Los corredores estaban interceptados en diferentes parajes, cerca de las cámaras, por losas colocadas verticalmente, para dificultar más y más la llegada á la cámara sepulcral.

Hemos citado este notable monumento funerario, aunque construído y no excavado, porque su analogía con los que también citamos de Smirna y de Rodas, revela cómo se conservaba la tradición oriental en la época augustea en que vivió Juba, y por la notable circunstancia de que, lo mismo que en esta tumba, se encuentran las entradas verdaderas bajo las puertas fingidas y decorativas en tumbas etruscas, que muy en breve vamos á examinar, lo cual demuestra la influencia de todas las civilizaciones del antiguo mundo entre sí, y la compenetración de sus religiones, sus artes, usos y costumbres.

Por no dilatar más esta reseña, no queremos detenernos en dar noti-

cia de las cámaras y sepulturas talladas en la roca, aunque muy destruídas, que se conservan también en la isla de Sicilia, principalmente en Siracusa, para venir á cerrar esta primera parte del presente capítulo con la abreviada noticia de algunas tumbas etruscas, también excavadas.

Estos antiguos monumentos, que puede decirse son los más importantes que nos quedan de la arquitectura etrusca, recuerdan las grandes construcciones del Oriente, cuna y patria de los Lydios y Tirrenos, de quienes provenían los Etruscos, viéndose también en varios de ellos la influencia griega de una manera positiva.

Pero todos los hipogeos etruscos descubiertos no fueron labrados en una misma época. Entre los Etruscos, como entre cuantos pueblos sufrieron las influencias sucesivas de muchas civilizaciones, se distinguen estilos, formas y caracteres que dejan al anticuario discernir acerca de lo que corresponde á cada una de ellas.

Así, en la Etruria, en una época que puede considerarse como la más antigua, se ven formas circulares y cónicas, recordando los grandes túmulos del Asia, de donde los etruscos procedían, del mismo modo que en las arquitectónicas fachadas labradas en la roca, se encuentran también analogías con ciertas tumbas asiáticas.

En otras, que parecen de épocas posteriores, los hipogeos acusan diferencias y modificaciones en el arte, que revelan el espíritu estético de la Grecia, contribuyendo á confirmar este pensamiento la decoración pictórica, que sin embargo creen algunos arqueólogos característica de la antigua Etruria, notándose en otros de aquellos conditorios la proximidad de la época romana.

Las tumbas etruscas en general son verdaderos hipogeos; están abiertas bajo la superficie terrestre, pero el aspecto exterior de estas tumbas varía mucho, pues unas veces se enriquecen en el exterior con fachadas arquitectónicas, labradas en los cortes verticales de las rocas, ó con especiales construcciones erigidas sobre el suelo, bajo el que está la cámara, y que afectan diferente figura, siendo las principales el cono y la pirámide.

Las diferencias esenciales de las tumbas etruscas, tanto pueden ser hijas de aficiones más ó menos artísticas, cuanto de la disposición del

suelo donde aquellos monumentos funerarios sé labraban. Así, en las localidades rodeadas de rocas ó masas calizas y graníticas, los monumentos que estudiamos tenían decoración exterior arquitectónica, á que se prestaban los frentes de las rocas, mientras en los paises llanos, donde aquellos no existían, los monumentos funerarios eran simplemente hipogeos. En Castel-d'Asso, en Norchia, en Sutri, en Toscanella, en Cæré, y en otros parajes análogos, la naturaleza del terreno volcánico y roquizo permitía hacer no sólo excavaciones interiores, sino tallar fachadas, puertas, y hasta separar grandes monolitos, para dejar monumentos aislados, á manera de los de las tumbas de Absalón y de Zacarías en Jerusalén; y en paises menos accidentados, más bien llanos que montañosos, como en Tarquinia, en Volterra y aun en Cæré son á la vez hipogeos y exteriores, según que están ó no cubiertos de construcciones al propósito. Los de Vulci son verdaderos hipogeos; están enteramente bajo la superficie de la tierra; los de Cæré, de Volterra y de Tarquinia llevan encima una especie de túmulos recordando las antiguas tradiciones asiáticas.

De los monumentos que vamos estudiando, los de Castel-d'Asso son siempre aparentes ó exteriores, tallados sobre la superficie de la piedra calcárea, y compuestos de pequeños edículos más ó menos considerables, que parecen separarse de la masa roquiza, aunque adheridos á ella por la parte posterior. Su conjunto se compone de cuerpos rectangulares, que tienden á la forma piramidal muy truncada, por el talud que se observa en todos sus lados, teniendo en la parte anterior una especie de fachada con puerta fingida, que nunca es la entrada verdadera de la cámara sepulcral.

Estos monumentos traen á la memoria, vistos exteriormente, los conocidos *pilones* egipcios. La verdadera puerta hay que buscarla en la base del monumento, como ya indicamos, y es una entrada á manera de mina, cubierta por piedras amontonadas, que cuando estuvieran cubriendo la entrada, no podían revelar su existencia. El interior unas veces es circular, otras elíptico, y en él se encuentran los sarcófagos ó especie de bancos roquizos, divididos en numerosas sepulturas vaciadas en la piedra, y destinadas á la conservación del cuerpo entero.—Los de Cæré están unas veces excavados en la roca bajo la superficie, y no presentan deco-

ración exterior, y otras son túmulos artificiales parecidos á los de Tarquinia, que encierran en su interior y debajo, á veces más de 50 hipogeos. Grande es el número de monumentos sepulcrales descubiertos en aquella vasta necrópolis, pero entre ellos merecen especial mención la tumba de la *Bóveda plana*, la de las *Dos sillas* y la *Gran tumba*. A la primera se baja por una escalera que conduce á una puerta, la cual da acceso á un vestíbulo de forma circular, rodeado de un poyo alrededor de las paredes, ó sea el *podium*. El techo es horizontal, disposición de donde ha tomado su nombre el monumento, y está dividido en casetones; adornando también esta tumba pinturas, que así recuerdan el estilo griego-arcáico como el etrusco, y que son del mayor interés para la historia del arte, pues están hechas sobre la piedra directamente, sin ninguna clase de enlucido, y al trazo, sin más colores que rojo, negro y blanco, siendo las cabezas de este último color y los cuerpos rojos. De esta primera pieza se pasa á otra mayor, sala ó cámara de forma casi rectangular, y dividida en tres naves por cuatro pilares tallados también en la misma masa de la roca. En la parte superior de las diversas partes de este hipogeo se han imitado, como en la antecámara, techos de madera. En el centro de la parte media de esta pieza se encuentran, arrimados á las paredes de derecha é izquierda, un lecho fúnebre destinado á la exposición del cuerpo del difunto, y un sarcófago para su conservación; objetos ambos tallados también en la misma roca de la tumba. En la parte posterior de la cámara hay una banqueta ó poyo.

La conocida tumba de las *Dos sillas* presenta muchos puntos de analogía con la anterior, bajándose á ella por una escalera que desemboca en un corredor, el cual conduce á un espacio cuadrado, en cuyas paredes se abren tres puertas. La de la derecha lleva á una pieza con su correspondiente poyo ó *podium*, pieza que algunos creen pudo haber servido de triclinio. La cámara de la izquierda, de forma rectangular y con techo á dos vertientes, adorna sus paredes con grandes círculos resaltados á manera de escudos redondos, y contiene dos sarcófagos y un lecho fúnebre. Por otra puerta, abierta en el eje de la escalera, se entra á otra cámara dispuesta trasversalmente, y que es la más grande de todo el hipogeo; cámara que más parece habitación para vivir, que cámara se-

pulcral. Puertas adornadas con molduras, ventanas de severo aspecto, techo que imita vigas ó maderos, lechos que así pueden ser para exposición del cadáver como para triclinios, sillas de forma especial con sus banquetas delante para los pies; todo esto tallado en la misma roca, dan una idea exacta del interior de las habitaciones etruscas, reproducido en aquella cámara sepulcral. Las tres puertas que se abren en uno de los lados, conducen á otras tantas cámaras más pequeñas, rectangulares, de desiguales dimensiones, en cuyos tres lados, fuera del de la puerta, se encuentra el ya citado *podium*.

La necrópolis de Tarquinia, situada sobre una colina de *tufo* volcánico, consta de gran número de cámaras subterráneaas. En su aspecto exterior, los monumentos de esta ciudad, la más antigua de las doce lucumónicas de la Etruria, son grandes túmulos circulares que recuerdan las *tantaleyas* del Asia Menor, de que ya hemos hablado, confirmando una vez más el origen asiático de los tirrenos ó etruscos. Estos túmulos se componen de un basamento construído con piedras, encima del cual se amontonaban tierras hasta formar un cono, en cuyo centro una construcción vertical, erigida encima de la cámara funeraria, se elevaba hasta la cima del túmulo, donde se colocaba una estela ó una figura de animal simbólico. Una ó muchas puertas, según era el número de las cámaras interiores, se abrían en la circunferencia del basamento, y tras de ellas se encontraba inmediatamente la escalera interior que llevaba á los hipogeos. Generalmente estas cámaras estaban en el centro del túmulo cuando eran únicas, y se las distribuía alrededor cuando eran muchas en número. Talladas en la roca, tenían forma rectangular, y las paredes en talud sostenían el techo, que bien era de cuatro vertientes, imitando también los trabajos de carpintería, ó bien en algunos puntos, donde por no ofrecer la piedra bastante seguridad, estaban construídas, se cerraban con hiladas de piedras en bóvedas parabólicas, ofreciendo cierta semejanza con el pretendido tesoro de Atrea en Micenas. Algunas de las talladas en la roca aparecen también sostenidas por dos ó cuatro pilares verticales, separados de la misma masa roquiza. Varios de estos hipogeos tienen diferentes pisos, como sucede en la llamada *Grotta intaliata*. No dejan de tener estas tumbas sus correspondientes *podium*, y están generalmen-

te adornadas con pinturas que, aunque no de esmerada ejecución, son de grande importancia para la historia del arte y del pueblo etrusco; y se han encontrado en ellas lechos fúnebres para la exposición del cadáver, sarcófagos para su conservación, y urnas que revelan la práctica también, en aquellos remotos períodos, de la cremación de los cadáveres.

En Vulci, el suelo, generalmente plano, no presenta señales exteriores de la existencia subterránea de las numerosas tumbas que forman su necrópolis. La formación compacta de la piedra que constituye el subsuelo, facilitó la apertura de aquellos hipogeos, cuya entrada, á tres ó cuatro pies de profundidad solamente, que es la altura de la capa de tierra vegetal, se cerraba con piedras, sobre las cuales se extendía la tierra á fin de impedir toda comunicación con el exterior. El plano de estas tumbas presenta en general un agrupamiento ó una combinación más ó menos simétrica de cámaras, con formas rectangulares. Se baja por una escalera que conduce á una especie de gran vestíbulo, dispuesto transversalmente, y se pasa después á las cámaras sepulcrales, más ó menos numerosas, según la importancia ó la categoría de los difuntos; y hablamos en plural, porque algunas de ellas demuestran que han pertenecido á diferentes miembros de una familia. En estas cámaras no se encuentran con tanta frecuencia los poyos ó *podium* alrededor de ellas, pero sí lechos fúnebres para la exposición del cadáver: algunas de estas cámaras sepulcrales llevaron encima construcciones exteriores, como sucede, entre otras, en la conocida con el nombre de *Cucumella*.

En las tumbas de Vulci se encuentran algunas cuyos techos, tallados también, como todo lo demás, en la roca, reproducen construcciones de carpintería, del mayor interés para la historia de este arte, pues algunos de estos enterramientos demuestran que los etruscos empleaban bóvedas de madera para cubrir sus edificios.

No menos interés ofrecen para la historia de la pintura por los frescos que adornan sus paredes, puesto que no sólo nos dan nociones acerca de la historia del arte, sino sobre los usos, las costumbres, los ritos y las ceremonias fúnebres de los etruscos, y su sistema de decoración policroma.

Las pinturas de las antiguas cámaras sepulcrales de Etruria, ya colo-

ridas con mayor número de tonos que las de Cæré, como sucede en las de Tarquinia, Volterra, Chiusi, Perugia y otras, indican claramente la influencia del arte griego, que se cree introducido entre los etruscos por el corintio Demarate, muy cerca ya de la época en que se fundó Roma. El procedimiento técnico empleado en ellas es el de un enlucido, muy fino de estuco, con que se cubrían probablemente todas las paredes de los hipogeos, y la fijación de los colores sobre él por planos, sin tonos intermedios. Los colores empleados eran el blanco, el negro, el rojo, el azul y el amarillo, colores primitivos con cuyas combinaciones obtenían los demás. Los asuntos de aquellas composiciones pictóricas estaban relacionados, como en las tumbas egipcias, con las costumbres funerarias ó con la existencia del alma en la otra vida.

Entre las nociones más importantes que nos ha dado el estudio de los hipogeos etruscos, está el conocimiento de los diferentes sistemas de inhumación de los restos humanos; sistemas que varían según las localidades, y acaso también según las épocas. Así, en las necrópolis de las ciudades que se creen las más antiguas y en que se reconocen las huellas de las influencias asiáticas, como en Cæré, en Vulci, en Tarquinia, los cuerpos estaban vestidos y acostados en lechos fúnebres; en Castel d'Asso, en Norchia, en Bomarzo, los cadáveres se depositaban en sarcófagos, ya lisos ó ya adornados con pinturas; en Volterra, en Chiusi y en Toscanella, se quemaban los cuerpos y se encerraban sus cenizas en urnas de mármol, de otras piedras calcáreas, y de barro cocido, hallándose pintadas con frecuencia las de esta última clase, y las de Perugia y Volterra adornadas generalmente con un bajo-relieve en el frente y una cubierta con una figura recostada en el lecho fúnebre, á veces coronada de flores y llevando ordinariamente en la mano derecha un objeto cualquiera, como una patera. En esta figura creen algunos que se representaba al difunto presentando una ofrenda á la divinidad, ó mejor, acaso, asistiendo al convite funerario que se celebraba en su honor. Otras veces estas urnas representaban pequeños sarcófagos con cubierta labrada á manera de frontón, de las cuales no sólo se han encontrado muchos ejemplares en aquellas sepulturas etruscas, sino también en otras diferentes comarcas, y en España mismo, de las que conservamos algunas

en nuestro Museo Arqueológico Nacional, procedentes de Almedinilla, y otras en el Carmonense, sacadas de las tumbas de su necrópolis.

También en nuestro Museo se conserva una notabilísima urna etrusca de barro, con relieve en el frente y figura recostada en la cubierta, que pueden ver nuestros lectores copiada en el *Museo español de antigüedades,* tomo I.

No menos interés que su disposición arquitectural presta á las tumbas etruscas la variedad de objetos y utensilios de todas clases, que la piedad de las familias encerraba en aquellas moradas de los muertos; objetos y utensilios que formaban todo un mobiliario que pudiéramos llamar fúnebre, y que respondían generalmente, por su naturaleza, á la posición social que los difuntos habían ocupado en vida. Así, los guerreros eran depositados en aquellas cámaras con sus armas; la mujèr con sus alhajas y sus objetos de tocador; el niño con sus juguetes. Los antiguos parece quisieron conservar en aquella morada de la muerte los elementos todos de su vida, para que, cuando apenas la memoria quedase de ellos, todo cuanto les había pertenecido sirviera á las generaciones venideras, para escribir la historia interna de los pueblos que formaron.

Al hablar de las tumbas etruscas, no podemos prescindir de citar las descubiertas en Marzabotto, cerca de Bolonia, de las cuales apenas se tiene noticia en nuestra patria, y que ha ilustrado con notabilísima monografía, intitulada *Di una antica necropoli á Marzabotto nel Bolognese* [1], el conde Giovanni Gozzadini.

Las tumbas de esta necrópolis, no excavadas, sino construídas, porque el terreno no permitía hacerlas por el primer procedimiento, son tanto de planta rectangular como circular, estando compuestas de grandes losas que forman la cámara, con cubiertas á cuatro vertientes, ó bien con otras losas horizontalmente colocadas sobre las verticales, que cierran la tumba. Las de esta clase suelen llevar encima otras más pequeñas formando gradas, y sobre ellas, como remate, una esfera ó bola. Otras, sobre la losa de cerramiento llevan un trozo de columna, compuesto de basa y parte de fuste. Ofrecen estas notables tumbas la particularidad de

1 Bolonia.—Tipografía Fava y Garaguani, 1865.

ser algunas *pozos sepulcrales*, en forma de gran vasija abierta en el suelo y revestida con pequeños sillares, cerrándose la boca con una gran piedra cónica ó semi-esférica. Estos rarísimos pozos recuerdan los pozos funerarios de Trousepoil, mencionados por Mortillet.

La necrópolis de Marzabotto es etrusca, de la época en que los toscanos, tirrenos ó rasenios dominaron en la *Etruria nova* ó Etruria circumpodana, constituída como la antigua en Lucumonia, y presenta ciertas particularidades dignas de especial mención, como son la de encontrarse, tanto esqueletos que demuestran haber sido inhumados enteros, como cenizas y huesos calcinados, que acusan la práctica de la cremación, y además restos también quemados de animales domésticos, como bueyes, caballos, perros y aun gatos, demostrándonos prácticas funerarias de origen griego, como veremos en breve. Los vasos pintados, ya del primer estilo, ya del segundo, ofrecen la particularidad de tener por base formas de cabeza humana, sobre la que se levanta la campana del vaso adornada con pinturas. También se han encontrado en aquellas tumbas muchos objetos de bronce, espejos y figuras, cuentas de cristal de colores, así de collares como de las llamadas por los italianos *fusaiole*, piedras grabadas, sortijas, amuletos de ámbar, y otros de oro.

Cuanto llevamos hasta aquí expuesto nos demuestra, que los pueblos de Oriente transmitieron su civilización al Occidente, en nuestro sentir por medio de los fenicios, habitadores algún día de la tierra de Canaán, y que llevaron con sus naves por todo el continente europeo los elementos de artes y creencias que encontraban en los florecientes pueblos con quienes sostenían activo comercio; elementos que, confundiéndose con los que hallaban entre los aborígenes de Occidente, determinaron las manifestaciones de sus creencias religiosas, é informaron el arte pelásgico y helénico. Los griegos se sobrepusieron y progresaron con mayor rapidez que los demás pueblos influídos por la raza pelásgica. Las guerras, sirviendo á maravilla para las aspiraciones del espíritu eminentemente creador de este pueblo, lo elevó sobre los demás; y ya con la fuerza material de las armas, ó con la superioridad intelectual á que había llegado, sometió á los unos y helenizó á los otros. La nación etrusca, que era ciertamente, después de la griega, que poblaba la Sicilia y la Gran Grecia,

la más adelantada en Italia, se aprovechó de sus relaciones comerciales con ella, y perfeccionando su arte primitivo y rudo, logró imponérselo á los habitantes del Lacio, ya en la época, aunque corta, en que dominó allí, pues se cree que Roma, el año 247 de su fundación, estuvo sometida á los etruscos, aunque sólo la poseyeron un año; ya cuando Roma fué gobernada por reyes etruscos; bien en los intermedios de paz y amistad; ó cuando la Etruria quedó definitivamente sujeta al poder de la Roma republicana. El arte romano fué en un principio etrusco, y después, por relaciones pacíficas primero y de conquista más tarde, griego, viniendo á constituir un arte etrusco-helénico con las naturales reminiscencias orientales.

La civilización y el arte de aquellos pueblos etruscos fueron influídos poderosamente por la Grecia, á causa de sus relaciones comerciales con los griegos, que duraron todo el siglo IV antes de Jesucristo, y que puede decirse fué la edad de oro de los rasenios, como ellos mismos se llamaban en su lengua; pero es indudable que si en un período de la historia de Roma, la Grecia ejerce decisiva influencia sobre la ciudad del Tíber, ésta recibió también su cultura del pueblo etrusco, que le dió los principios de la civilización y de las artes. Por más que el célebre Mommsen quiera negar á la Etruria toda influencia en el Lacio, colocándola en último puesto entre los pueblos que cultivaron las artes en Italia, los monumentos demuestran lo contrario.

Gran parte de la muralla de la Roma del Palatino; los restos de los muros de Servio Tulio, que alcanzaron tres leguas de circuito; la cloaca Máxima; el templo de Júpiter, con sus tres *cellas*, según el rito etrusco, y las estatuas de barro cocido con que estaba adornado, etruscas también; las necrópolis de Cerveti y de Corneto, dos ciudades etruscas vecinas de Roma, y Tarquinia, demuestran esas influencias, que no podían menos de ejercerse por un país ya en relaciones con la Grecia por el comercio y las artes antes del tiempo de los Tarquinos, sobre un pueblo naciente y que estaba á sus puertas. Las costumbres y las artes etruscas, unas de procedencia griega, otras originarias de ellos mismos y de sus tradiciones orientales, otras modificadas por la influencia helénica, constituyeron la base de la civilización romana, que en los primeros pe-

riodos de su historia, antes que greco-romana, debiera llamarse etrusco-griega.

Esta compenetración de las dos corrientes del pueblo tirreno y del helénico, constituyen la base del arte romano, y nos afirma cada vez más en nuestra idea, encontrar á cada momento en Roma vestigios de estas mismas influencias, siendo los monumentos en que más se notan las tumbas con sus cámaras sepulcrales, como lo demuestran la multitud de ellas encontradas en las cercanías de Roma ó en los pueblos que estuvieron sujetos al poder romano. Las extensas filas de sepulcros que se adelantaban por la vía Apia, por la vía Latina y por la Flaminia, á más de 15 millas de distancia, ó sean 22 kilómetros próximamente, demuestran muchas de ellas, con su disposición en cámaras sepulcrales, cómo se conservaba en Roma la tradición etrusca, más claramente sostenida en algunos conditorios subterráneos, como la cámara sepulcral descubierta en la roca que forma la base del monte Aventino, á una profundidad de 40 pies, á la que se baja por una larga escalera; cámara funeraria de planta circular, rodeada exteriormente de un corredor que recuerda los de las tumbas de Asia y de África, y con nichos para colocar urnas cinerarias.

La costumbre de la incineración, tan generalizada en Roma, convirtió bien pronto aquellas cámaras en los llamados *columbarios*, acerca de los cuales creemos importante consignar algunas nociones histórico-arqueológicas, encaminadas al más fácil estudio de las cámaras sepulcrales de Carmona.

II.

La palabra sepulcro *(sepulcrum)* era en Roma un término general, con el que se designaba toda clase de tumbas, ya se enterrase en ellas el cuerpo ó se depositaran los huesos y las cenizas de un muerto [1]. Naturalmente, había en la construcción y detalle de este género de edificios grandes diferencias, según la riqueza del propietario y del gusto de. arquitecto. Lo que era absolutamente indispensable y de esencia en los

1 Ulp., *Dig.* II, 7, 2.

sepulcros, por punto general, para ser así llamados, era una cámara funeraria donde se depositaran los despojos mortales de la persona á quien pertenecía el sepulcro; pero los más suntuosos tenían encima de esta cámara uno ó dos pisos, que contenían otras cámaras ricamente adornadas con pinturas y moldurajes de mármoles ó de estuco, las cuales servían á los parientes para la celebración de ceremonias religiosas, ó para reunirse en las visitas que hacían al lugar donde descansaban los restos de las personas queridas. Estas cámaras no tenían ni sarcófagos ni urnas cinerarias, que se conservaban exclusivamente en la cámara sepulcral, cuya entrada se ocultaba con el mayor cuidado, á fin de evitar profanaciones. Como ejemplo de esta clase de sepulcros, Rich copia uno en corte y alzado, que se conservaba en la vía Asinaria, cerca de Roma, y en el que fué descubierto el célebre *vaso Barberini*, de que con razón se envanece el Museo Británico. El piso bajo era la cámara sepulcral, donde estaba este vaso.

Se llamaba en Roma *sepulcrum familiare* el que se construía para los individuos de una familia, análogos á nuestros modernos panteones. En los sepulcros familiares tenían cabida, no sólo los individuos de la *gens* á que pertenecían, sino también sus manumitidos ó libertos, de uno y otro sexo. En la calle de las Tumbas de Pompeya se ve uno de estos conditorios, rodeado del poyo ó *podium* y con nichos, que contienen urnas de mayor ó menor riqueza. Algunas estaban sólo sobre el *podium*, sin nicho.

Las sepulturas con nichos en las paredes, que recibían el nombre de *columbarios*, abundan mucho en Roma, y es más que probable las copiasen, como tantas otras cosas, de sus primeros maestros los etruscos.

Además de las cámaras sepulcrales arquitectónicas etruscas de que hemos hablado, en muchas comarcas de la Etruria se encuentran en las cercanías de las ciudades rocas excavadas y cubiertas de numerosos nichos, si bien, habiendo desaparecido las urnas cinerarias, y no encontrándose en ellas inscripciones, no puede asegurarse, de una manera indubitada, que tales sepulcros ó túmulos sean en efecto etruscos ó romanos. Sin embargo, en Veies (Veia), situada bien cerca de Roma, y ya destruída enteramente desde el año 359 de la fundación de ésta (396 an-

tes de Jesucristo), se han encontrado, en algunas de aquellas cavidades, objetos puramente etruscos[1]. Cerca de Toscanella hay grutas que forman muchas celas ó cámaras, próximas unas á otras, cuyas paredes están enteramente cubiertas de nichos, más pequeños que los que se ven de ordinario en las cámaras sepulcrales romanas, y que sólo pudieron contener una sola urna.

Tal sistema de sepulturas hubo de adoptarse en Roma por las grandes familias, cuyos libertos y esclavos eran demasiado numerosos para que sus restos pudieran colocarse con los de los miembros de la *gens* en una misma tumba, porque las menos extensas los admitían en ellas, aunque poniéndolos en lugar más subalterno, siempre que no hubiese contra aquellos servidores alguna causa que los hiciese indignos de este honor.

Estos monumentos con nichos, llamados por los griegos περιστερεών, se conocían por los romanos, como ya indicamos, con el nombre de columbarios, palabra que en el latín viene de *columba*, paloma, pues se denominaban de aquel modo los nidos donde éstas se apareaban en los palomares, y los palomares mismos; y de aquí, por la semejanza que con éstos presentaban las cámaras sepulcrales con sus nichos, se las llamaba *columbarium* y también á los nichos, que generalmente se hacían para contener dos *ollas* ó urnas cinerarias, embutidas en la parte baja del grueso del nicho, viéndose sólo las tapaderas.

Delante del nicho, en la misma pared donde estaba abierto, bajo la línea inferior del mismo, solían escribirse los nombres de las personas á quienes pertenecían las cenizas allí conservadas[2].

También se construían en Roma columbarios por especuladores que vendían lugar en ellos á las personas de escasa fortuna, que no podían adquirir una tumba especial, y para varias otras reunidas en sociedades organizadas á manera de los colegios, para costear aquellos monumentos funerarios á expensas de todos. Los asociados constituían un fondo común, y pagaban una cuota mensual para conservarlo *(stips menstrua)*,

1 Dennis, *Cities and cemeteries of Etruria*, I, p. 10 y 26, 2.ª edición, 1878.—M. Abeken, *Mittelitanien*, p. 258.—Canina, *Etruria maritima*, I, p. 123.

2 Inscript., *ap.* Fabretti, p. 13, n. 60.

con cuyo fondo no sólo se hacía el monumento funerario, sino que, además, se costeaban los funerales de los asociados y los gastos de conservación de aquél. Estas sociedades estaban divididas en decurias *(decuriæ)*, cada una de las cuales tenía un decurión, elegía un *sacerdos* y un tesorero *(quaestor)*, encontrándose también en las inscripciones la mención de *quinquennales* y de *curatores*, encargados de edificar y de tener en buen estado el monumento y de marcar los sitios *(sortes, locos rationes, partes viriles, jus)* á que tenía derecho cada uno de los contribuyentes á prorrata de su cotización *(rata parte, ex collata pecunia)*, y que era en adelante de su propiedad; pudiendo, en su consecuencia, darlos, venderlos ó disponer de ellos por testamento. Los sitios se repartían por suerte *(ex sortitione)*, primero de las filas ó hileras, contando de abajo arriba, y después en cada fila horizontalmente, de manera que nadie tenía derecho á quejarse del lugar que le correspondía. Ciertos lugares, y particularmente los de las filas inferiores, se apreciaban más porque estaban más á la vista, eran más asequibles y más cómodos para las ceremonias y prácticas funerarias, demostrándonos las inscripciones que el privilegio de elegirlos se concedía sólo por excepción, como la dispensa de cargas *(inmunitas)*, en recompensa de servicios prestados á la comunidad. Los lotes y los lugares asignados á cada uno se marcaban, después de sacados á la suerte, por una inscripción grabada en el muro ó puesta en una tableta *(tessella)*, reemplazada más tarde cuando era necesario por el epitafio *(titulus)* definitivo [1].

Esta costumbre romana hubo de extenderse hasta los más remotos confines del imperio, pues se hallan ejemplos de ella en diferentes naciones; pero donde mejor pueden estudiarse los vastos columbarios romanos, es en las cercanías de Roma, sobre todo los familiares situados alrededor de los muros de la ciudad, y como las demás clases de monumentos funerarios, á la orilla de los grandes caminos que de ella partían.

Generalmente estaban formados por grandes salas rectangulares, en parte subterráneas, en parte construídas sobre el suelo, en cuyos muros

1 Diccionario de Daremberg y Saglio, apoyándose, entre otras, en las siguientes autoridades: Henzen, *Annal. de l'Inst.*, 1856, Willmanns, *Exempla*; Gatti, *Bullet. della comiss. arch. municip. di Roma.*

los nichos *(locus loculus, sollarium)*, por lo común abiertos en arco y algunas veces rectangulares, se repartían con regularidad, alineándolos en filas *(gradus linea)*. En cada nicho se ponían con frecuencia, como ya indicamos, dos *ollas*, pero también los había con tres ó cuatro, y aun con una sola. Algunas veces se colocaban nuevas urnas en un nicho ya ocupado.

Estos vasos cinerarios generalmente son de barro; pero también se encuentran de mármol, de otras clases de piedra, de alabastro, de vidrio y de otras materias, aprovechándose para este uso vasos antiguos, que no por haber servido para este destino, pueden considerarse como labrados con tal propósito.

En España se han encontrado de vidrio dentro de otra *olla* de plomo, para conservar mejor la de la primera materia. En el Museo Arqueológico Nacional tenemos algunos.—Los vasos que se colocaban sin embutir en el muro, dentro de los nichos ó en el *podium*, y que se quedaban al descubierto, eran más elegantes y estaban más adornados. Tanto los de piedra como los de barro, tienen á veces la forma de pequeños sarcófagos ó cofrecillos, y suelen estar enriquecidos con esculturas, como los que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, que han sido ilustrados con notable Monografía por el académico D. Mariano Catalina [1].

En otras cámaras sepulcrales romanas, los nichos solían estar dentro de construcciones con un frontón sostenido por columnas, en cuyo caso recibían el nombre de *aedicula*, *cinerarium*, adornándolos con más ó menos lujo. Inscripciones grabadas en tabletas de mármol ó de bronce, clavadas al muro encima ó debajo de cada nicho, solían contener los nombres, la edad, la condición que habían alcanzado en vida los difuntos á quienes pertenecían, así como los de las personas que dedicaban el monumento, y á veces frases de afecto y de pena, cuando esto no se escribía sobre la misma urna cineraria.

Las cámaras sepulcrales de esta clase de columbarios romanos, recibían luz por aberturas practicadas en las bóvedas, y se bajaba á ellas

1 Museo Español de Antigüedades, tomo I, pág. 511.

por una entrada estrecha y por una escalera, cuyos muros también solían estar cubiertos de nichos.

Había columbarios en Roma de tal extensión y de tal importancia, que alguno, como el construído para los libertos y esclavos de Livia, mujer de Augusto, á poco más de dos millas de la ciudad, al lado de la vía Apia, podía contener las cenizas de 3.000 personas; notable columbario de planta rectangular, con prolongaciones semicirculares á manera de ábsides en los cuatro frentes, y otras rectangulares al lado de las anteriores en dos de ellos, que estuvo en uso hasta tiempo de Claudio, habiendo sido descubierto en 1726 y abandonadas después sus ruinas, de las que apenas podría formarse hoy exacto juicio, á no ser por los trabajos de Piranesi [1], que lo midió y dibujó cuidadosamente antes de que se destruyera.

En el citado Diccionario de Daremberg y Saglio, se cita otro columbario, hecho por algún empresario de esta clase de industria funeraria, ó por alguna asociación, que estuvo también cubierto con una bóveda, la cual debía apoyarse en el centro de la cámara sobre un fuerte y macizo pilar. Fué descubierto en 1840, y parece estuvo en uso desde los tiempos de Tiberio hasta los de Claudio. La parte superior del pilar, cuya planta es cuadrada, se adorna con pinturas al fresco en forma de recuadros ó zonas, figurando en la última pájaros y palomas. También habla de otro de la misma clase, mucho más elegante y que atribuye á la época de Augusto, en el cual cada uno de los que adquirieron en él edículos, los adornaron con columnas, frontones y pinturas. La bóveda está cubierta igualmente con un adorno figurando follajes. Encontráronse en este columbario, además de *ollas* de diferentes clases, urnas de mármol en forma de pequeños sarcófagos esculpidos; bajo la escalera, un féretro de arcilla que contenía un esqueleto; y oculto bajo las losas del pavimento, hacia la derecha de la cámara sepulcral, ricamente engalanado, el cuerpo de una joven, que se deshizo al contacto del aire. En el centro del hemiciclo ó ábside que termina la cámara, otra losa cubría una cavidad llena de huesos, reducidos á pequeños fragmentos. Como en la mayor

1 *Antich. rom.*, III, láms. XXI y siguientes.

parte de las tumbas antiguas, había también en ésta muchas lámparas de barro y de bronce.

Las tumbas tocaban por todas partes los muros de Roma, y puede decirse que, antes que las de los vivos, formaban las primeras barriadas de la ciudad, las mansiones de los muertos. Cuando el recinto se ensanchó, muchos de aquellos conditorios y monumentos sepulcrales quedaron dentro de la *urbs*, y así fué que los dos columbarios de que acabamos de hablar, situados á poca distancia uno de otro, cerca de la antigua puerta Appia (hoy de San Sebastián), en el sitio en que la vía antigua de aquel nombre se separa de la Latina, resultaron cuando se labraron fuera del *agger* de Servio Tulio, y después quedaron dentro de Roma al edificarse, en el siglo III, la muralla de Aureliano. Allí se encontraron también el columbario de los esclavos y de los libertos de una mujer de la familia Marcela, y el de los hijos de Nero Druso, uno y otro de tiempo de Augusto y de Tiberio, y á poca distancia el de una sociedad formada para asegurar á sus miembros el derecho á sepultura, cuyas inscripciones, sabiamente explicadas en el *corpus inscriptionum latinarum*, han contribuído poderosamente á esclarecer cuanto se relaciona con esta clase de monumentos funerarios. El columbario de otra sociedad, conocida con el nombre de *monumentum XXXVI sociorum*, estaba situado no lejos de allí, en la vía Latina; y fuera del recinto, en la vía Appia, estaban los de los Volusios, los Cecilios, los Junios Silanos y otros.

Subiendo hacia el Norte, fecundas y afortunadas excavaciones han descubierto en las cercanías de las vías Labicana, Praenestina y Tiburtina, á poca distancia de un columbario ya conocido de la familia Arruntia, el de los Statilios, uno de los más considerables de esta clase de monumentos, que data de los últimos tiempos de la República romana, y alrededor de él otros muchos de la misma especie, que hacen de aquella parte del monte Esquilino una verdadera necrópolis. También al Norte, la familia Octavia y muchas otras tenían columbarios cerca de las vías Nomentana y Salaria, y en el espacio que separa á esta última de la Flaminia. Entre los más notables monumentos de este género, á causa de las pinturas que adornan sus muros, no pueden dejar de mencionarse los

descubiertos en el siglo último, y más recientemente, en 1838, en los jardines de la *villa* Corsini, hoy Pamfili, junto á la vía Aurelia.

Dijimos que también fuera de Roma se habían encontrado, aunque en mucho menor número, sepulcros familiares, de los conocidos con el nombre de columbarios, tales como el exhumado cerca de Colonia [1]; y sin embargo de que en España, hasta hace muy poco tiempo, no se había tenido noticia de ninguno de ellos, las cámaras sepulcrales de Osuna, aunque en opinión de algunos ya cristianas, y sobre todo las abundantísimas de la necrópolis carmonense, han venido á llenar este vacío de tal modo, que, sobre todo las últimas, pueden colocarse en la línea de los primeros descubrimientos arqueológicos del presente siglo.

Acabamos de mencionar las cámaras sepulcrales de Osuna, y como útil antecedente para el estudio de las de Carmona, no creemos fuera de propósito dar alguna noticia de ellas, habiendo tenido también la fortuna de visitarlas.

Las llamadas *Cuevas de Osuna*, ó cámaras subterráneas descubiertas en aquella ciudad, se ha creído por algunos que fueron simplemente canteras excavadas para sacar la piedra con que en remotas edades, principalmente en la época romana, hubieron de construirse los edificios de la antigua *Ursone*, convertida por Julio César en la colonia militar, *Genetiva Julia*. Todas están excavadas en una masa dilatadísima de piedra arenisco-calcárea, de grueso grano, muy porosa y de color de cieno, material con el que están labradas varias de las fábricas más modernas de Osuna, como la Colegiata, la Universidad y no pocas iglesias y conventos. No se observa en aquellas cámaras subterráneas un plan general, ni puede decirse que sean todas individuales, como las llama D. Diego Amador de los Ríos [2], esto es, contenidas dentro de un limitado espacio con pocos compartimientos, sin que tampoco pueda afirmarse que son continuas ó dilatadas por largas galerías á muy extensos y complicados conjuntos. Las hay que, al parecer, proseguirían en largas bóvedas de cañón seguido con otras transversales ó encrucijadas, y que pudieran se-

1 *Jahrb. d. Vereins von Alterth. im Rheinlande* I, lám. V y VI.

2 *Museo Español de Antigüedades*, tomo X, pág. 271.

guirse si, arruinadas en varios puntos, no cerrasen el paso á su total exploración. Otras, y éstas son las más frecuentes, no pasan de un espacio más ó menos considerable, pero encerrado siempre en la sencilla distribución de tres ó cuatro celdas abovedadas con vueltas de más ó menos peralte. Algunas de ellas no tienen nichos ni sepulturas, de donde ha deducido dicho Sr. Ríos que pudieron haber servido también de oscura y apartada vivienda á alguna familia por extremo humilde y desheredada, ó á los sectarios de alguna religión perseguida.

Cierto es que el mayor número de aquellas cámaras excavadas en la roca se encuentran en tal estado; pero al ver otras que claramente demuestran su destino funerario, nos decidimos á creer que las anteriores son cámaras preparadas para el mismo fin en aquella necrópolis, pero que no llegaron á servir por cualquier causa que no es del momento averiguar, de la misma manera que se encuentran en otras catacumbas de Italia y de Sicilia. Las que tienen marcados caracteres funerarios son de sencilla planta rectangular, con otros cubículos laterales más ó menos extensos, y en ellos se ven verdaderas sepulturas abiertas en la misma roca, más estrechas en la parte destinada á los pies que por la cabeza, con ambos extremos ligeramente redondeados. Estas sepulturas no guardan uniformidad alguna respecto á su orientación, pues mientras las hay que tienen su cabeza hacia la entrada de la cámara, otras la tienen á la derecha ó al contrario. Su longitud varía desde $1^{m},80$ á $2^{m},20$.

La entrada de estas *cuevas* debió estar oculta, pues aun hoy, para penetrar en ellas cuesta gran trabajo hallar la entrada, que desciende por rápida rampa á las cámaras. En una de ellas, que no sé por qué se ha calificado de capilla, y cuya planta es con escasa diferencia la de casi todas, descúbrense en sus paramentos y lo mismo en sus bóvedas, más ó menos rebajadas, vestigios de las pinturas que las decoraron. Para recibir tal adorno, las paredes y bóvedas de este subterráneo tenían todas sus superficies planas ó curvas, perfectamente recorridas. Tanto el primer recinto ó cámara como las más pequeñas laterales, estuvieron, al parecer, pintadas; pero donde no cabe duda de ello, es en la principal enfrente de la entrada, que conserva todos los elementos decorativos de su ornato, pintada al temple con mucha masa de color, y con tonos fuer-

tes y primitivos, muy apagados ya, y destruídos en muchos puntos. Lo primero que aparece pintado es el frente, compuesto por dos resaltos producidos por la diferencia entre la mayor anchura de la cámara en que se abre esta segunda celda y la menor de ella, y una especie de arco mixto que por encima de entrambos resaltos voltea. Este arco, más ancho por los extremos que por el centro, se forma con el semicircular generador del cañón seguido de la cámara menor, y con el rebajado del mayor que la precede y que trasdosa al primero. En el paramento, que interceptado por ambos arcos resulta, se ven pinturas que, aunque de dibujo no muy correcto, representan pavones y otras aves. Los principales colores de estos pájaros son rojo, amarillo, tinta neutra y blanco: el fondo sobre que resaltan es amarillo, limitado por anchas fajas rojas en las curvas que cierran el arco. En los costados de esta segunda cámara ó celda, sobre una faja roja, hay pintados tres tableros, separados entre sí por otras dos fajas más estrechas del mismo color, y guarnecidos alrededor por listones amarillos, de tinta neutra y blancos; el recuadro de enmedio es verde, y rojos los de los costados: esta decoración continúa en el frente de la misma cámara. El intrados de la bóveda se adorna con dos estrechas fajas ó cintas, la primera roja y la segunda blanca, encuadrando el desarrollo de esta bóveda. Después sigue otro recuadro en ancha faja también roja, sobre la que se desenvuelve una cinta blanca formando varias ondulaciones; y otros dos filetes, blanco el uno y rojo el otro, recuadran y limitan el espacio central, constituyendo con lo anteriormente descrito el que pudiéramos llamar su marco, pues dicho centro figura un cielo de hermoso azul salpicado de estrellas y cruces blancas, que alternan con rigurosa regularidad á iguales distancias.

Las pinturas de esta cueva, si ya no lo indicasen bastante las sepulturas abiertas en la roca, nos demuestran claramente que pertenecen aquellos conditorios á la época cristiana. Sabido es que el pavón consagrado por los gentiles á Juno, era entre los antiguos cristianos mirado como un símbolo de la resurrección, á causa de que, perdiendo sus hermosas plumas en el invierno, se viste de nuevo espléndidamente con ellas al acercarse la primavera, como el alma se viste de galas espiri-

tuales para subir al cielo, dejando su despojo mortal en la tumba [1]. El pavo real, á pesar de este significado, se encuentra pocas veces en los monumentos sepulcrales de Roma de la época cristiana, lo cual da gran importancia á la representación de este animal simbólico en las cámaras sepulcrales de Osuna, donde además está pintado con arreglo al simbolismo que le es propio; es decir, sin el hermoso plumaje de su cola, como indicando que los cadáveres allí depositados han perdido las galas de la vida terrena, esperando las de la eterna resurrección. Los demás pájaros que en estas pinturas se encuentran responden á pensamiento análogo, ya porque recuerdan con su vuelo el del alma que se remonta al cielo, ya porque fueron mirados también como símbolo de los mártires. En varias tumbas cristianas, y aun en vasos de vidrio, se encuentran representados pájaros de diferentes clases, como indicación de estos pensamientos.

Las cámaras sepulcrales de Osuna son, pues, en nuestro juicio, de época ya marcadamente cristiana, confirmándolo también el adorno de cruces y estrellas repetidas que hemos visto en la decoración descrita; y creemos debieron abrirse en alguna de las épocas de persecución que pesaron sobre España, como sobre todo el imperio, y que llenaron de víctimas la tierra y de mártires el cielo; sin que podamos atribuirlas á la época muzárabe, como algunos han sospechado, porque todo el carácter del monumento está de acuerdo con el de otros conditorios cristianos de los primeros siglos, que hemos visitado en Italia y Sicilia.

1 Bosio, *Sott.*, p. 641.—Aringhi, *Rom. subterr.*, II, lib. VI, cap. XXXVI, pág. 612.—San Antonio de Padua (*serm. fer. Spost trinit.*) representa, bajo el emblema del pavo real, á nuestro cuerpo resucitando en el último día: *In generali resurrectione qua omnes arbores, id est omnes Sancti, incipiunt virescere, pavo ille (corpus nostrum) qui mortalitatis pennas abjecit, inmortalitatis recipiet.* «En la resurrección general en que todos los árboles, es decir, todos los santos, principiarán á reverdecer, este pavón (que no es otro que nuestro cuerpo), arrojadas las plumas de la mortalidad, recibirá las de la inmortalidad.»—San Agustín (*De civit. Dei*, l. XXI, c. 4), dice, que el pavo real tenía también otra cualidad, que daba origen á que se le considerase como símbolo de la inmortalidad, la cual consistía en ser incorruptible su carne, según la equivocada creencia de aquella época.

III.

El natural respeto y amor á los restos mortales de los seres queridos, hicieron pensar desde muy antiguo en la manera de conservarlos, pensamiento que se traduce en los pueblos de dos diferentes modos: ó guardando cuidadosamente los cadáveres, como hacían los egipcios, ó reduciéndolos á cenizas para evitar toda profanación, y acaso también para impedir los males que la putrefacción de los muertos pudiera producir á los vivos.

Los griegos quemaban ó inhumaban indistintamente sus cadáveres. Demócrito atacó fuertemente la costumbre de quemarlos, prefiriendo fuesen inhumados por la esperanza de una resurrección, en lo cual vemos las influencias egipcias; mientras Heráclito, al contrario, su constante contradictor, miraba el fuego como el elemento general, y quería que se quemasen los cuerpos, esperando que la llama, que todo lo purifica, purificaría también las almas.

Dícese, aunque no sabemos el dato cierto en que se apoya esta noticia, que los griegos copiaron de los frigios la cremación de los cadáveres; pero lo que sí puede afirmarse, según el testimonio de Tácito, es que los germanos la conocieron, empleando maderas olorosas para las piras de sus hombres eminentes, costumbre que aún subsiste en la India.

Es indudable que la cremación estuvo en uso desde una remota antigüedad, pero es muy difícil fijar la época en que comenzó á practicarse. Se pretende que fué Hércules el primero que imaginó recoger las cenizas de un muerto. Al emprender la guerra contra Laomédon, había rogado á su amigo Licinio le dejara á su hijo Argio para que le acompañara al combate, prometiéndole devolvérselo; pero habiendo sido muerto Argio, Hércules no encontró mejor medio de cumplir su promesa, que quemar el cuerpo del joven guerrero y enviar las cenizas á Licinio. Excusado es decir que este es un relato puramente legendario. Lo que no puede ponerse en duda es, que en todas las obras antiguas se encuentran datos para confirmar la existencia de la cremación, no sólo en Roma, sino en

Grecia, en las comarcas septentrionales, y entre los gymnosofistas indios. Todo induce á creer que esta costumbre nació en la India, donde se daba culto al fuego y donde no solamente se quemaban los muertos, sino que, para dar á las ceremonias funerales más pompa y brillo, se añadían algunos cuerpos vivos á los cuerpos muertos que debía devorar la hoguera.

Las sagradas letras nos ofrecen claro testimonio de que los hebreos, si bien conservaban sus cadáveres de manera análoga á la de los egipcios, también conocieron y usaron la cremación en casos especiales, sin duda para preservar los restos humanos de temidas profanaciones.

En el libro I de los Reyes, cap. XXXI, al referir la derrota y muerte de Saul, se dice en los versículos 9 y siguientes:

«9. Cortáronle á Saul la cabeza, y le despojaron de sus armas, y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que se publicara la victoria en el templo de los ídolos y en los pueblos.

»10. Colocaron las armas de Saul en el templo de Astaroth, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan.

»11. Pero los moradores de Jabes-Galaad, oído lo que los filisteos habían hecho con Saul,

»12. Salieron todos los más esforzados, anduvieron toda la noche, y quitaron el cadáver de Saul y los cadáveres de sus hijos del muro de Bethsan; y volviéndose á Jabes-Galaad, *allí los quemaron.*

»13. Y recogidos sus huesos los sepultaron en el bosque de Jabes, ayunando siete días [1].»

Propercio, en algunas de sus elegías, nos enseña que en su tiempo se

[1] 9. Et præciderunt caput Saul, et spoliaverunt eum armis: et miserunt in terram Philisthinorum per circuitum, ut anuntiaretur in templo idolorum, et in populis.

10. Et possuerunt arma ejus in templo Astaroth; corpus vero ejus suspenderunt in muro Bethsan.

11. Quod cum audissent habitatores Jabes-Galaad, quæcumque fecerant Philisthiim Saul,

12. Surrexerunt omnes viri fortissimi, et ambulaverunt tota nocte, et tulerunt cadaver Saul et cadavera filiorum ejus de muro Bethsan: veneruntque Jabes-Galaad, et combusserunt ea ibi;

13. Et tulerunt ossa eorunt, et sepelierunt in nemore Jabes, et jejunaverunt septem diebus.

quemaban los muertos, con sus anillos en los dedos. Según Donato, se les ungía con aceites, á fin de que se quemasen más fácilmente, y había ciertos industriales llamados *ustores* ó quemadores, que tenían por misión especial la de entender en todo lo que se refería á la cremación, y que no se sustrajera nada de lo que se arrojaba en la hoguera para quemarlo con los muertos. Plinio escribe, que la costumbre de quemar los muertos se remontaba solamente á tiempos de Sila; pero Plutarco afirma, que el cuerpo de Numa Pompilio no fué quemado porque lo había prohibido en su testamento. El mismo Numa había prohibido también regar con vino el fuego de las piras fúnebres. Dionisio de Halicarnaso, en sus *Antigüedades*, escribe, que la peste que invadió á Roma hacia el siglo III de su fundación, tuvo por causa la costumbre de arrojar á la intemperie cuerpos muertos en lugar de quemarlos ó enterrarlos debidamente, como se acostumbraba antes. Todas las historias de Roma mencionan multitud de romanos distinguidos que fueron quemados. Servio cree que los romanos quemaron sus muertos para que las almas volasen más pronto á confundirse con el todo universal de donde procedían; lo cual demuestra que el mismo pensamiento de la inmortalidad del alma presidió á la conservación de los cadáveres que á su cremación.

Al decir de Plinio, había en Roma cremaciones colectivas, sobre todo para los pobres, á fin de economizar el combustible. Cuando se hacían estas cremaciones colectivas, dice, se colocaba el cuerpo de una mujer entre diez cuerpos masculinos, con objeto de que, gracias al calor natural y á lo inflamable de la naturaleza femenina, que se creía más cálida que la del hombre, los cuerpos de éstos se consumieran por completo; narración que pudiera tomarse por un epigrama, si no tuviera en su apoyo, además del testimonio de Plinio, el de Horo y Alejandro de Nápoles en sus *Libros geniales*.

Estaba prohibido expresamente quemar los cuerpos de los niños antes que hubiesen echado todos sus dientes [1], y tampoco se quemaban ni por los griegos ni por los romanos á los que morían heridos por el rayo. Eurípides, hablando de Capaneo, muerto por un rayo en el sitio de Tebas,

1 Plin. H. N. VII.—Juv. XV.—Morcelli *de Stil. inscr. lat.* t. I.

dice que su cuerpo fué quemado, no con el de los otros príncipes que habían muerto en el asalto, sino aparte, como un muerto sagrado. Por razón de haberse hecho indignos de ello, tampoco podían ser quemados los cadáveres de los suicidas. Se les cortaba la mano en señal de ignominia, y se les enterraba aparte. Filostrato refiere, que el cuerpo de Ajax que, como es sabido, se atravesó el cuerpo con su espada, no tuvo los honores de la pira y fué simplemente enterrado.

Las ceremonias de la cremación entre los griegos, bien merecen les dediquemos algunas líneas. El día décimo, después de la muerte, se quemaba el cuerpo, y para ello se reunía fuera de la ciudad toda la leña que se había cortado durante los nueve días precedentes con tal objeto y se construía la pira, cuyas dimensiones variaban según la importancia del difunto. La pira de Patroclo tenía, según Homero, 100 pies de largo y 100 de ancho. Preparada la pira, y al acercarse la hora designada para la cremación, se ponía en movimiento la fúnebre comitiva; los hijos generalmente llevaban los cuerpos de sus padres y de sus madres. Llegados cerca de la pira, los encargados de la cremación examinaban si todo estaba corriente para la ceremonia, y, asegurados de ello, los parientes más próximos colocaban el lecho fúnebre sobre la pira, que estaba ricamente adornada con colgaduras y guirnaldas de flores. Mientras todo esto se verificaba, sacrifícanse á los manes del difunto animales, que debían ser completamente puros y de color negro. En seguida se les sacaba la grasa, con la que se untaba el cuerpo del difunto de la cabeza á los pies, mezclando además con ella aceites olorosos y ricos perfumes. Colocábanse también alrededor del lecho fúnebre vasos llenos de miel y de aceite, y algunas veces de miel [1] y de vino: el vino, porque se le consideraba amigo de los cuerpos muertos, y el aceite, para inflamar y consumir la leña más fácilmente. Se colocaban los cuerpos de las víctimas al lado del difunto; y cuando se trataba de un soberano ó de un príncipe, en lugar de animales irracionales se sacrificaban esclavos. Sabido es, según el relato homérico, que Aquiles degolló con su propia

1 Antiguos autores afirman que los lacedemonios ungían con miel los cuerpos de sus reyes.

mano doce mancebos, príncipes troyanos, que eran sus prisioneros de guerra, ante la pira de Patroclo, haciéndoles arrojar sobre ella en unión de cuatro de sus caballos y dos de los doce perros que alimentaba constantemente á su mesa.

La mayor parte de los asistentes á la fúnebre ceremonia, para demostrar su aflicción, arrojaban también sobre la pira y sobre el cuerpo ramas y flores.

Terminados todos los preparativos, se prendía fuego á la pira rodeada de sarmientos y de otras materias secas y ligeras, y en el momento que las llamas comenzaban á rodear al difunto, los amigos y los parientes le llamaban con repetición, gritando *¡adiós!* Después se hacían las libaciones y las ofrendas ordinarias, derramando el vino sobre la leña de la pira.

Durante la noche siguiente, pues estas ceremonias tenían lugar generalmente por la tarde y á la puesta del sol, los hombres permanecían cerca de la pira llorando y lanzando al aire sus lamentaciones.

A la mañana siguiente se apagaba la pira regándola con vino; y cuando todo estaba ya frío, los parientes más próximos y los amigos íntimos recogían las cenizas y los huesos carbonizados, los espolvoreaban con harina y los encerraban en un vaso de oro, de plata ó de otro metal ó materia, según los medios pecuniarios de que podían disponer. Eusthato pretende que no eran las cenizas, sino únicamente los huesos pulverizados, los que se conservaban así, después de haber untado el vaso interiormente con una espesa capa de grasa, y de recubrir todo el contenido con otra capa, también muy espesa, de la misma materia. Además de la grasa, se echaban también en las urnas gotas de miel y de aceite perfumado y vino. Cerradas las urnas, se las adornaba con flores, y se les cubría con una especie de red ó con un trozo de tela fina, colocándolas en la tierra. Homero dice que la urna en que se colocaron las cenizas de Patroclo, estaba cubierta con una tela ligera de oro macizo; y al hablar de la que contenía las cenizas de Héctor, expresa que fué cubierta con un velo de púrpura, porque era de sangre real. Plutarco, en su *Vida de Philopoemeno*, dice, que la urna en que se pusieron las cenizas del jefe de los Aqueos estaba tan adornada de guirnaldas, de festones y de

cintas, que cuando se la colocó en tierra apenas se la podía distinguir [1].

Las ceremonias de cremación entre los romanos, como no podía menos de suceder, diferían muy poco de las de los griegos, de donde indudablemente las tomaron, pues entre los etruscos, según hemos visto ya al estudiar sus cámaras sepulcrales, no estaba en uso la cremación, viéndose sólo en algunas de ellas el empleo de uno y otro sistema, la inhumación y la cremación, en lo cual hay que reconocer claramente la influencia griega.

Los difuntos entre los romanos, después que se colocaban ante la tribuna *rostrata* ó de las arengas, para que el orador pronunciase su panegírico [2], se conducían por la puerta triunfal si era el cuerpo de un triunfador, ó por la puerta Libitina en los demás casos, al lugar donde debían ser quemados, que, generalmente, para los ciudadanos principales era el campo de Marte, y los demás al extremo de los barrios principales. Las personas de pobre condición se quemaban en el monte Esquilino, donde existía el *ustrinum* público, destinado á tales ceremonias. La pira era, como entre los griegos, proporcionada á la posición que ocupaba el personaje antes de su muerte, siendo llamados con cierto menosprecio los cuerpos de los personajes que sólo habían sido quemados en una pequeña pira, sin ungüentos ni perfumes, *semi-ambusti*, medio quemados. Y de tal modo se consideraba esta cremación, modestamente hecha, como un gran deshonor, que para vengarse de algunos de sus príncipes, de quienes estaban descontentos, los quemaban de esta manera.

1 En la isla de Chíos, una de las que se disputan, y acaso con más probabilidad que ninguna otra, ser patria de Homero, había una costumbre especial. Después de haber quemado á los difuntos y recogido los huesos entre las cenizas, se pulverizaba todo en un mortero, y, tomando una criba, se embarcaban los encargados de esta fúnebre ceremonia, se hacían mar adentro y cribaban las cenizas, lanzándolas al aire hasta que no quedaba de ellas el menor resto.

2 No solamente acostumbraron los antiguos pronunciar oraciones fúnebres á sus muertos ilustres, sino también á los jóvenes y á las mujeres (*Plut. in vita Camilli*); y el filósofo Platón creía que á éstas les era también debido este honor (lib. VII de *Legib.*) Entre los romanos, Publio Valerio fué el primero que hizo el elogio fúnebre de su colega Junio Bruto, y fué tan bien recibido por el pueblo, que, según el testimonio de Plutarco, quedó desde entonces la costumbre de pronunciar estas oraciones ante el cadáver en la *tribuna de las arengas*.

Algunas veces los parientes, para demostrar mejor su aflicción, pintaban la pira y la enriquecían con ornatos de cera de diversos colores, los cuales, una vez encendida, contribuían á sostener y avivar el fuego.

La persona que había cerrado los ojos al difunto, poco antes de proceder á quemar el cuerpo, se los abría de nuevo para que estuviese mirando al cielo, á donde debía volar su alma [1]. Le daba después el último beso [2], le ungía con preciosos aceites; y después que el *libitinario* colocaba convenientemente el cuerpo sobre la pira y á su lado los vestidos, ornatos y armas (si era guerrero) que había usado en vida, y que habían sido conducidas para tal objeto en el fúnebre convoy, se arrojaban sobre la pira ingredientes á propósito para impedir que el olor de la carne quemada se esparciese por la atmósfera. Plinio, hablando del gran gasto que se hacía de esencias y perfumes en tales casos, dice que no se habrían podido recoger en todo un año tanta acacia y tanto cinamomo como se quemaron el día de los funerales de Poppea.

Los pobres, en cambio, se contentaban con arrojar en la pira pez y resina.

Dispuesta ya la pira, empapada en aceites y en perfumes, al son de las flautas y de las trompetas de los músicos que habían acompañado al fúnebre cortejo, el pariente más próximo del difunto tomaba una de las antorchas que llevaban los invitados, y aproximándose de espaldas á la pira la prendía fuego.

Inmediatamente después principiaban los sacrificios y los combates de gladiadores, que á veces se suplían con la muerte de prisioneros de guerra ó de esclavos; y los que querían demostrar su mayor afecto por el difunto, arrojaban á las llamas cuanto tenían de más precioso. Algunas veces, si bien muy pocas, hubo mujeres que llevaron su amor al que lloraban perdido, hasta el punto de arrojarse también en la hoguera [3].

1 La costumbre de cerrar los ojos á los muertos las personas de su más íntimo cariño, provenía también de los griegos, como puede verse en Homero, *Iliada*, XI, v. 452. y en la *Odisea*, II, v. 97.

2 Los parientes más próximos besaban á los moribundos para recibir su último aliento, y como natural expresión de tan suprema angustia. En el *Génesis* encontramos que José se arrojó sobre el rostro de su padre Jacob y le besó (*Gén.*, L, 1).

3 Pierre Larousse: *Gran Dictionnaire universel du* XIX *siecle.*

Apagado el fuego se recogían las cenizas y los huesos, y después de regarlos con vino y leche se los envolvía en un lienzo fino, y así se encerraban en la urna cineraria, donde también se arrojaban flores.

Había en esta manera de rendir los últimos deberes á los muertos, una idea predominante y de elevado sentimiento: la de honrar su memoria por medio de ceremonias tan tristes como conmovedoras. El fuego era adorado entre los pueblos primitivos y en toda la antigüedad, y aun casi en nuestros días, como el purificador por excelencia. Era, pues, una especie de purificación definitiva que los vivos hacían á los seres queridos; y si puede causar extrañeza que los antiguos mezclasen en tales momentos con las cenizas de sus difuntos las de los animales, que se consumían en la misma pira, debe recordarse que no estaban mezclados con los difuntos, puesto que, según el testimonio de Plinio, se envolvía el cuerpo de éstos en lienzos incombustibles de amianto, que conservaban sin mezcla alguna las cenizas del cuerpo que habían envuelto [1].

La hora de la cremación era generalmente por la tarde, á la puesta del sol, como relacionando el fin del día con el fin de la vida, que se ocultaba tras de las tinieblas de la muerte, como el sol tras de las sombras de la noche, para nacer á nueva luz en el empíreo, siguiendo las tradiciones orientales y egipcias de que ya hemos hablado [2].

1 Los etiopes quemaban también sus cadáveres, y después de cortarse el cabello cerca de la hoguera, los arrojaban en ella, así como á los animales que sacrificaban, regándolo todo con vino y aceite, costumbre igualmente seguida por los cartagineses.

La India ha conservado, más que ningún otro pueblo, el uso de la cremación, llegando el fanatismo hasta obligar á las pobres viudas á arrojarse á la hoguera con el cuerpo de su marido. Entre los tártaros también existía, como entre los indios, esta costumbre, que se practicaba con ceremonias especiales.

2 La costumbre de llevar los cadáveres al lugar de su sepultura de noche [a], puede ser de origen griego, pues los atenienses debían enterrarlos antes de salir el sol, con arreglo á las leyes de Solón. Después se introdujo la costumbre, entre los romanos, de celebrar las ceremonias fúnebres de día, lo que dió motivo al Emperador Juliano á querer renovar el uso antiguo con estas notables palabras: «Por cuanto sabemos que se llevan los cadáveres entre el concurso del pueblo, y que el dolor de las exequias pide el silencio de la noche, y no importa á los difuntos que sea de día ó de noche, conviene librar al pueblo de este espectáculo, y sea el dolor el que asista á los funerales y no la ostentación y la pompa [b].»

(a) Serv., ÆNEID., XI. *Apud Romanos moris fuit, ut noctibus efferrentur ad funalia.*
(b) Cod. Theodos., tít. XVII de *Sep. viol.*, l. 5.

Con el fuego de la pira se cocían viandas, preparadas para los manes y los dioses infernales, viandas que procuraban coger los mendigos, aun exponiéndose á los golpes que recibían de los *ustores* que procuraban evitarlo.

Las hogueras ó piras en que se quemaban los cadáveres *(Ara sepulcri* ó *ara funeris)* [1], eran así llamadas porque los trozos de madera se iban colocando formando un cuadrado, generalmente más estrecho por arriba que por abajo, á modo de pirámide truncada. Rich copia una de estas piras con el cadáver encima, que están consumiendo las llamas, tomada de un bajo-relieve representando la historia de la *Iliada,* relieve que se dice data de la época de Nerón, y que representa la hoguera encendida consumiendo el cuerpo de Patroclo.

Los romanos, sin embargo de estar tan generalizada entre ellos la cremación de los cadáveres, empleaban también la inhumación, como lo demuestran las leyes de las Doce Tablas y un monumento del mayor interés encontrado en España.

En las célebres tablas de Osuna, que tuve la fortuna de salvar para mi patria cuando estaban ya contratadas para llevarlas al extranjero, que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, y que publiqué el primero, en unión de mi querido compañero D. Eduardo de Hinojosa, traducidas, anotadas y comentadas, en la obra, varias veces citada en este estudio, del *Museo Español de Antigüedades*, se consignan curiosos datos acerca de la inhumación y cremación de los cadáveres entre los romanos. Sabido es que estas tablas contienen parte de la ley dada á la Colonia Genetiva Julia, fundada por Julio César.

Dice, en su capítulo LXXIII: «Nadie, dentro de los límites de esta ciudad ó de la colonia, que hayan sido circunvalados por el arado, introduzca, ni entierre, ni queme ningún hombre muerto, ni le alce monumento funerario. Si alguno violase esta disposición, sea condenado á pagar cinco mil sextercios á los colonos de la colonia Genetiva Julia, pudiendo pedir el que quiera el juicio y la exacción de este dinero; y respecto á lo edificado, el Dumviro ó el Edil cuidarán que sea demolido.

1 Virg., *Ænei.*, VI, 177; Ovid., *Trist.*, III, 13, 21.

Si contra lo aquí dispuesto se llevare y colocare el cadáver, se harán las expiaciones convenientes.»

Y continúa en el capítulo LXXIV: «Nadie construya quemadero nuevo, donde nunca se hubiese quemado ningún cadáver, á menos distancia de la ciudad de quinientos pasos. El que hiciere lo contrario, sea sentenciado á pagar cinco mil sextercios á los colonos de la colonia Genetiva Julia, pudiendo pedir quien quiera el juicio en virtud de esta ley [1].» Las palabras del primero de estos capítulos, *hominem mortuum inferto, neve ibi humato, neve urito, neve hominis mortui monimentum aedificato,* están tomadas de las leyes de las Doce Tablas, en las cuales se halla casi el mismo precepto: *Hominem mortuum in urbe, ne sepelito, neve urito* [2], siendo todavía más extensa la prescripción de la ley que estudiamos, pues no sólo prohibe enterrar y quemar los cadáveres, sino hasta alzarles monumentos funerarios, para impedir que con ellos se burlase la prohibición legal, pues colocando el cadáver en un sarcófago [3], ó en una urna de piedra, ya no estaba ni enterrado ni quemado. Esta prohibición demuestra el cuidado que los romanos tuvieron siempre por las reglas de la higiene, que desgraciadamente vemos hoy olvidadas en muchas de nuestras mejores capitales, principalmente en Madrid, donde en ciertos barrios se encuentran las casas de los vivos en inmediato contacto, y rodeando el lugar destinado á los muertos.

1 LXXIII. Ne quis, intra fines oppidi coloniaeve, qua aratro circumductum erit, hominem mortuum inferto, neve ibi humato, neve urito, neve hominis mortui monimentum aedificato. Si quis adversus ea fecerit, is colonis coloniae Genetivae Juliae HS IↃↃ dare damnas esto; ejusque pecuniae cui volet petitio, persecutio, exatioque esto; itque quod inaedificatum erit II viri, aedilesve dimoliendum curanto. Si adversus ea mortuus inlatus positusve erit, expianto uti oportebit.

LXXIV. Ne quis ustrinam novam, ubi homo mortuus combustus non erit, proprius oppidum passus D facito. Qui adversus ea fecerit, HS IↃↃ colonis coloniae Genetivae Juliae dare damnas esto, eiusque pecuniae cui volet petitio persecutioque ex hac lege esto.

2 T-X. Cic. *de leg.* II, 23.

3 Sabido es que el origen de esta palabra viene de σαρκοφάγος, que quiere decir *carnívora*, nombre que se daba á una especie de piedra calcárea que se sacaba de Assos en la Troade, y que tenía la propiedad de consumir los cadáveres antes de cuarenta días (Plinio H.N., XXXIV, 27), por lo cual se hacía mucho uso de ella para labrar sepulcros; de donde viene la costumbre de llamar sarcófagos á toda especie de urnas sepulcrales de piedra.

La gran importancia que el legislador dió á la prohibición contenida en este capítulo, se demuestra por la crecida multa que impone al contraventor, *cinco mil sextercios*, y la consideración de acción pública que da á la que se establece para perseguir á los infractores de la ley, y hacer efectiva la pena; *eiusque pecuniae cui volet petitio, persecutio, exactioque esto.*

Todavía el capítulo siguiente amplía más y explica el sentido del anterior, para evitar dudas acerca del lugar en que pudieran quemarse los cadáveres, estableciendo que no pudiera ser á menos de quinientos pasos de la colonia; mandato igualmente higiénico, cuya contravención se castigaba acertadamente con la misma pena de cinco mil sextercios, y la declaración de acción pública para perseguir á los contraventores.

Estos capítulos, y principalmente el primero, nos demuestran que en tiempo de Julio César todavía estaba en uso la práctica de enterrar los cadáveres, al mismo tiempo que la de quemarlos.

Al hablar del *Ustrinum* ó *Ustrina*, no podemos dejar de establecer la diferencia que existía entre el significado de esta palabra y el de la palabra *Bustum*, pues aunque una y otra designaban lugares en que se quemaban los muertos, eran, sin embargo, de distinto significado. *Ustrinum* era un paraje público destinado á la cremación, donde se llevaban por sus parientes ó amigos los cadáveres de las personas, á las que no se podía costear un terreno propio para este objeto, y después de quemado se trasladaban las cenizas al sepulcro de su familia. El *Bustum*, el lugar destinado al mismo fin, pero de propiedad particular, y comprendido dentro del recinto funerario [1], estando prohibido por las leyes encender tales piras en terreno que no fuera propio.

Como ejemplo de los *ustrinum*, ó quemaderos generales, existe en la vía Appia, á distancia de unas cinco millas de Roma, uno de ellos. Altos muros, construídos á la manera etrusca con piedra de color gris negruzco y rojizo, llamada en el país *peperino*, le limitan por dos de sus lados, y está pavimentado con losas de la misma clase de roca, que resiste mucho la acción del fuego. Uno de los muros mide 350 pies, y el otro 200

1 Festo, *v.* Bustum; Inscript. *ap.* Muratori, 1345, 1; *ap.* Orelli, 4.384 y 4.385. Lucret. III, 319; Cic., *Leg.* II, 26; Suet., *Nero*, 38.

de longitud. El lado, que le limita por el camino, tenía espaciosos pórticos destinados á los espectadores y á los que formaban los cortejos fúnebres, y en el otro extremo estaban las habitaciones de los guardas de aquel edificio, y los almacenes para conservar las maderas y utensilios necesarios para la cremación.

IV.

No es extraño que entre las ceremonias funerarias se contase como una de las más principales el convite fúnebre, porque la comida en su origen tenía carácter religioso, para domostrar la gratitud que el hombre debe á Dios por concederle el necesario sustento. Casi todos los pueblos salvajes, según las relaciones de los viajeros, antes de llevar á la boca el fruto de los bosques ó el trozo de carne del animal muerto en la caza, lo elevan en la mano hacia el sol ó hacia el cielo, en señal de reconocimiento. En los pueblos ya más civilizados, y lo mismo entre los griegos y romanos, la comida diaria que cada familia hacía en su casa principiaba con un sacrificio ú ofrenda hecha á la divinidad, así como, con raras excepciones, no se celebraba sacrificio que no fuera seguido de una comida; lo mismo sucedía en los banquetes que reunían á un pueblo entero, con motivo de alguna solemnidad. Y no eran solamente los sacrificios solemnes y públicos los que se consideraban como banquetes ofrecidos á los dioses: los sacrificios que hacía cada uno en su hogar eran también considerados del mismo modo, y en la comida se presentaba su parte al dios ó dioses lares á quienes se ofrecían [1]. Aun en los tiempos en que estaban más olvidadas las antiguas creencias, se cuidaron de aquellas religiosas prácticas. Las plegarias en la comida, ciertos términos empleados en acepción vulgar y procedentes de las ceremonias sacrificatorias [2], acusaban el recuerdo de una época en que el hombre agradecido creía un verdadero deber partir con los dioses que

1 *Odis.*, III, 336.—Hesiodo, *Frag.* 187, ed. Gotthing.—Hermann, *Gottesdienst*, *Alterthümer*, § 28, 2.—Fustel de Coulanges, *La cité antique*, c. III.

2 Según Homero, los animales destinados á la comida eran víctimas consagradas, y así los llamaban ἱερήϊα.

se la concedían su comida, siendo su primero y último pensamiento para los seres superiores que se la otorgaban.

Homero nos ofrece buen testimonio de estas costumbres religiosas, que tienen lugar en sus poemas, lo mismo bajo la humilde morada de Eumeo, que en la rica tienda de Aquiles; no celebrándose banquete ni comida alguna sin que antes de todo se hicieran sacrificios á la divinidad, y los convidados arrojaran á la pira del sacrificio las primicias de los manjares que les correspondían [1].

La ablución de las manos (νίψασθαι, ἀπονίζειν ὕδωρ κατὰ χειρὸς), que precede en los relatos homéricos al sacrificio y la libación, y que se conservó siempre en las comidas, era entre los antiguos, aun en la época en que más se habían olvidado las tradiciones piadosas, la purificación necesaria [2] que debía preceder á todo acto religioso. La ablución era tan precisa, que no se omitía aun después del baño que, según el mismo autor de la *Iliada,* se tomaba con frecuencia antes de la comida [3].

La costumbre de coronarse para comer no era todavía conocida en tiempo de Homero, ni tampoco la de recostarse en lechos. Los hombres de la edad homérica comían sentados y no recostados [4], haciéndolo después constantemente de la última manera, siguiendo una costumbre asiática [5]. Las pinturas más antiguas de los vasos, así como las de las tumbas y bajo-relieves, presentan siempre á los comensales recostados en lechos. Sólo en algunos muy arcáicos de Etruria suelen verse personajes sentados á la antigua usanza griega, al lado de una pequeña mesa; pero más bien están bebiendo que comiendo.

Los comensales que tomaban parte en los banquetes recostados en lechos, eran los hombres; pero cuando, por extraño caso, la tomaban también las mujeres y los niños, unos y otros se sentaban á los pies del lecho. Varios monumentos funerarios así lo demuestran.

Cada lecho estaba dispuesto ordinariamente entre los griegos para

1 *Odis.*, IX, 231; XIV, 446.—*Ili.*, IX, 219.

2 *Odis.*, I, 136, 146; VII, 172; X, 182; XVII, 91.

3 *Il.*, X, 578.—*Odis.*, VI, 96.

4 *Odis.*, VII, 203; XVII, 478; XX, 136; XXI, 189.—*Il.*, XXIV, 475, 515.

5 Los cretenses fueron los únicos que conservaron su antigua costumbre.

una ó dos personas, y se cubrían con ricas telas, teniendo además muelles almohadones, que los convidados colocaban como mejor les parecía. Generalmente comían apoyados en el codo izquierdo, poniendo uno de dichos almohadones debajo del pecho. Antes de empezar á comer, los esclavos quitaban las sandalias á los comensales y les lavaban los pies [1], como se ve en el conocido bajo-relieve que representa la llegada de Baco casa de Icario, mezclando en el agua que servía para este uso perfumes y vino [2].

Los etruscos comían también recostados en lechos, costumbre que recibieron, como los griegos, del Oriente; pero, á diferencia de éstos, admitían en ellos á sus mujeres [3], lo cual era muy censurado al principio por los romanos. Entre las pinturas de las tumbas etruscas se ven representaciones de banquetes así dispuestos, y en los muros coronas, que probablemente serían las que tuvieran los comensales y que se quitarían por comodidad. Estas comidas pintadas en las cámaras sepulcrales etruscas representaban probablemente el convite funerario.

Los romanos que en los primeros tiempos fueron muy sobrios, hacia el fin del siglo VI de la fundación de su ciudad, introdujeron gran lujo y refinamiento en sus comidas. La sala destinada á ellas recibía el nombre de *triclinium*, y comían también recostados á la manera griega y etrusca, como se ve entre otros monumentos, en una pintura antigua del Virgilio del Vaticano.

Los muebles ó lechos que para esto servían se llamaban *lectus triclinaris*, porque estaban dispuestos al principio para tres personas. Puede formarse cabal idea de esta manera de comer, consultando el citado bajo-relieve, en el cual Icario está ya recostado, apoyando el brazo izquierdo en un almohadón, teniendo á su derecha á una ninfa, y esperando á que ocupe el sitio que le espera á su izquierda, Baco, á quien un fauno joven quita las sandalias para lavarle los pies, antes de que se recostase en el

1 Visconti, *Museo Pio-Clem.*, IV, lám. XXV.—Clarac, *Mus. de sc.*, lám. 133, *Anc. marbles in British. Mus.*, II, lám. IV.

2 Plut., *Phoc*, 20.

3 Bajo la misma cubierta dice Aristóteles, ap. Ath., I, 23.—Cf. Heraclid. Pol., *Frag.* 16 y Vermiglioli, *Iscer.* Perug., pág. 135.—O. Müller, *Etrusker*, II, pág. 261.

triclinio. Cuando los convidados eran en mayor número, se disponían los lechos de modo que cerrasen tres lados de un cuadrado, quedando el otro abierto para el servicio de la mesa, que se colocaba en el centro. Los lechos así dispuestos, recibían los nombres de *lectus medius*, el del centro; *lectus summus*, el de la derecha del espectador, y *lectus imus* el de la izquierda, siendo los lugares del *medius* los de más distinción, siguiendo después los del *summus*, y acabando por el *imus*. En cada uno de estos tres lechos había también sus lugares de mayor y menor categoría. En el *lectus medius*, el sitio preferente era el primero á la izquierda del espectador, lugar que llevaba también por esto el nombre de *consularis*, y que se distinguía con el propio de *imus in medio;* seguíanle en orden el del lado opuesto, que se denominaba *summus in medio*, y por último, el del centro de este mismo lecho, que se designaba con el nombre de *medius in medio*. En los lechos laterales se llamaba el primer puesto del lecho á la derecha del espectador *summus in summo*, el segundo, *medius in summo*, y el tercero, *imus in summo*. El lecho del lado opuesto, ó de la izquierda (siempre del espectador), se dividía también en *summus in imo*, *medius in imo*, é *imus in imo*, sólo que en este lecho el orden estaba invertido, siendo el *summus in imo* el más cercano al lecho central y donde se colocaba el dueño de la casa ó el que daba el convite, para estar al lado del convidado de más distinción, que, como dijimos, ocupaba el *locus consularis* ó *imus in medio;* el *medius in imo* era el lugar que seguía al *summus in imo;* y el *imus in imo* el último, que venía á formar línea con el *summus in sumo* del *lectus summus*. En el *medius in imo* é *imus in imo*, se colocaban la mujer ó hijos del dueño de la casa, y á veces un servidor del mismo de cierta importancia. El *lectus imus* era, por lo tanto, el destinado á la familia, y los *lectus medius* y *summus* los de los convidados, siendo el orden por categorías en sus lugares respectivos el siguiente:

1.° *Imus in medio* ó *locus consularis*.

2.° *Summus in medio*.

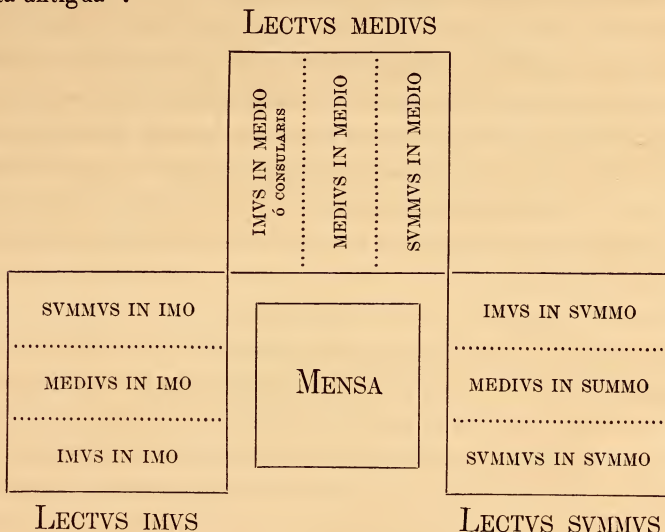
3.° *Medius in medio*.

4.° *Summus in summo*.

5.° *Medius in summo*.

6.° *Imus in summo.*
7.° *Summus in imo.*
8.° *Medius in imo.*
9.° *Imus in imo.*

Un ligero trazado hará más fácil la comprensión de este sistema en los convites romanos, que más de una vez producían disturbios y disgustos de transcendencia, por no cumplir con aquellas reglas de la etiqueta antigua [1].



Teniendo presentes estas nociones, se comprende con facilidad la expresión de *superius* ó *inferius accumbere,* con que se indicaba la diferencia de lugar que se ocupaba en los convites romanos; frase originada del verbo *accubo,* que se empleaba para significar el acto de recostarse para comer.

Los romanos, aunque en un principio comían solos, y las mujeres sentadas á los pies de los lechos, después siguieron la costumbre etrusca de comer todos reunidos.

1 Saumaise, *Exerc. Plin.*; Gronovio, *Lectiones Plautinae*; Beker, *Gallus*; Furlanetto, *Le antiche lapide del Museo di Este*, Padua, y otros, apoyándose en antiguas autoridades de la época.

Los *triclinios,* cuya palabra provenía del griego τρίκλινον, y que, como hemos dicho, no tanto significaba lecho para comer tres personas, como una reunión de tres lechos con el mismo objeto, dispuestos de la manera que ya queda explicada [1], generalmente sólo eran para nueve personas; pero esta regla debía tener excepciones, como lo demuestra un bajo-relieve original, encontrado en Padua (la antigua *Patavium)*, que copia Rich en su Diccionario, cuyo relieve representa un triclinio y en él tres comensales en cada uno de los lechos laterales, y *siete* en el del frente ó centro.

Otra particularidad ofrece este relieve, y es que los lechos están unidos y son macizos de sillería, como también aparece en el conocido triclinio de Pompeya. Probablemente aquel bajo-relieve representaría un banquete fúnebre *(silicernium)*, guardando analogía la composición de las figuras, una de las cuales bebe con el *rithon,* y otra levanta el brazo en actitud de invocación, con las que se encuentran en la pintura mural de la *tumba del banquete funerario*, encontrada en la necrópolis carmonense, de que hablaremos más adelante.

Muchos monumentos antiguos, especialmente los bajo-relieves de las urnas sepulcrales etruscas y las pinturas de los vasos italiotas, representan convites de personas adornadas con coronas en la cabeza, en el cuello ó en las manos, y en muchas de las cubiertas de dichas urnas se ve una figura, coronada y yacente, la cual parece representación ó imagen de aquél cuyas cenizas se conservaban en la urna. Tales convites se hacían en memoria y honra de los muertos, y se ofrecían á los dioses manes, reuniéndose los parientes y amigos para celebrarlos, ó en casa del difunto (como todavía se observa en algunos pueblos de la campiña italiana), ó en la misma tumba del muerto. Confirmada esta práctica por pinturas descubiertas en sepulcros de Tarquinia, se ve también, en un bajo-relieve de Atenas publicado por Hobouse [2], bajo el cual está escrito ΝΕΚΡΟΔΕΙΠΝΟΝ, ó sea *cena de los muertos*. Pero como se creía que los difuntos tomaban en espíritu parte en ellas, de aquí el que se celebrasen con preferencia en

1 Varro., *L. L.*, IX, 9.—Macrobio, *Sat.*, II, 9.

2 *A jorney through Albania and others provinces of Turkey in Europa and Asia.*

los mismos sepulcros, y se repitieran en el día de la conmemoración de la muerte, todos los años. Las figuras de los monumentos citados llevan coronas, porque los muertos eran conducidos á la pira con las que habían merecido en vida, según se comprueba por una ley de las Doce Tablas, citada por Plinio [1] y por Cicerón [2].

Los pueblos que promiscuamente usaban la conservación de los cadáveres y la cremación, construían, además del *usirinum*, el *bustum*, dentro del recinto funerario, según ya dijimos, en alguno de los cuales así se quemaban los cadáveres, como se cocinaban después las viandas para la cena ó comida fúnebre; aun cuando también había sepulturas que tenían lugar apropiado para este uso. Estas cenas son los *silicernium* de que habla Varrón: *Funus exequiati cum plausu ad sepulcrum antiquum more* (esto es, etrusca) *silicernium confecimus, id est Peridipnon quo pransi discendentes dicimus alii aliis vale.*

En Plauto encontramos también el uso del *silicernium.*

Coquum non potui, quam hunc, quem duco ducere
Multiloquum, gloriosum, insulsum, inutilem:
Quin ob eam rem Orcus recipere hunc ad se noluit,
Ut esset hic, qui mortuis coenam coquat [3].

El rito del *silicernium* pasó también á los cristianos; pero para evitar abusos, según testimonio de San Agustín [4], se prohibieron más adelante.

Teniendo las comidas en general y los banquetes entre los antiguos carácter religioso, se comprende que más lo tuviese tratándose de ceremonias fúnebres, en las que toda la tendencia de los vivos era procurar á las almas de los muertos paz y bienandanza en la vida de ultratumba.

1 *H. N.*, l. XXI, c. V.
2 *De legib.*, l. II, c. XXIV.
3 *Pseudolus*, acto III, esc. II.
4 *De morib. Eccles. cathol.*, C.XXXIV.

CAPÍTULO III.

DESCUBRIMIENTOS DE LOS SEÑORES FERNÁNDEZ LÓPEZ Y BONSOR.

Datos históricos.—Noticias biográficas de los descubridores.—Situación y descripción de la Necrópolis Carmonense, y de otras antigüedades con ella relacionadas.—Constitución geológica del terreno.—Caracteres generales de los sepulcros.—*Motillas.*—Descripción de alguna de las principales cámaras de la Necrópolis.

I.

Después de haber presentado á nuestros lectores los precedentes que hemos creído necesario tener á la vista para la mejor y más fácil inteligencia de los monumentos sepulcrales de Carmona, tiempo es ya de que pasemos á ocuparnos en el examen de dichos monumentos, no sin que antes digamos también algunas palabras acerca de la historia de su invención.

Los importantes descubrimientos de aquella Necrópolis son de muy reciente época. Entre los autores que se han ocupado de la historia de aquella ciudad y sus antigüedades, nada se encuentra referente á dicha Necrópolis, ni en ellos se hace mención, siquiera sea de una manera indirecta, de ningún sepulcro. Pueden verse, en comprobación de nuestro aserto, la obra de Pedro Valera el Viejo, Fr. Juan Salvador Bautista de Arellano, intitulada *Antigüedades de Carmona*, un vol. en 8.º (Sevilla, 1618); el manuscrito que sobre la Invención de Nuestra Señora de Gracia escribió un fraile de la orden de los Jerónimos, y que hoy se conserva en la Biblioteca Colombina; el libro de D. Cándido María Trigueros, sacerdote erudito y miembro de la Real Academia de Bellas Letras, que, según afirma, tenía en su poder el manuscrito de Pedro Valera; y,

por último, la *Vida de San Teodomiro*, por D. Francisco Javier Cebreros, publicada en 1805.

Las primeras tumbas descubiertas probablemente serían las que existen en la huerta del convento de San Francisco, y su descubrimiento datará de la fundación del mismo, habiéndose encontrado algunas otras en las construcciones de las últimas casas de la calle de Enmedio, todas ellas de escasa importancia.

De verdaderos trabajos de investigación, la primera noticia positiva que se tiene es la de que, hace cincuenta y cinco años, el Sr. D. Juan Díaz, médico distinguido de Carmona, y que aún tiene merecido renombre, sin embargo de que hace más de veinte años dejó de formar parte del mundo de los vivos, en unión de otros amigos, entre los que se contaba el presbítero D. Antonio López, procedió á limpiar un sepulcro medio descubierto, sin encontrar objeto alguno, por lo que quedó abandonado y lleno de tierra; habiéndose descubierto nuevamente en el presente año por los Sres. Fernández López y Bonsor, que pagando justo tributo á la memoria del primer inventor, le han denominado *Tumba de Juan Díaz*.

En 1869, con motivo de los desmontes para allanar el camino del *Arrecife viejo*, se descubrieron algunas tumbas, y en ellas dos arcas ó urnas cinerarias rectangulares de piedra, cuyo paradero hoy se ignora. Después, un obrero llamado Luis Reyes, y por apodo *Calabazo*, se dedicó á buscar objetos romanos para venderlos á los aficionados, llegando á descubrir con tal motivo sobre treinta tumbas, pertenecientes al grupo que hoy llamamos del *Quemadero;* al mismo tiempo que otro trabajador, de nombre Juan Manta, estimulado por el ejemplo de su convecino, trabajó en terreno de su propiedad, encontrando hasta ocho sepulcros con objetos de barro, de diferente forma que los hallados después en la Necrópolis.

La mayor parte de las antigüedades encontradas por aquellos trabajadores las adquirió D. Juan Fernández, el cual, valiéndose del mismo Luis Reyes, practicó varias excavaciones desde 1874 hasta el año de 1881, en unión de D. José de Sotomayor primero, y después del Sr. D. Francisco Mateos Gago y D. Antonio María de Ariza, encontrando algu-

nos sepulcros y objetos en el *Cercado de Simón*, grupo que se llama de *La Paloma*, en el plano general que acompaña á esta Monografía.

En este período emprendió también excavaciones el Sr. D. Laureano Daza, encontrando algunos sepulcros y objetos de importancia. Entre los primeros estaba el llamado hoy *del Mausoleo circular* (láminas XI y XII), del que no se vió más que el recinto interior, sin tierra, habiendo entrado por la parte posterior de la bóveda. El descubrimiento de las primeras hiladas del mausoleo corresponde á las últimas excavaciones hechas por los Sres. Fernández López y Bonsor en el presente año de 1885. A la izquierda de la carretera de Sevilla, en el llamado Campo Real, se encontró también el sepulcro llamado del *Banquete funerario* (láminas II y III), con pinturas al fresco en sus paredes; sepulcro mencionado por el sabio académico Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo en su obra sobre los monumentos de la provincia de Sevilla. Este sepulcro, aunque ofreciendo análogos caracteres que los demás de la Necrópolis, se encuentra muy distante del centro de ésta, así como otro, construído de sillería, que se descubrió en los alrededores de la finca llamada de Brenes.

Todos estos trabajos, sin embargo, no obedecían á un plan general, estudiado con detenimiento y seguido con perseverancia, condiciones con que decidieron acometerlos los Sres. D. Juan Fernández López y D. Jorge Bonsor, cuyos nombres irán de hoy más unidos, no sólo á la historia de Carmona y de España, sino á la de los descubrimientos más importantes arqueológicos de nuestro siglo, con fama imperecedera.

II.

¿Pero quiénes eran estos dos campeones, que á tamaña empresa se lanzaban, sin apoyo alguno oficial, con sus propias fuerzas y sin más pensamiento predominante que la investigación y el descubrimiento de la verdad, objeto supremo que guía á todos los hombres verdaderamente científicos? El uno, un farmacéutico tan modesto como ilustrado, y el otro un artista, tan joven como entusiasta, que desde las nebulosas márgenes del Támesis había venido á Carmona en busca de inspiración, tipos y paisajes para sus cuadros.

Aun á riesgo de ofender la modestia de uno y otro, creemos pagar debido tributo á la justicia, consignando aquí como propia digresión las noticias biográficas de ambos descubridores, que no sin trabajo hemos podido adquirir, venciendo la natural modestia de aquellos distinguidos arqueólogos.

Mr. George Bonsor [1] nació en Lille (Francia) el 30 de Marzo de 1855, de padre inglés y de madre francesa. Fué su padre Mr. James Bonsor, natural de Nottingham, ingeniero, y su abuelo ingeniero también, que introdujo en Francia importantes industrias á principios del presente siglo. El padre de nuestro joven arqueólogo vivió cuando joven en España, construyendo por cuenta de una compañía inglesa las máquinas para el gas en Sevilla y Cádiz, guardando tan gratos recuerdos de este país, que inspiró á su hijo el deseo de conocer á Andalucía. Poco después del nacimiento del futuro artista y arqueólogo, murió su madre, Mme. Paulina Saint-Martín; y habiendo viajado su padre por toda Europa, le acompañó nuestro amigo, estudiando por esta razón en diferentes naciones, ya en el Ateneo de Tournai, en Bélgica, ya en el colegio alemán de Moscou, ora en los liceos de Albi y de Montauban, en Francia, ó, por último, en el colegio de Huddersfield, en Inglaterra.

La vista de tantos y tan diferentes objetos y monumentos, en los diversos paises recorridos por el joven Bonsor en sus viajes acompañando á su padre, despertaron su sentimiento artístico; sentimiento que recibió sólida dirección en la escuela de Bellas Artes de South Kensington, de Londres, y en la Academia Real de Bellas Artes de Bruselas, obteniendo en ésta merecido premio como artista-arqueólogo.

Deseoso de estudiar el país que con tanta frecuencia oía celebrar á su padre, la pintoresca España, llegó á ella en 1879, recorriendo casi toda la Península, así como el vecino imperio de Marruecos, allende el Estrecho, recogiendo en sus artísticas expediciones abundante cosecha de

[1] Cumplimos un deber de justa cortesía con el distinguido extranjero que, en unión de nuestro ilustrado compatriota Sr. Fernández y López, ha realizado la importante empresa de las excavaciones de Carmona, empezando por las suyas, las noticias biográficas de ambos afortunados exploradores.

dibujos y pinturas, tomados unos y otras directamente de los originales que la naturaleza le ofrecía.

Su primera visita á Carmona data de las grandes inundaciones del año 1880, sorprendiéndole éstas en Sevilla, á tiempo en que recibió una carta de su padre aconsejándole visitase la patria de San Teodomiro, de la que conservaba gratísimos recuerdos, y en la que vería antiguos restos moriscos, y especialmente una de las puertas de la ciudad, de sorprendente esbeltez y elegancia, que había detenido más de una vez al pasar por ella, la marcha del distinguido ingeniero británico. Trasladóse, pues, á Carmona el joven artista, entrando por la célebre puerta, que así despertaba en él inexplicable y grato sentimiento estético, como el dulce recuerdo del amor paternal.

A poco de fijar su residencia en Carmona, sus aficiones y sus estudios le hicieron conocer al que había de ser su digno compañero en investigaciones y trabajos; y desde entonces, Bonsor y Fernández López, unidos por los lazos de la más entrañable amistad y por los del trabajo y el estudio, puede decirse que formaron una verdadera unidad arqueológico-artística, dividida en dos personalidades.

Joven también el Sr. Fernández López, pues sólo tenía cinco años más que su compañero, había nacido el 23 de Junio de 1850 en Carmona, siendo sus padres D. Nicolás Fernández del Pino y Doña María de Gracia López Blanco, naturales también de aquella ciudad. Huérfano de madre á los cinco años y de padre á los diez, encargóse de su tutoría y educación, así como de la de sus hermanos menores, su tío carnal el virtuoso sacerdote y arcipreste de Carmona, Sr. D. Francisco de Paula Fernández, que fué para él un segundo padre, pues si no le dió la vida material como sér, *le sustentó y dió educación moral y la posición social que ocupa*, según las nobles palabras que dedica á la memoria de su protector el distinguido arqueólogo, demostrando con ellas sus levantados sentimientos, y que sabe unir al título de hombre de ciencia el que vale más que todos los que envanecen á la humanidad: el de hombre bueno y agradecido.

Aun cuando el padre de nuestro amigo era el abogado de más nota y negocios en Carmona, dejó sólo la modesta fortuna que puede conseguir

en nuestra patria el que sólo la busca en su trabajo intelectual, y en cambio gran riqueza de hijos. De los menores se encargó el referido sacerdote, tío de nuestro arqueólogo, dando carrera á los dos varones, Manuel el uno y Juan el otro, que era el Benjamín de la familia.

Discípulo éste, siempre aventajado, del colegio de San José en Carmona, del Instituto provincial de Sevilla y de la Universidad de Granada, maestra siempre fecunda en hijos célebres, tras brillante carrera llegó á obtener el título de Licenciado en la Facultad de Farmacia, que ejerce en su patria desde 1871.

Aficionado á las antigüedades, y principalmente á la Numismática, entró en relaciones desde 1865, en Sevilla, con el distinguido anticuario y hebraista Sr. D. Francisco Mateos Gago, uno de los profesores más eminentes de la Universidad sevillana, sosteniendo con él desde entonces estrecha amistad é ilustrada correspondencia epistolar, jamás interrumpida.

En el año 1880 fundó, en unión de su hermano D. Manuel y tres compañeros más, el periódico carmonense *La Semana*, donde se publicaron algunos trabajos arqueológicos locales y varios episodios de la historia de Carmona. Estos últimos fueron escritos por su hermano D. Manuel, y forman parte de la obra que ya tiene éste concluída y que titula *Historia de Carmona*, la cual debe publicarse en breve. Para ella, y unidos ambos hermanos, hicieron excavaciones en el alcázar de la Vega, que duraron siete meses, obteniendo datos curiosísimos y formando un plano de este edificio y sus dependencias, con los nombres correspondientes y característicos de su respectiva época, sacados de documentos y manuscritos que se conservan en el Ayuntamiento de aquella ciudad. La decidida afición á la arqueología y á las artes que distinguió siempre al joven discípulo de la Universidad de Granada, le hizo unirse, apenas le hubo conocido, en estrecha amistad con el artista Sr. Bonsor, decidiéndose á emprender nuevas excavaciones bajo un verdadero plan preconcebido y estudiado, á cuyo fin se asociaron en 1881, empezando, para poder trabajar con toda holgura y sin ningún linaje de entorpecimientos, por adquirir la propiedad de los terrenos en que iban á emprender su meritoria campaña arqueológica.

Para ello, sin embargo, creyeron necesario precedente el estudio de los Museos españoles y extranjeros, algunos de los cuales ya eran conocidos por el joven artista inglés; y en el año de 1882 recorrió Fernández López, además del Museo Arqueológico Nacional y el de Barcelona, el de Ravestein, en la puerta de Hal de Bruselas; su biblioteca, célebre por los medallones españoles que contiene; los Museos de Brujas, Gante y Amberes, tan interesantes para nosotros los españoles; los de Kensington y Británico de Londres; el modesto, pero no por eso poco importante, de Lille, y los del Louvre, Cluny y Biblioteca de París, acompañado, en algunas de estas científicas y artísticas visitas, por el señor Bonsor.

Con tan adecuada y oportuna preparación, regresaron á Carmona, y en 1883 empezaron las excavaciones, que duraron todo el invierno del mismo año, en el llamado *Campo de las Canteras;* continuándolas durante el verano y el otoño de 1884 en el *Campo* llamado *de los Olivos*; y siguiéndolas en los mismos parajes durante el presente año de 1885; trabajos que continúan en la actualidad, y que ofrecen ser no menos fructuosos que los anteriores.

El resultado de las bien dirigidas excavaciones que han hecho los dos dignos compañeros, sin auxilio de Gobierno ni de corporación alguna, demostrando una vez más cuánto puede la iniciativa individual cuando está bien entendida y cuando encuentra esfera libre en que desenvolverse, ha sido descubrir la cifra, que parece fabulosa, de 225 sepulcros ó monumentos funerarios, que hacen de la Necrópolis de Carmona una de las más interesantes para el estudio de las pasadas edades; Necrópolis comparable sólo á las célebres etruscas de que hemos dado breve noticia á nuestros lectores, y con alguna de las cuales guarda la carmonense grandes analogías.

Antes de empezar sus trabajos los exploradores en los campos que habían adquirido por este objeto, las practicaron en los cercanos, con permiso de sus propietarios. Así fué como en el llamado *Campo de la Paloma* descubrieron 32 tumbas, de las cuales 28 están indicadas en el plano y las otras cuatro más lejos que la cantera del *Quemadero*. Este campo, examinado detenidamente, no tiene ninguna otra tumba. En el

campo llamado de *Manta* encontraron nueve tumbas, con entradas en forma de pozo, y los cimientos de un mausoleo. En este campo hallaron también numerosas sepulturas de pobres, en la forma que examinaremos más adelante. En el llamado de *Plata* se encontraron hasta 14 tumbas, de las cuales la mayor parte fueron destruídas por los trabajadores, que cuando se descubrieron iban sólo á ellas para sacar piedras de construcción; y de este modo hubieran destruído toda la Necrópolis, si los señores Fernández y Bonsor no los hubieran tomado por su cuenta para evitarlo.

Dueños ya de los dos campos principales, de las *Canteras* y de los *Olivos,* comenzaron los exploradores por rodearlos de un buen vallado, construyendo en seguida dos cabañas para que sirvieran de alojamiento á los guardas que debían vigilar el terreno. Comenzaron después á descubrir y limpiar las tumbas, dando á cada una su número de orden, correspondiente al plano general de la Necrópolis; plano de que se encargó, como artista, el Sr. Bonsor, así como de recoger cuantas notas y datos producían las excavaciones, en un minucioso diario abierto al efecto, el Sr. Fernández López. Formaba también parte de sus vastos planes escribir á la terminación de los trabajos una extensa obra dando cuenta del resultado de los mismos, ilustrada con trazados y dibujos de las principales sepulturas, y abrir un Museo en el que debían figurar todos los objetos encontrados, así como los estudios, los dibujos, los planos y fotografías, publicando á su tiempo un catálogo razonado del mismo Museo.

Tales eran los proyectos, nunca bastantemente enaltecidos, de aquellos dos ilustrados y entusiastas cultivadores de la ciencia y del arte; y, sin embargo de que ya pueden considerarse conseguidos, tanto por el resultado de las excavaciones como por la formación del Museo, á cuya inauguración tuvimos el honor de asistir, he aquí lo que nos decía hace poco en una expresiva carta el Sr. Bonsor:

«Adelantamos muy lentamente, porque cada uno de nosotros tiene otras ocupaciones, que acaso no son tan interesantes, pero que, sin embargo, por lo que se refiere á las mías, no carecen de encanto... pero ¡ay! los fondos faltan con frecuencia cuando se emprenden trabajos de este

género... ¿Qué pueden hacer dos *capitalistas* de nuestra importancia... un farmacéutico y un pintor?»

Estos *capitalistas* tienen, sin embargo, una gran riqueza para la empresa que han acometido. Su ilustración y su amor á la ciencia y al arte, y la inquebrantable fe en la noble y levantada empresa por ellos emprendida, y que con tanta gloria están realizando.

III.

Al Oeste de Carmona, á la derecha del camino que conduce á Sevilla, y á distancia próximamente de un kilómetro de la célebre puerta árabe que lleva el nombre de aquella capital, es donde se encuentra la Necrópolis que estudiamos. La mayor parte de las tumbas descubiertas están comprendidas en el espacio que media entre la llamada *Vereda del Carmen* y el *Camino del Quemadero*, aun cuando más allá de éste, como ya hemos dicho, se han encontrado algunas en el *Campo de la Paloma*, en el de *Plata* y en el de *Manta*, que caen hacia el Norte. Pero el gran número de estas sepulturas está dentro del perímetro ya indicado, que limita al Norte el *Camino del Quemadero*, al Este la *Corredera del Carmen* y al Sur la *Vereda* también *del Carmen*, espacio donde están el *Campo de las Canteras* y el *Campo de los Olivos*, que son los verdaderos centros de aquella ciudad de los muertos.

A la parte del Sur se encuentran los marcados restos, abiertos en la misma roca de la antigua vía romana que iba de Hispalis á Emérita, cuya primera estación era Carmo, distante XXII millas de la capital, según testimonio conforme del Itinerario de Antonino y de los tres Vasos Apolinares. Hacia la parte del Norte y en el camino del *Quemadero*, lindando con el *Campo de la Paloma*, por el que debía también pasar, se han encontrado restos de otra vía romana, igualmente abierta en la roca; vía no mencionada en ningún documento antiguo geográfico, y cuyo conocimiento podrá servir de punto de partida para la ilustración de la Geografía antigua de nuestra patria. La Necrópolis, pues, se encontraba á los lados y en medio de dos caminos romanos, siguiendo en esto la costumbre de aquel antiguo pueblo y de sus aborígenes etruscos y griegos.

La formación del terreno es la neptuniana, correspondiendo al terciario, clase del plioceno al mioceno, y está constituído en su capa superficial por caliza arenisca de diferente espesor.

La roca, pues, donde están excavados los sepulcros es caliza arenisca poco compacta, granugienta y muy porosa, teñida por el óxido de hierro, y después de la calcinación, su color amarillento ú ocráceo se torna en rojo subido, efecto de la peroxidación del óxido.

Los dos campos de los *Olivos* y de las *Canteras* tendrán aproximadamente, de un extremo á otro, en su mayor extensión, 700 metros, siendo la mayor distancia entre las tumbas descubiertas hasta hoy de un kilómetro; de modo que puede decirse representan aproximadamente una superficie de un kilómetro cuadrado. La situación de las tumbas, como puede verse en el plano, es en grupos ó colocadas á los lados de las dos vías romanas.

Aquellos parajes no ofrecen, sin embargo, para el viajero indiferente, fúnebre aspecto. Sólo se presentan ante sus ojos extensos campos, verdes olivares, vallados de áloes, granjas rodeadas de jardines, plantaciones de naranjos, limoneros, granados y almendros, cactos, y entre ellos las célebres *higueras chumbas* tan características de Andalucía y de Africa, que los franceses llaman *higueras de Berbería*, y en medio de toda aquella vegetación algún montecillo, sobre el cual un buey de tardo paso da lentamente la vuelta á la rueda de pesada noria, de donde extrae el agua que refresca y alimenta aquella vegetación exuberante.

A la caída de la tarde, poco antes de ponerse el sol, se pueblan las veredas y caminos con grupos de trabajadores que vuelven de sus tareas campestres, entre los cuales sobresale el tipo especial de la *tarera*, únicamente conocido en aquel país, ó sea la mujer de campo que va á los trabajos del mismo, vestida de hombre con pintoresco traje y ancho sombrero, que da enérgicos tonos á su fisonomía morena y expresiva. Los animales que han servido para las labores del día, cargados con cuerdas, con aperos, con utensilios de cocina, con niños, siguen á los trabajadores, que vuelven á sus hogares para pasar la noche, y que se han reunido al eco de una caracola marina, tocada con toda la fuerza de sus pulmones por el jefe de cada uno de los pintorescos grupos.

El sol en tanto se oculta por completo, y reina la calma de la noche: pasó el día, que es lo presente, y envuelve el espacio con sus sombras la noche, entre cuyo misterio la imaginación vaga inquieta y se despierta en lo pasado. Antigua y escueta cantera aislada en medio de los campos, atrae preferentemente la atención con sus negras y misteriosas profundidades, de donde salieron los grandes sillares que sirvieron en remotos tiempos para la construcción de las murallas de Carmo, de sus templos y de sus mausoleos.

Pequeñas colinas destacan su accidentado perfil sobre el cielo, ligeramente iluminado con los vagos resplandores de las estrellas: son las *Motillas* ó los *Tumulos*, que parecen pirámides arruinadas, á los pies de las cuales la imaginación forja en la oscuridad artísticas decoraciones de columnas, como la memoria recuerda haberlas visto en lejanos paises del Oriente.

Aquí y allá, masas blancas semejan mausoleos con cippos funerarios; y la nube de humo que se levanta del hogar lejano, donde alrededor de la chimenea restaura sus fuerzas el honrado trabajador, despierta el recuerdo del humo espeso que se elevaba al firmamento en aquellos parajes, sobre las piras del amplio *Ustrinum* ó del estrecho *Bustum*.

Pronto la noche avanza, y con su manto de estrellas envuelve por completo la ciudad de los vivos, el campo de los muertos y los sueños de la imaginación.

Los resplandores de la aurora y los ardientes rayos del sol de Andalucía, alumbrando después el paraje que fué en lo antiguo fúnebre recinto, vuelven al investigador al mundo de la realidad y del estudio.

Todo el terreno situado fuera de la ciudad en la dirección del Oeste, formando la continuación de la planicie sobre la que se levanta Carmona, debió ser del dominio público del antiguo *Municipium Carmonense*. No pudiendo servir parte de aquellos terrenos para la agricultura, porque la profundidad de la capa de tierra vegetal en algunos sitios apenas tiene hoy 25 centímetros, allí debieron estar el campo de Marte, el Circo ó el Anfiteatro, y la Necrópolis propiamente dicha.

En la parte ocupada por la Necrópolis, el suelo de la roca está horadado en mil puntos, generalmente en forma de pozo cuadrangular, de un

metro de largo, de sesenta á setenta centímetros de ancho y dos ó tres metros de profundidad, en el fondo del cual se abre una puerta que conduce á la cámara sepulcral, donde en los nichos excavados en los muros se encuentran las urnas cinerarias.

Para descubrir la entrada de estos pozos, los hábiles investigadores tuvieron que hacer uso de su feliz ingenio, porque la capa de tierra vegetal, aunque delgada, es lo bastante gruesa, sin embargo, para ocultar las entradas de los pozos. Por esto aprovechaban las épocas de la primavera, después de las grandes lluvias, en que los arrastres de las aguas les ayudaban á descubrir muchas de aquellas incógnitas entradas. La época de los grandes calores prestábales también apoyo en su arqueológica empresa. Abrasadas por el sol todas las yerbas y pequeñas plantas de aquellos campos, las que permanecían todavía verdes les indicaban un sitio en que la mayor profundidad de la capa vegetal conservaba la humedad, lo cual sucedía donde había pozos llenos de tierra. Algunas plantas y arbustos de raíces más profundas les ayudaban mucho por la misma razón, entre otras el euforbio y la higuera.

Las entradas de las tumbas, sin embargo, no se presentan siempre á manera de pozo, sino de una escalera de sesenta á setenta centímetros de ancho y de cinco á diez escalones, que conducen á fosas ordinarias de inhumación más bien que á cámaras sepulcrales, donde el cuerpo se inhumaba sin haberle quemado.

Los terrenos que ocupaba la necrópolis están hoy atravesados por tres caminos, como puede verse en el plano, en dirección á Sevilla, llamado el uno de las *Viñas*, otro del *Quemadero* y otro *Vereda* del *Carmen*, dejando entre ellos, delante del primero y á la izquierda del *Arrecife de Sevilla*, los campos principales siguientes:

Campo de Manta; Campo de la Paloma; Campo de los Olivos; Campo de las Canteras, y Campo Real, siguiendo el orden de Norte á Sur.

Los grupos principales de tumbas que hay en estos diferentes campos, siguiendo la dirección contraria de Sur á Norte, son los siguientes:

Grupo del Campo Real, con la *tumba del Banquete funerario.*

Las Canteras, con ocho tumbas principales, que son las designadas

con los siguientes nombres: La de *Prepusa;* la de las *Columnas;* la de la *Urna de cristal;* la de *Hoyos*, y el *Bustum.*

Grupo del cercado, con una tumba importante, llamada la *Tumba de Tiberio,* á causa de haberse encontrado en ella una moneda de plata de aquel Emperador.

Grupo de los olivos, con nueve tumbas principales, á saber: la de *Postumio;* la de las *Tres puertas;* la de las *Guirnaldas*; la de los *Cuatro departamentos*; la del *Mausoleo circular*; la de *Juan Díaz*; la del *Columbario* y *triclinio*, y la del *Triclinio del olivo.*

Grupo del quemadero, con las tumbas principales de las *Bóvedas*, la de *Una sola hornacina*, y la *Tumba del Camino.*

Grupo de la paloma, con las tumbas de la *Paloma*, y otra con *diez y siete hornacinas.*

Grupo de manta, con el mausoleo de su nombre, como principal.

De todas éstas, las más notables son, como ya indicamos, las de los grupos de las **Canteras** y de los **Olivos**, tanto por el número de las tumbas descubiertas, pues pasan de doscientas, como por la importancia de muchas de ellas. En estos dos campos las tumbas se encuentran muy cerca las unas de las otras, y forman el centro y como el corazón, si esta frase pudiera usarse tratándose de sepulcros, de aquella necrópolis.

Es imposible, en los límites de una Memoria, describir todas y cada una de las sepulturas descubiertas, lo cual es propio de la extensa obra que proyectan los Sres. Fernández López y Bonsor, por lo cual habremos de limitarnos á dar cumplida idea de las diferentes sepulturas que en aquellos campos se encuentran, describiendo alguna de las más principales, para formular después, como complemento de nuestro estudio, el juicio crítico-arqueológico acerca de tales monumentos.

IV.

El *Campo de las Canteras* es así llamado por las tres que en él existen, y que pueden verse en el plano, de las cuales la llamada *Mayor* estuvo labrada en época antigua, como lo prueban sus cortes lisos, rectos

y perpendiculares, sin vestigios de sepulcros; cortes donde hubieran podido labrarse con fachadas arquitectónicas, como los de Oriente y de Etruria, que dejamos descritos en el capítulo anterior. En estas *Canteras de Carmona* no se encuentra la más ligera señal de haberlo siquiera intentado. En la *Mayor* avanza hacia su centro una gran masa de roca, á manera de península é istmo.

Si tienen importancia las tumbas excavadas en la roca, para nosotros la tienen en igual grado, si no mayor, las llamadas *Motillas*, que en el mismo campo de las canteras se encuentran (véase el plano). Son las *Motillas* conos artificiales que llaman desde luego la atención, y que recuerdan los de la *Troade*, las *Tantaleyas*, y tantos otros de este género como se encuentran en nuestra patria. Son verdaderos túmulos que traen también á la memoria las *Mamoas* de Galicia y el túmulo de Cangas de Onís, que nosotros mismos hemos explorado.

Como no podía menos de suceder, los ilustrados descubridores hicieron excavaciones en una de estas *Motillas*, junto al vallado de la cerca llamada de *Modesto*, que duraron desde el 30 de Junio al 11 de Julio de 1884. Practicaron una zanja transversal en dirección de Este á Oeste, cuyo corte demostró estar hecha la *Motilla* artificialmente con piedras de todos tamaños. La roca se encuentra á una profundidad de dos metros. La tierra negruzca estaba mezclada con cenizas, habiéndose encontrado entre ella algunos trozos de carbón.

Las *Motillas* están rodeadas de una excavación circular hecha en la roca; y como sospechasen los descubridores pudiera haber servido para colocar los cimientos de un mausoleo á manera del de *Manta*, que tuviera en su centro un sepulcro ó sarcófago, trataron de averiguarlo, pero sin que el resultado de la investigación justificara su sospecha.

En cambio, delante de una de ellas se encontró un sepulcro, cuyo pozo estaba cubierto por dos sillares, sin tierra en su interior, y los objetos cada cual en su sitio.

Diferéncianse los túmulos carmonenses de los citados, que se hallan en España y fuera de ella, en que éstos, por punto general, tienen la sepultura en el centro, formada con piedras; mientras en Carmona los túmulos están al lado ó casi encima de los sepulcros, hechos por el sistema gene-

ral de esta Necrópolis, ó cubriendo las cenizas de los que, no pudiendo tener otra clase de tumba, alcanzaban sólo de sus parientes ó deudos que colocaran sobre ellas uno de estos montículos artificiales. Creemos, por lo tanto, que estos túmulos, recordando la tradición asiática, no son de tan remota época como pudiera creerse á primera vista, sino manera de señalar el sitio de la sepultura ó de suplir á otros monumentos funerarios.

Generalmente la planta de las cámaras sepulcrales de Carmona es rectangular, debiendo mencionarse, como única excepción, una situada cerca de la tumba de Postumio, cuya planta es circular. El techo de estas cámaras, en unas es plano; en otras, abovedado en dirección de la puerta á los nichos, ó en sentido transversal. Las bóvedas son más ó menos rebajadas, y de medio cañón. El número de hornacinas en los sepulcros descubiertos hasta hoy, varía mucho. Algunos tienen una sola: de dos no hay ninguno; de tres en adelante, hasta veintiuna, hay varios. Ordinariamente se hallan todas en la cámara sepulcral; pero algunas veces las hay también en el pasillo que la precede, ó en el mismo pozo de entrada, las cuales serían probablemente para los libertos ó servidores de la casa. Otras veces, una hornacina en la escalera comunica con el cercano *bustum*, cuando lo hay, para prender por ella fuego á la pira y establecer la corriente de aire necesaria, á fin de que la cremación se terminase más pronto. Concluída ésta, se recogían las cenizas, y la abertura, entre el *bustum* y el sepulcro, se habilitaba para hornacina, como se ve en el del *Romano* y en el del *Ustrinum*.

El suelo de las cámaras sepulcrales de Carmona está generalmente cubierto por una capa de mortero, compuesta de pequeños trozos de ladrillo y de piedras, mezcla ó composición llamada por Vitrubio, *Ruderatio* [1]. En otras se encuentra otra mezcla ó mortero distinto del anterior, de color rojizo, compuesto de tejas pulverizadas, de arena y de cal, á la que Plinio llama *opus signinum* [2], y que se fijaba con pisones, hasta formar un suelo compacto y sólido; pavimento que tomaba su nombre de la ciudad de Signia (hoy Segni), famosa por sus tejas, y donde se inven-

1 Vitrubio, VII, 1.
2 H. N. XXXV, 46. Vitrubio, II, 4 y VIII, 7.

tó este mortero, aprovechando el mucho *detritus* que naturalmente habría en ella de aquel producto cerámico. En ninguna de las tumbas de la necrópolis carmonense se ha encontrado pavimento de mosáico, sin embargo de haberse descubierto en la ciudad varios con dibujos geométricos, los signos del Zodiaco y otras labores, hechos con pequeños cubos de tres colores, blanco, negro y amarillo oscuro.

Los sepulcros encontrados en frente del de *Prepusa,* desde el del *Banquete* y *Urna de cristal*, hasta el de la *Cantera*, á excepción de una sepultura, marcada por los inventores con el número 13, y el *bustum* del llamado sepulcro del Romano, ninguno tiene quemadero próximo, de donde los descubridores quieren deducir, que la excavación del sepulcro de Prepusa fué posterior, habiendo sido empleado el cuadro que delante tiene para quemadero de los sepulcros inmediatos.

Bien pudo ser; pero mejor creemos que se hacían de una y otra manera, es decir, con *bustum* y sin él; y si dicho cuadro fué quemadero de los sepulcros inmediatos, sería propiedad en común de todos ellos, pues ya hemos visto que no podía quemarse cadáver particularmente en terreno que no fuera propio.

En el mismo campo de Prepusa se encontraron varias urnas ó cajas rectangulares, colocadas á regular distancia unas de otras, con sus cenizas y restos de huesos calcinados dentro; urnas que formaban un círculo en cuyo centro había un esqueleto entero inhumado. Estas urnas estaban simplemente metidas en la roca ó tierra, de la misma manera que se hallaron también otros vasos de barro convertidos en urnas cinerarias en el *Campo de Manta*, alrededor del mausoleo ya mencionado. Todo esto nos indica que aquellas eran las sepulturas de las clases menos acomodadas, las cuales varían mucho; siendo lo más general una excavación en la roca, adecuada á la urna que había de encerrar las cenizas, y que después se cubría con tierra. Así se han encontrado bastantes. Las urnas eran rectangulares, de piedra, como la del núm. 2 de la lámina XVII, ó de barro de igual forma, y otras veces cilíndricas, cilindrocónicas, en forma de ánforas y de otras varias, notándose que se aprovechaban para este uso vasijas que se habían hecho para otro destino.

También se ha descubierto una vasija de gran tamaño, de barro negro,

llena de huesecillos, *catinos* ó platos y restos de comida, que parece depósito de los que quedasen en algún banquete fúnebre.

Inmediato al sepulcro núm. 103, se encontró en la roca una cavidad cuadrada, ó mejor un espacio cúbico de medio metro de lado, y dentro una caja ó arca de piedra, con tapadera y llena de huesos calcinados; y unida á esta cavidad, otra igual, pero sin arca ó caja.

En algún sepulcro, como el del núm. 106, descubierto en Diciembre de 1883, hallóse cubierta la abertura rectangular del pozo con un sillar de grandes dimensiones; el pozo lleno completamente de piedras y restos de urnas ó arcas cinerarias, y en la parte superior la puerta señalada, y más abajo la verdadera puerta que conducía á la cámara sepulcral, recordando muchas tumbas de Oriente y de Etruria en que se encuentra el mismo pensamiento, aunque la entrada aparente en aquéllos estaba á la vista y la verdadera oculta. Aquí resultaban las dos dentro del pozo; de modo que, aunque se descendiera á él, no sabiendo que continuaba, la puerta era aparente. También pudo provenir en la tumba que examinamos esta duplicidad de puertas, fingida y verdadera, de no haber encontrado bastante dura la roca al tratar de hacer la primera, pues la fingida está sólo señalada, y el examen de las demás sepulturas demuestra que sólo las abrían en la roca dura y resistente, supliendo con sillares los sitios en que ésta no ofrecía la consistencia necesaria, como se ve en la tumba del *Mausoleo circular*. Se observa, y sirve de guía para encontrar las tumbas, la inclinación de la roca, ya brusca, ya gradual, y dependiendo siempre de los trabajos practicados en ella, hasta encontrar la indispensable dureza para la excavación.

Por la misma causa, los pozos estaban á veces revestidos con sillares, como se ve en la sepultura núm. 112.

En las inmediaciones de los sepulcros se encuentran excavaciones cuadradas, de un metro de profundidad, principalmente en el *Campo de Prepusa*, que acaso fuera para llenarlas de tierra vegetal y colocar en ellas cipreses ó árboles propios de los cementerios. Delante del de Prepusa, y al otro lado de la vía romana, hay cuatro de estas excavaciones, formando un cuadrado cuya diagonal es de unos nueve metros.

Acaso fueran también para colocar cipos funerarios con inscripciones,

que después se arrancaran para aprovecharlas en obras públicas ó particulares, de lo que tenemos muchos ejemplos en España. La casi carencia de inscripciones que se nota en esta Necrópolis nos hace pensar más en esta conjetura, así como la circunstancia de encontrarse otras de igual clase en los lados de los pozos ó entradas de las tumbas.

No había regla fija para cubrir la excavación rectangular del *bustum*, valiéndose para ello de *tegulas*, ó de uno, dos y tres sillares, que colocaban sobre la excavación rectangular después de reunidos en ella los residuos de la incineración, en cuyo caso quedaban convertidos en sepulturas cinerarias los mismos *bustos*.

A veces se construía una rosca de ladrillo en forma de féretro, cerrado herméticamente por todas partes, aunque esto más bien parece haber sido un sepulcro, ó el mismo *bustum*, que se cerró después de la cremación para guardar allí las cenizas. Así parece confirmarlo un monumento de esta clase descubierto en el *Campo de la Paloma*, que sólo contenía cenizas y no escasa cantidad de nueces, algunas quemadas.

En este mismo campo (y esto es del mayor interés) se descubrió, dentro de un sepulcro, un craneo atravesado con dos clavos, y un trozo de hierro, parecido á una media argolla, inmediato á él.

En otro sepulcro del *Campo de Prepusa*, al lado del de la *Urna de cristal*, se encontraron también restos de otra argolla con huesos dentro, que claramente demostraban haber pertenecido á un brazo humano.

La conjetura de quedar los *bustos* cerrados y sirviendo de arca funeraria, se confirma con el que se descubrió por el lado Norte del sepulcro número 13, y á distancia de dos metros. Estaba cerrado con tres sillares colocados sobre el alcor ó roca calcinada, y levantados, se encontró el hueco lleno de tierra negra, confundida ó mezclada con restos humanos calcinados, y entre ellos y la tierra un espejo con su mango, un candil con asa, un lacrimatorio, una espátula pequeña de bronce, varios trozos de hierro, de uso desconocido, y restos de vasos de libaciones rotos y quemados.

Aun cuando en la Necrópolis de Carmona no se ha encontrado todavía, es posible que de un momento á otro aparezca el verdadero *ustrinum*, el quemadero general ó municipal, como el que hemos dicho se

conserva cerca de Roma, donde debían quemarse los cadáveres de los que no dejaban riquezas para que sus parientes adquiriesen terreno destinado á su sepultura, en la que pudiera tener lugar su quemadero propio ó *bustum*, ó de aquellos que aun teniendo tumba propia, no quisiera su familia ó herederos adquirir además terreno para el *bustum*. Las excavaciones de Carmona han demostrado que los cadáveres de las gentes menos acomodadas se quemaban, pero que sus sepulturas eran de una gran sencillez, como sucede siempre con todo lo que pertenece á los pobres.

Ya dijimos cómo se conservaban sus cenizas en la Necrópolis Carmonense, habiéndose encontrado gran número de aquellas urnas cinerarias sin sepulcros en el campo llamado de *Manta*, por lo que los descubridores apropiadamente dieron á aquel paraje el nombre de «Campos Esquilinos de Carmo,» á semejanza de los así llamados en que se enterraban los pobres de Roma. Para los pobres no había ni sepulcros con hornacinas, ni pinturas murales, ni mausoleos, ni triclinios donde sus deudos y amigos celebrasen el banquete fúnebre. Una humilde urna cineraria cubría sus restos, bajo delgada capa de tierra. Así nos decía, con grande acierto y profundo sentido, el Sr. Fernández López, «la lágrima de dolor de la madre llegaba á refrescar más pronto los incinerados huesos del hijo querido.»

Otras de las curiosidades dignas de especial mención que se encuentran en los sepulcros de Carmona, son los canales de libaciones, que bajaban desde la superficie al centro de la cámara ó del pozo. En uno, inmediato al del *Ustrinum*, dos sillares cubrían el pozo, presentando en su parte media cada uno un semicírculo, que al unirse ofrecían un círculo de una tercia de diámetro. Aquí el canal de libaciones estaba sustituído con este medio de comunicación. El sepulcro llamado de *Postumio* tiene un canal de libaciones tallado en la parte superior de la roca. En los *bustos*, convertidos en urnas cinerarias, siempre ó casi siempre hay una abertura que comunica con el interior, y que estaba destinada á canal de libaciones.

En los principales grupos de las cámaras sepulcrales de Carmona están éstas tan inmediatas, que en varias ocasiones, al romperse accidentalmente el fondo de un nicho, se ha comunicado con otro cercano. Cuan-

do faltan nichos en un lado es señal de que la roca no presenta bastante espesor por aquella parte, ó que tiene detrás otra cámara funeraria, un pozo, ó un *bustum*.

V.

Conocidas ya las particularidades comunes á aquellos sepulcros, para completar el estudio de los mismos, creemos oportuno describir algunos de los más principales; y comenzando por el más lejano hacia el Sur, trataremos de dar á nuestros lectores la más apropiada idea que sea posible de la

Tumba del Banquete funerario.

(Láminas II y III.)

Se compone esta tumba de un pozo de tres metros de profundidad, y de una cámara funeraria con el poyo ó *podium* alrededor, y con ocho nichos. Tiene pinturas murales, que se encontraron en muy buen estado de conservación, y que se hallan en un espacio de 37 centímetros por debajo de los nichos entre éstos y el *podium*, en las que se ve representado un banquete funerario. En el del fondo hay siete comensales, con coronas de follaje, recostados en el *lectum triclinaris*. Dos de ellos beben con el rithón, otro toca la doble tibia, y á la derecha un criado ó esclavo lleva platos con frutos. A la izquierda se ve otra figura, en actitud de llegar de fuera, y á quien parece que todos se vuelven á saludar; figura en la que tal vez se quiso representar al difunto (que, como hemos visto, se invitaba al convite funerario), llevando una especie de tirso ó largo bastón adornado con hojas, y una corona en la mano. Este mismo asunto está representado casi de igual manera en los muros laterales; pero en lugar de la figura que lleva el tirso y la corona, se ve la de un criado ó esclavo. A los lados hay trípodes encendidos, para las ofrendas y sacrificios á los dioses manes. De esta manera, al entrar en la tumba parece que hay tres banquetes, uno en frente y dos laterales; pero fijándose bien se observa, que el pensamiento del pintor debió ser representar los tres lechos del triclinio alrededor de la cámara. Entre los nichos, que, como

puede verse en la lámina, tienden en su corte á la forma cónica, cerrándose por arriba en arco, hay palmas y festones ó guirnaldas, y la bóveda está adornada con hojas y flores rojas.

Las pinturas de esta tumba, en las que se siguió el mismo procedimiento que en las de la Paloma, son de una ejecución franca, y no carecen de intención verdaderamente artística, aunque están hechas para producir efecto á la luz muy tenue que penetra en la tumba, ó á la artificial con que probablemente se bajaría á ella. La capa de mezcla ó cemento sobre que están extendidas es de una dureza extraordinaria.

Explicación de la planta de esta tumba (véase la lám. II).

A. Pozo de entrada.
B. Puerta. Altura, 1^{m},35.
C. Sala ó cámara sepulcral.
D. Podium.
E. Hornacinas ó nichos.

Tumba de la Paloma.

(Láminas IV y V.)

Esta tumba, que es el núm. 51 del campo del mismo nombre, perteneciente á las excavaciones dirigidas por D. Juan Fernández y D. José de Sotomayor, se compone de un pozo con dos escalones al final, una cámara funeraria, el banco ó *podium* y 11 nichos. Para su más fácil comprensión, véase la planta (lám. IV) y la siguiente explicación de sus letras:

A. Pozo de entrada con dos escalones.
B. Puerta. Altura, 1^{m},57.
C. Sala ó cámara funeraria.
D. Podium.
E. Hornacinas ó nichos.

La cámara es cuadrada, y tiene tres nichos en cada muro y otro en

cada lado de la puerta. Los nichos tienen 30 centímetros de profundidad. El espacio que queda entre estos nichos está adornado con anchas fajas coloridas, de este modo: á la izquierda, una faja verde entre otras dos de ocre rojo fuerte; y en la de la derecha, al contrario, una faja roja entre dos verdes (véase la lám. IV). Debajo de cada nicho se ve una cartela de la conocida forma clásica, dibujada con rojo, y donde estaban escritos los nombres de los difuntos; pero á pesar del más escrupuloso examen, no pueden leerse hoy las letras, completamente borradas.

El techo de esta tumba es un cuadrado de $1^{m},70$, pintado al temple. En el centro se ve una paloma blanca, destacándose sobre un cuadrado rojo y verde, que son los mismos colores que se encuentran entre los nichos. El Sr. Bonsor sospecha si estos colores pudieran ser simbólicos, ó por lo menos signos distintivos de un grado, de una clase ó de cualquier honor, puesto que se sabe que las legiones militares tenían un signo particular sobre las águilas y sobre los escudos de los soldados, y que estos últimos solían pintar sus armas de diferentes colores. Nosotros no participamos de sus sospechas, viendo sólo en estos colores el empleo de los que generalmente se acostumbraron en tales pinturas.

El cuadrado central está rodeado de ramas de verdura con frutos rojos, y cuatro pájaros de colores también, pardo, rojo y verde, sobre unas líneas, correspondiendo á los cuatro lados del cuadrado.

Sabido es que los pájaros y las flores eran los principales asuntos de los adornos sepulcrales. Los romanos consideraban todos los pájaros en general como mensajeros de Júpiter, y por su vuelo y las curvas que describían, los augures pronosticaban lo porvenir, ó daban á conocer la voluntad de los dioses.

Los colores empleados en esta pintura son el rojo, el verde, el amarillo y el blanco; si bien en el rojo pueden distinguirse dos diferentes clases: el uno, el llamado *minium*, y el otro, el que se obtenía de cierto ocre, de un rojo sanguinolento, que se llamaba *rubrica*, y que se sacaba de España en gran cantidad. El verde es el óxido de cobre. El ocre amarillo y el blanco son carbonatos de cal. Se preparaban todos estos colores más ó menos fuertes, según la cantidad de carbonato de cal que se les añadía. El color obscuro, ó que pudiéramos llamar tinta neutra, no era

más que la mezcla del rojo y del verde [1]. La preparación ó enlucido que se daba al techo y á los muros era una simple capa de mezcla de tres milímetros de espesor, compuesta de cal y de ladrillo molido, y aplicada directamente sobre la roca; encima se añadía otra capa fina de cal y de arena muy cernida, sobre la cual se pintaba, estando todavía fresca aquella preparación. Esta pintura *al fresco* debía ejecutarse con colores que no hubieran sido calcinados, como, por ejemplo, los ocres y todas las tierras naturales. Un techo ó un muro pintado de este modo, ofrecía duración incalculable. Vitrubio da detalles sobre la preparación de los muros de Roma para la pintura al fresco, que consistía en seis ú ocho capas de cemento, estando la última compuesta de greda y de polvo de mármol. Esta preparación era, sin embargo, muy costosa, y de aquí que no se hayan encontrado pinturas con tales imprimaciones en Pompeya, ni menos en Carmona [2].

La pintura al fresco estaba muy generalizada; pero se pintaba también directamente sobre el enlucido del muro, seco, con colores mezclados de carbonato de cal y diluídos en una mezcla de agua y de cola, lo cual constituye una verdadera pintura *al temple*.

El techo de la *tumba de la Paloma* y de la *del Banquete* están pintados por este último procedimiento. Desgraciadamente, por haberse lavado con agua para distinguir mejor los colores, han desaparecido casi por completo.

Estas pinturas de las cámaras sepulcrales carmonenses demuestran que, estando libres de la humedad, las pinturas *al temple* de los antiguos podían durar tanto como las que se hicieran *al fresco*.

La paloma pintada en esta tumba pudiera dar origen á creer que, ha-

1 Análisis hechos por sir Humphry Davy.—*Phil. Trans. of the royal Society*, 1815.

2 Notable ejemplo de pinturas al fresco encuéntrase en varios fragmentos de revestimiento de muros pintados que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, los cuales se hallaron en unas excavaciones practicadas con grande acierto y fortuna el año de 1869 en la calle del Cuerno, en Cartagena, por el ilustrado académico correspondiente de la Historia D. Adolfo Herrera. En aquellos fragmentos, sobre los cuales tiene publicada el autor de esta Memoria una Monografía en el *Museo Español de Antigüedades* (tomo X, pág. 185), se hallan tan compenetrados los colores en la superficie caliza, que, aun cuando se lavan, no desaparecen.

biendo sido un símbolo tan usado por los cristianos, hubiera pertenecido aquella sepultura á alguno de ellos. Sin embargo, la paloma [1] antes del Cristianismo era considerada bajo diferentes significados. Por la dulzura de sus costumbres y por la nitidez de su plumaje, despertó siempre las simpatías de todos los pueblos, que le hicieron jugar papel importante en la fábula de sus creencias religiosas.

Palomas alimentaron á Júpiter; palomas servían de oráculos en Dodona y en Libia; la paloma era el pájaro favorito de Venus, y figura siempre en las composiciones que se referían á esta diosa, considerada como emblema de la ternura; dos palomas con los picos unidos eran símbolo del amor. Las mujeres judías las ofrecían á Dios después de haber dado á luz á sus hijos; y los egipcios hicieron de ella el símbolo de la viudez, porque, muerto uno de los individuos que formaban la amorosa pareja, no admitía el otro segundo compañero. Por eso alabaron tanto los antiguos la castidad de la paloma, aunque después fué más propiamente la tórtola el símbolo de la viudez. Tíbulo cantó la veneración que tenían los sirios por las palomas, y Marcial consignó en sus versos la prohibición de comer palomas que tenían los sacerdotes de Venus.

Los asirios las miraban también como animales sagrados, porque creían que el alma de Semíramis, su reina, había volado al cielo en forma de paloma. Entre los asirios, como entre los griegos, la paloma estaba consagrada á Baco.

Este ave es uno de los emblemas empleados con más frecuencia en los antiguos monumentos de Persia para representar á Mitra, ya sea porque, según Creuzer, Mithra fuese una divinidad andrógina, masculina y femenina, ya porque, escrito sin aspiración, Mitra y no Mithra, según Herodoto, fuese el nombre que los persas dieron á Venus Urania.

No olvidemos que también la paloma entre los egipcios era símbolo de Isis, por la poética leyenda que se refiere á la peregrinación de la diosa en busca de Osiris, cruelmente muerto por el pérfido Tifón, durante la cual llegó á Biblos, donde sabía estaba el cuerpo de su esposo, oculto en una de las columnas de madera del palacio real. Humilde se sien-

1 La palabra *columba* con que se designaba en latín la paloma, puede provenir del griego Κόλυμβοσ, que se daba á una especie de pájaro acuático.

ta á la entrada de la ciudad, orilla de una fuente, donde la encuentran servidores de la reina, que, encantados de sus talentos, hacen grandes elogios de la extranjera. La reina quiere conocerla, y prendada de ella, la nombra nodriza de su hijo. Isis, en lugar del pecho, le pone el dedo en la boca, y para purificar su cuerpo de todo lo que tenía de terreno, le arroja en una hoguera durante la noche. *Ella misma, transformada en paloma*, vuela alrededor de la columna que encerraba el cuerpo de su bien amado, y puebla el aire de suspiros y de lamentos. La reina la descubre; lanza un grito de terror al ver á su hijo entre las llamas, con el cual le priva de la inmortalidad á que le destinaba su divina nodriza, y ésta, recobrando su sér real, presentándose como divinidad poderosa, reclama la columna, saca el féretro de su esposo y lo deja en depósito al rey de Byblos, que coloca el sagrado cuerpo en un templo, de donde lo traslada la diosa á Egipto [1]. A causa de esta leyenda, la paloma figura á las veces en las manos de los sacerdotes de Isis, como se ve, entre otros, en una de las estatuas encontradas en España, en el llamado «Cerro de los Santos,» término de Montealegre.

No es necesario, pues, recurrir á la época cristiana para explicarse la presencia de la paloma como principal adorno de la pintura descubierta en el techo de la tumba que nos ocupa, pues tiene fácil explicación, siendo como es símbolo pagano en las diversas tradiciones de diferentes pueblos, que más ó menos directamente influyeron en la civilización de las gentes que poblaban á Carmo en el período romano á que la tumba pertenece. Probablemente, el principal personaje, cuyos restos guardaba aquella cámara sepulcral, sería una mujer, acaso una joven, y por eso figuraba en su tumba la paloma de Venus.

Tumba de Prepusa.

(Láminas VI y VII.)

Según el diario de las excavaciones de los dos descubridores, el que en un principio creyeron gran sepulcro, cuya bóveda de sillares había

1 Creuzer, *Religions de l'Antiquité*.

venido á tierra, demostró lo expuesto que es formar juicios anticipados. Era sólo un espacio cuadrangular, que siempre debió estar descubierto, y que con razón calificaron después de patio del *ustrinum*, usada esta palabra en su acepción general, quemadero que se encuentra á la derecha de la entrada de esta tumba. Cerrábase ésta con una piedra tosca de alcor ó roca, que casi cubría la puerta, y otra con un gran relieve, completamente borrado, colocada sobre aquélla, y que la completaba: esta última no se halló en su sitio, sino un poco volcada hacia fuera. El sepulcro tiene seis nichos desiguales; *podium* muy alto, y en la entrada cinco escalones para bajar. Los descubridores lo encontraron completamente lleno de tierra, y cubriendo su entrada en parte dicha losa, unida á la roca con cemento, y atracada además por fuera con gruesas piedras y sillares, conociéndose el deliberado propósito de impedir su profanación, ó acaso más bien para evitar que se conociese la que ya había sufrido aún en la época de los romanos; profanaciones que, como es sabido, se castigaban con severas penas. Probablemente, después que el sepulcro recibió los restos á que estaba destinado, se daría la orden de cegar y borrar su entrada, para lo cual no hubieron de economizarse ni enormes piedras, ni grandes sillares, ni témpanos de alcor; todo lo cual han encontrado los inteligentes descubridores. Pero los encargados de cumplir la orden debieron llevarla á cabo en provecho propio, creyendo que podían impunemente robar las preciosidades que el sepulcro contenía, puesto que, cubierta su entrada con tan enorme cantidad de materiales, no podría descubrirse la profanación. Que ésta tuvo lugar, lo prueba que, mientras la losa primera cerraba parte de la puerta y estaba unida á la roca con cantidad de cemento, el cual hubo de romperse á pico, la otra con relieve, y destinada sin duda á completar la clausura del sepulcro, se halló fuera de su sitio como violentada, ofreciendo la puerta una abertura, en su parte superior, suficiente para el paso de un cuerpo; y que registrado el interior, sólo se hallaron algunas urnas de piedra sin huesos, fragmentos de roca y restos de vasijas de barro.

Los huesos calcinados se encontraron debajo de una tapadera de dichas urnas, colocada cerca de ellas. Otra conservaba entre los restos una pre-

ciosa piedra con un águila, llevando en el pico una corona con lazos. Demuestra, por último, la profanación, la urna ó caja de mármol sin tapadera allí encontrada, que puede verse en la lám. XVII núm. 1, y que presenta las particularidades siguientes: tiene en sus bordes laterales, en la parte superior, dos trozos de hierro ó pernos en un lado, y la señal de haber existido otro en la parte opuesta, destinado sin duda para cerrarla. Se encuentran en los otros dos bordes señales de haber violentado con instrumento fuerte la tapadera, la cual hicieron saltar, con tal violencia, que rompieron parte del borde, cuyo pedazo se halló á bastante distancia de la caja, si bien dentro del mismo sepulcro.

Esta urna es muy bella, teniendo en su frente un rectángulo de relieve, en cuyo centro se halla el nombre de *Prepusa*, y en las otras dos caras, derecha é izquierda, su edad y linaje. Los caracteres son de la época Antoniniana.

El patio, delante del sepulcro, tiene quemadero, ara y entrada con su puerta, como claramente se ve en la planta (lám. VI). La puerta, formada con sillares de roca, se abría de fuera á dentro, y en su umbral encontraron los descubridores un disco circular de cobre, de seis centímetros de diámetro, con círculos concéntricos, que indicaba haber servido para facilitar el giro de la puerta. Delante de ella está la antigua vía romana, cuyos lados se forman con los sillares de la puerta y la roca cortada á pico, prolongación de la pared. El suelo del referido quemadero estaba completamente carbonizado en toda su extensión, notándose, sin embargo, que la piedra del sepulcro no conserva señales de haber tenido fuego tan cerca.

Explicación de las letras de la planta.

A. Patio del Quemadero.
B. Cavidad en la cual giraba la puerta.
C. Entrada de la sala funeraria.
D. Escalera.
E. Hornacinas.
F. Podium.

Tumba llamada de las Columnas.

(Láminas VIII y IX.)

A esta tumba se baja por una escalera de siete escalones, que da paso á un corredor, el cual conduce á la cámara funeraria, de planta trapezoidal más que cuadrada, y rodeada de su correspondiente *podium*.

El techo, ligeramente inclinado hacia la izquierda y con más declive á la derecha, aparece sostenido por cuatro pilares, de planta cuadrangular, sin la más pequeña línea que indique capitel ni basa, y con ligerísima inclinación en sus caras, formando talúd. Estos cuatro pilares, aunque aparecen en el centro de la cámara, no están á igual distancia de sus lados y ángulos, habiendo alguna más desde la parte posterior que á la anterior de la misma cámara. El techo ó bóveda, cuya ligera inclinación ya hemos apuntado, se abre circularmente en el centro que dejan los cuatro pilares, y sube esta abertura á manera de pozo hasta la superficie, donde en remotas épocas debió estar perfectamente cerrado, pues de no ser así, en la estación de las lluvias la tumba se hubiera convertido en un algibe. Los muros forman las entradas que los dibujos indican con los nichos marcados en los mismos, y que llegan al número de 19. En la parte anterior, cerca de la puerta de entrada, se abre otra segunda cámara más pequeña, también de planta trapezoidal, y la escalera, descubierta hasta cierta profundidad, conduce al corredor cubierto, al que se baja por dos escalones. Este no sigue la dirección perpendicular á la escalera, sino que se divide en dos brazos, uno diagonal y otro perpendicular á dicha escalera, formando una especie de Y. Al final de la escalera hay otro espacio cubierto, de la misma anchura que aquélla, pero que no continúa, como indicando que en aquella dirección pudieran haberse proyectado nuevas cámaras. Todo este sepulcro está tallado en la roca, y de la misma masa roquiza son los cuatro pilares, que se dejaron separados de los muros al hacerse la excavación.

Esta cámara, que puede llamarse la más arquitectónica de todas las de Carmona, es por esta razón acaso la más importante, y despierta el recuerdo de la segunda que se halla en el sepulcro etrusco llamado de la

Bóveda plana, en Cæré, de que ya hablamos en el capítulo anterior; cámara que aparece también sostenida por cuatro pilares.

Como puede verse por la escala, las dimensiones no son muy extensas, y la altura desde el suelo á la bóveda es de 1m,70. Tanto sus muros como el techo y los pilares, debieron estar pintados, pues se conservan grandes restos del cemento que servía para fijar la pintura, y algunas líneas verdes encuadrando los nichos.

Este sepulcro sería probablemente familiar, si se juzga por los muchos nichos que contiene, por la pequeña cámara que hay en la parte anterior, y por el corredor empezado que se halla al extremo de la escalera, y que probablemente hubiera conducido á otra cámara sepulcral. La escalera, hoy abierta, debió cubrirse con losas y después con tierra, para ocultar la entrada.

En esta tumba se encontró una moneda de la Colonia Patricia y la palanca de una balanza, lo cual parece indicar que el jefe de aquella familia, como la mayor parte de los habitantes de Carmona en aquel período, debía estar dedicado á la agricultura y al comercio.

Tumba llamada del Ustrinum.

(Lámina X.)

Para la cremación de los cadáveres en la Necrópolis Carmonense, parece que se elevaba la hoguera ó pira de dos diversos modos: ya directamente sobre el suelo, ya en una especie de fosa ú hornazo excavado con este objeto.

Inútil es hablar del primero, porque consistía sólo en fijar un espacio que servía para la cremación, y que se descubre fácilmente por la huella que ha dejado la acción del fuego sobre la roca arenisca de aquellos alrededores, la cual, después de encendido el fuego sobre ella, quedaba de un color rojizo de ladrillo; color que no ha desaparecido, á pesar de los siglos que sobre él pasaron: la tierra que cerca de estos sitios se encuentra, conserva restos de carbón y está negra.

Generalmente se ven señales de tales quemaderos en las cercanías de las tumbas, y algunas veces en la misma entrada, pero principalmente

en lo alto; lo cual nos hace creer que estos quemaderos parciales fueran más bien *bustum* que *ustrinum*, en el sentido propio de estas palabras, que fijamos al final del capítulo anterior, y que se encendían, por lo tanto, en el terreno propio de cada tumba.

Era natural que se escogiesen para la cremación sitios elevados, á fin de que el viento ayudase á las llamas y más pronta y fácilmente se consumiera el cadáver. Como los huesos y cenizas se recogían cuidadosamente, no se encuentran en estos quemaderos restos de ellos, y sólo fragmentos de vasos y de los objetos que, como hemos visto en el número III del cap. II, se quemaban con los difuntos.

El segundo sistema ofrece más detalles, como lo demuestra la tumba llamada del *Ustrinum*, que pasamos á describir.

Se entra en ella por un pozo de una profundidad de 2^{m},50, en cuyo fondo, á la izquierda, se encuentra una abertura parecida á un nicho pequeño, que comunica con una fosa destinada á quemadero, que era por donde debía encenderse la hoguera. Se bajan tres escalones, y en el fondo, á la izquierda, se encuentra la puerta de entrada á la tumba propiamente dicha, ó pequeña sala funeraria. En su interior, á izquierda y derecha, está el *podium* ó banco, de 30 centímetros de ancho, en el cual se colocaban los vasos y otros objetos que servían para las libaciones. A 30 centímetros de altura sobre este banco se ven á la derecha dos nichos y otros dos en el fondo, y en el lado izquierdo ninguno, lo cual hizo pensar á los descubridores que habría hacia aquel lado un quemadero. En efecto, profundizando la misteriosa abertura ó nicho del pozo de entrada á que ya hemos hecho referencia, se descubrió aquél. En este nicho había un catino ó plato de barro y una urna cuadrangular de piedra, que contenía huesos calcinados, y un vaso de los llamados vulgarmente lacrimatorios. En los escalones de la escalera que daba acceso á la cámara, se encontraron también los objetos siguientes: dos vasijas de barro; un vaso de libaciones; una especie de taza, con un dibujo en relieve; tres lacrimatorios de vidrio, y varios fragmentos de objetos de cobre; cerca de la puerta, una pequeña lámpara común de barro; y en el interior dos vasos de libaciones, uno en cada banco ó poyo de uno y otro lado, y un anillo con una piedra grabada, representando un animal en

actitud de pastar. En el suelo había, además, cuatro lacrimatorios de vidrio.

La tumba está dividida en dos partes, con una pequeña separación tallada en la roca, de 20 centímetros de espesor, que sube á la altura del *podium*. La parte del fondo semeja una especie de baño, de forma casi oval y de 58 centímetros de profundidad, siendo un poco más ancho por la derecha que por la izquierda. A la derecha y en el fondo se distinguen tres huecos, de los cuales el del centro parece haberse abierto para colocar la cabeza, y los otros dos de los lados para depositar vasos, que en efecto en ellos se encontraron. Si la longitud total de este misterioso compartimiento hubiera sido igual á la proporción mediana de un cuerpo humano, los descubridores hubieran creído que era una sepultura ordinaria para colocar un cadáver; pero faltaban para ello más de 40 centímetros. Según todas las probabilidades, aquel sepulcro era uno de los llamados *subgrundarium*, en los cuales se colocaban los cuerpos de los niños muertos en los primeros años de su vida, y que, según hemos visto, no se quemaban.

El *bustum* ó *ustrinum* en el sentido genérico de esta palabra, que comunicaba con esta tumba por el nicho de que ya hemos hablado, á la izquierda del pozo de entrada, es una fosa de dos metros de profundidad y 1^{m},80 de longitud, término medio de la estatura humana, y 90 centímetros de ancho. tiene en el fondo un pequeño resalte, de 20 centímeros de ancho y 55 de altura, sobre el cual se colocaban los maderos para la cremación. El que nos ocupa debía haber servido muchas veces, á juzgar por sus paredes calcinadas hasta arriba, lo cual parece demostrar que la pira debía rebasar la superficie, por más que después que se fuera consumiendo fuera bajando, y el cadáver, ya casi consumido, quedase encerrado dentro del *bustum*. En el fondo de éste encontraron los descubridores restos de tejas, fragmentos de hierro quemado y una pequeña lámpara de barro, cuyo frente se adorna con un gallo en relieve. Este *ustrinum* ó quemadero era propiamente un *bustum*, pues pertenecía al sepulcro á que está unido, y, por consiguiente, era de propiedad particular.

Tumba del Mausoleo circular.

(Láminas XI y XII.)

A diferencia de otras muchas, esta tumba no estaba llena de tierra. Penetraron los descubridores en ella por la bóveda, encima del nicho grande del fondo, y entonces descubrieron que la verdadera entrada estaba cerrada por dos enormes sillares. En el interior no se encontró el más pequeño objeto. En la parte exterior, próximamente á metro y medio de la entrada del lugar marcado en el dibujo de la planta con la letra *X*, encontraron bajo la tierra, quemada la roca, cenizas de carbón y dos pateras ordinarias, conteniendo restos de comida; señales todas que claramente indicaban la existencia en aquel paraje de un *ustrinum* ó *bustum:* también en el punto marcado con la letra *Z* había restos de otro quemadero, como el anterior, de 30 centímetros de profundidad.

Esta notable sepultura ofrece nuevo ejemplo de que en los parajes donde la roca no ofrecía bastante resistencia, la suplían por medio de construcciones arquitectónicas. Así es que la cámara está excavada, como el pasillo de entrada; pero tanto éste como aquélla, están cerrados con arcos de medio punto, formados por sillares. La cámara es rectangular y tiene once nichos, cinco á cada lado, y uno en el frente mayor. Sobre esta cámara sepulcral debió elevarse un gran mausoleo circular, cuya planta está descubierta por completo, y parte de los sillares que formaban la cimentación. El diámetro exterior de esta construcción es de 11^{m},75. La simple vista de la disposición de este monumento trae á la memoria el llamado *la tumba de la Cristiana*, en Africa, y aun el de Rodas, aunque éste es de planta cuadrada, de que hablamos en el capítulo II.

Esta tumba tiene también en la parte media de la bóveda, correspondiendo con la parte posterior, un corte rectangular, que debió servir para canal de libaciones.

Explicación de la planta (lám. XI).

H. Pozo de entrada.

i. Corredor.

j. Sala ó cámara funeraria.

k. Zanja para la colocación de los sillares que formaban la cimentación del mausoleo.

l. Sillares que se conservan de la misma cimentación.

Tumba de las Tres puertas.

(Lámina XIII.)

Esta tumba es una de las más regulares que se han encontrado en la Necrópolis, como puede verse por su planta representada en la lámina. Se baja á ella por una escalera de cinco escalones, y se entra en un corredor que conduce á tres cámaras sepulcrales, formando una cruz. Las tres están rodeadas del *podium* y tienen cada una siete nichos, tres en el lado mayor del rectángulo, frente á la puerta, y dos en los lados menores. Es notable la gran simetría con que están dispuestas estas excavaciones, diferenciándose sólo en que la cámara sepulcral frente á la escalera tiene un corredor algo mayor, lo cual parece hecho de propósito, para dejar espacio á los lados á las otras dos cámaras.

Las tres debieron estar pintadas, pues se conserva el cemento ó enlucido en muy buen estado en todos los muros, y en algunos puntos, como sucede en la cámara sepulcral de la izquierda, restos de pintura mural, que, á pesar de su mala conservación, se ve representan ramas de olivo ó de mirto, adornando los nichos.

Tumba con siete hornacinas.

(Lámina XIV.)

Esta tumba, señalada con el núm. 118 por los descubridores, tiene también una forma muy regular, como puede verse por la lámina, y es uno de los tipos más generales de aquellos sepulcros. Se baja á ella por un pozo de entrada, que tiene á los lados aberturas hechas en la pared para colocar los pies, como se ve indicado en la lámina. Un corto pasillo da ingreso á la cámara, rodeada por el *podium* y con sus correspondientes nichos simétricamente distribuídos; tres en el frente, mayor el del

centro que los de los lados, uno en cada muro lateral y otros dos á uno y otro lado de la entrada. También esta tumba, que, como la anterior y casi todas las descubiertas, debieron ser sepulcros familiares, conserva restos de enlucido, que indican haber estado adornada con pinturas.

Columbario y Triclinio.

(Lámina XV.)

Este notable monumento, que puede asegurarse no tiene igual en cuantos descubrimientos arqueológicos se han hecho hasta el día, es de grandísima importancia, porque nos revela claramente un cuadro de costumbres funerarias, al que no falta más que colocar los personajes. La gran excavación de planta casi regular, aun cuando más bien es un trapecio que un rectángulo, contiene, no solamente el columbario en el frente y á los lados hasta cierta distancia, sino que tiene además todo cuanto puede servir para el banquete funerario, con su macizo triclinio labrado en la misma roca, á manera de los que se nos presentan en los ejemplos que citamos en el capítulo II. Se baja al monumento por una escalera principal, compuesta de cinco escalones, que desemboca en un gran patio á la izquierda, donde, delante de los nichos del columbario, está el triclinio. Para subir á él hay dos escalones, y en uno de los lados una especie de pileta, que servía para la ablución de los pies. En el *triclinium* claramente se distinguen el *lectus imus*, el *lectus medius* y el *lectus summus*. Todo el triclinio está rodeado por una especie de corredor ó andito que media entre él y el columbario; y entre los tres lechos del triclinio y el centro de la mesa ó *mensa*, hay un pequeño canal para las libaciones con que empezaban y terminaban las comidas fúnebres. Al otro extremo de la *scala* hay un pozo de agua, que mide 25^{m},60 de profundidad, sin llegar al fin de la capa roquiza, y en el fondo de él dos galerías principales de la altura de un hombre, pero que sólo avanzan metro y medio; galerías que pueden considerarse como principios de minas de aguas para aumentar las del pozo. Al lado de éste está el *labrum* ó pila para echar el agua que se sacara del pozo. En la misma línea de la escalera, el pozo y el *labrum*, y en el eje de todo el monumento, fren-

te á la parte central del triclinio, estaba el ara para ofrecer los sacrificios; y á los dos lados de aquél, delante del *lectus imus* y el *lectus summus*, hay dos excavaciones cuadrangulares, como de tres partes de metro de profundidad, cuyo destino no se alcanza á primera vista. Al lado del pozo, y como el lugar más á propósito para ello, se encuentra la *culina* ó cocina, donde se habían de preparar los manjares para el banquete funerario.

Este gran monumento aparece hoy completamente descubierto; pero nosotros no creemos pudiera estar de tal modo en épocas antiguas. No se concibe que una obra con tanto esmero hecha y distribuída, se dejase á la intemperie para que se convirtiera en un verdadero estanque durante la estación de las lluvias, sin medios para sacar después el agua, pues no tiene indicación alguna de canal de desagüe, é imposibilitándose, por lo tanto, el uso de todas aquellas obras, con tanto esmero terminadas. Contribuye á formar este juicio el haber observado que el *triclinium* conserva perfectamente restos de cemento ó enlucido, el cual con la continuidad del agua no existiría; y que en el pozo han encontrado los señores Fernández López y Bonsor gran cantidad de fragmentos de mármol de color azulado con vetas violáceas; mármol que debió ser el que cubriese la *mensa,* y acaso también revistiera los paramentos del columbario ó del triclinio.

El monumento, pues, debió estar cubierto con bóveda construída, y las dos excavaciones rectangulares que hay delante del triclinio, y á que nos referíamos hace poco, en nuestro juicio se abrieron para recibir sillares ó pilares que sostuviesen la bóveda y marcasen la entrada al mismo triclinio.

Este monumento estaba completamente soterrado; y tanto esta circunstancia como la de haberse hallado hechos pedazos en el pozo los mármoles que le enriquecían, demuestran que en épocas de guerra, y en odio acaso á las creencias paganas que tan claramente revelaba el monumento, debió ser destruído.

Además de este triclinio encontróse otro, que por el paraje donde se halló denominaron los descubridores del *Olivo,* el cual tiene muchos puntos de contacto con el anterior. Se baja á él por una escalera de siete es-

calones, que conduce también á una especie de patio que precede al triclinio. Consérvanse en éste los tres *lectus*, *imus, medius* y *summus*, y delante del último la pileta para la ablución de los pies. Alrededor de la *mensa* subsiste el canal de libaciones. El columbario que rodea al triclinio sólo tiene nueve nichos, y otro mayor que los otros al pie de la escalera. Al otro lado de ésta hay también un pozo de agua de 30 metros de profundidad, sin que llegue al fin de la capa roquiza, pozo que conserva su agua excelente. Cerca del *lectus imus* hay abierta una especie de fosa de 75 centímetros de profundidad, cuyo destino no puede precisarse. En frente del triclinio se abre una gran cámara de planta curva á manera de gran ábside, con bóveda que estuvo tallada en la roca, aunque hoy se halla casi destruída. También casi circular es otra cámara más pequeña, abovedada, que se encuentra en el lado del *lectus imus*, con la particularidad de no tener nichos ni una ni otra. Acaso la mayor estaría destinada á *culina*, y la otra á contener alguna urna especial, que no se ha encontrado, así como tampoco el ara. Todo este monumento se encuentra en muy mal estado de conservación.

No damos lámina especial de él, por la gran semejanza que tiene con el anterior, y ser éste más completo y hallarse mejor conservado.

Bustum.

(Lámina XVI.)

A pesar de que ya hemos indicado de qué modo están dispuestos los *bustum* en la Necrópolis de Carmona, como hemos hablado, de que algunas veces quedaban convertidos en sepulturas, conservando los restos, damos en la lám. XVI el corte y planta de uno de éstos, encontrado en el *Campo de las Canteras*.

Tiene de longitud $1^{m},80$ y de anchura $1^{m},05$, y al llegar á los 30 centímetros de profundidad se estrecha, formando otra fosa, que es donde después de la combustión quedaban las cenizas y los diferentes objetos arrojados en la pira. La leña se apoyaba en los lados salientes que quedaban alrededor, por la diferencia de dimensiones de ambos huecos. Cuando las cenizas se conservaban en el mismo *bustum*, se cubría éste

con losas ó sillares, como se ve en el caso presente, y entre ellas se dejaba un agujero que sirviera de canal de libaciones. (Véase la lámina, lugar marcado con una *X*.)

Dentro de este *bustum*, justificando una vez más las narraciones que dejamos hechas de las ceremonias funerarias romanas en la cremación de sus cadáveres, se encontraron un espejo de metal, un *stilo*, una piedra plana para escribir (*tábula*), y fragmentos de vasos.

De algunas otras tumbas, además de las indicadas, vamos á dar cuenta á nuestros lectores, por las especiales condiciones que en ellas concurren.

Tal sucede con la que llamaron los descubridores de la *Urna de Cristal*, por la que de esta frágil materia encontraron en ella; tumba que confirma, como nos decía el Sr. Fernández López, que de la inspección de los sepulcros, de los objetos que contienen y de la forma en que éstos se hallan colocados, se puede colegir hasta la posición social y las costumbres de la familia, cuyos restos han descansado allí por espacio de diez y seis ó diez y siete siglos. En esta tumba, la mejor urna ocupaba un nicho de preferencia: era de cristal, conteniendo un vaso para el bálsamo, y un *stilo*. Los huesos estaban perfectamente carbonizados y compacta su sustancia, y en el fondo se hallaron restos del tejido de la tela en que se envolvían las cenizas. En el muro de la izquierda había otra urna ó caja de piedra, con la particularidad de ser azul el lacrimatorio que contenía: otra caja de piedra había también en otra de las hornacinas.

En el *podium*, no obstante de haber más hornacinas en este sepulcro y tener capacidad suficiente para contenerlas, había tres urnas de piedra y una cilíndrica de barro con huesos y algunos objetos de cobre. Indudablemente en la colocación de los objetos, y en las urnas, se nota en esta tumba, un orden, una exactitud y un plan tan bien ordenado y severo, y al mismo tiempo tan sencillo, que revelan cierta rigidez en las costumbres y gran respeto y consideración mutuos, aun en el último asilo.

Notable también por los objetos en ella encontrados es la tumba que denominaron los descubridores de la *Abundancia*. Tiene un pozo y la

puerta en dirección Oeste. La cámara seis nichos, y en cada uno de ellos una urna; sobre el *podium* otras seis urnas ó cajas; dos de pasta; dos de barro cilíndricas; dos vasos ordinarios de libaciones; otra urna de barro cilíndrica; una de barro negro, y dentro una vasija de cristal; una urna de plomo, con otra grande cerrada de cristal dentro, y en ella un espejo de bronce dentado y un lacrimatorio largo de cristal; dentro de las otras urnas, anillos y ungüentarios, y una cajita cilíndrica de marfil con relieves representando dos genios alados y un canastillo de frutas. Vasos de los llamados vulgarmente lacrimatorios en la sala, en la puerta y en el pozo; vasos de libaciones, catinos y otros objetos se encontraban esparcidos sin orden y gran profusión. Este sepulcro estaba lleno de tierra, á excepción de unos 25 centímetros junto á la bóveda.

En la tumba llamada de *Hoyos* por el apellido de uno de los trabajadores que la descubrieron, á la que se baja por una escalera y una abertura cuadrada de 60 centímetros de lado, el corredor ó pasillo que precede á la cámara sepulcral, cuya puerta está á la izquierda, se halla formado por losas de alcor ó roca, hasta de 30 centímetros de espesor; con la particularidad de presentar la que se halla encima de la puerta una abertura á manera de embudo, más estrecho por la parte correspondiente al sepulcro, la cual indudablemente servía de canal de libaciones. Este pozo, en parte construído, demuestra una vez más que, aun cuando toda la Necrópolis está excavada en la roca, donde no presentaba ésta consistencia suficiente, la suplían por medio de construcciones.

Por último, el sepulcro donde se descubrió la urna que lleva las letras VRBANIVAL de que en breve hablaremos, y que copiamos en la lámina XVII, núm. 2, tiene, como la mayor parte de los descritos, pozo, puerta y cámara, ésta con cuatro nichos. Todo él estaba lleno de tierra, y en su pozo se encontró una urna de cristal grande, sin cuello; en el *podium* dos lacrimatorios y los restos de finísima taza de mármol, que recogieron los descubridores con gran cuidado; otra urna de cristal hecha pedazos; restos de un depilatorio de bronce y de un lacrimatorio, además de la citada urna con la referida inscripción, cuyo sentido estudiaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Principales objetos encontrados en las cámaras sepulcrales de Carmona, así artísticos como industriales.—Figura de bronce.—Cariátide de piedra.—Monedas.—Inscripciones.—Espejos de metal, redondos y rectangulares.—Clavos, depilatorios, fíbulas, etc.—Cerámica.—Objetos de barro y de cristal de diferentes clases y formas.—Objetos de cristal, de roca, ámbar y marfil.

I.

El principal objeto escultural encontrado en la Necrópolis carmonense es una estatuita moldeada en bronce, que reproducimos en la lám. XVIII, del mismo tamaño que el original. Fué descubierta en una de las tumbas del grupo del Quemadero, y representa una bacante dormida. Lleva *armillas* en los brazos y en las muñecas, y ajorcas en los pies. Sobre el lecho se ven dos hojas de parra ó pámpanos, y en el centro una máscara escénica con la boca abierta, como para la introducción de un clavo ú otro objeto que fijase el relieve en el lugar á donde se destinaba, que acaso fuera el frente de una urna cineraria. Ligero paño cae sobre el vientre de la bacante y parte de los muslos, indicando cierto sentimiento de pudor, impropio de las creencias paganas, y que parece revelar la influencia de las ideas cristianas, aun entre los mismos idólatras.

Esta estatuita, más que una mala época en la historia del arte romano, revela la ejecución de mediano artista, que conserva, sin embargo, la tradición de buenos modelos. Lo mismo sucede con una pequeña cariátide de piedra, que representa un romano llorando, figurita que debió pertenecer á alguna urna hoy destruída, y con otra figurita de ámbar, que copiamos, encima de un collar, marcado con el núm. 4 en la lámina XXIII, (núm. 7,) cuya representación es difícil precisar. Acaso fuera un Hércules niño. Se encontró en una tumba, cerca de la de *Postumio.*

Objeto también escultural, hallado en el *Campo de los Olivos*, es el medallón de marfil que sirve de cubierta á una caja muy deteriorada, propia para perfumes, cuyo relieve representa una cabeza femenil de muy buen estilo, con tocado de marcada influencia oriental.

Esculturas son también las escasísimas piedras grabadas que allí se han encontrado, y de algunas de las cuales queda hecha mención, cuyo trabajo acusa una buena época para la glíptica romana, continuación, como es sabido, de la griega.

Al arte de la escultura, como producto del grabado en hueco, corresponden las escasas monedas descubiertas en la Necrópolis de Carmona, que se han hallado en las tumbas siguientes:

Tumba de las Columnas.—Una moneda de Colonia Patricia, de tipo común y mediano bronce.

Tumba del Banquete funerario.—Medallón de Colonia Patricia, muy raro, que lleva por el anverso cabeza desnuda de Augusto; á la izquierda la leyenda PERMISSV. CAESARIS. AVGVSTI., y en el reverso, en dos líneas, dentro de corona cívica, la inscripción de COLONIA-PATRICIA. Lo trae Delgado en su citada obra, tomo I, pág. 126 y lámina XVII, núm. 6.

Tumba llamada de Tiberio.—Una moneda de plata de este Emperador, con tipo común, de figura sentada, con rama de oliva en la mano, y leyenda de PONT. MAX.

Cerca de la *Tumba de las Tres puertas.*—Una moneda de bronce de las conocidísimas de Claudio.

Campo de los Olivos.—Un *as* romano de los últimos tiempos de estar en uso estas monedas, y otras comunes de Vespasiano, Constante y Valentiniano.

Y en otros diferentes parajes, que no pueden precisarse como los anteriores, se hallaron también algunas de Gades, de Itálica, de Colonia Rómula y de Emérita.

Algunas otras monedas se han encontrado completamente quemadas dentro de los *bustos*, indicando haber sido arrojadas en la pira cuando estaba ardiendo.

II.

Pero si tan escaso es el número de monedas halladas en aquellos funerarios recintos, no lo es menos el de las inscripciones, reducidas á las de los sepulcros de PREPUSA, en su urna, y de URBANIO y PILADES, grabadas en los cantos de las cubiertas de las suyas respectivas, y la de POSTUMIO en una losa de mármol, y otras dos más pequeñas, también funerarias: una de PANTHEA y otra de SULPICIA. Todas ellas aparecen perfectamente copiadas en las láminas XVII y XXIV. Además se halló un ladrillo que en su canto lleva en relieve las iniciales, que pueden verse en el núm. 3 de la lám. XXIV, marca de fábrica de difícil interpretación.

En la fuente romana, que á las puertas de la ciudad carmonense, y como á 300 metros de ella, se encuentra, al extremo del paseo en dirección de la Necrópolis, fuente de que ya hemos hablado, y en la que fué hallada la cabeza de mármol, que también mencionamos, pareció la memoria dedicada á las *Madres Aveanias,* por M. Julio Grato, piedra que en épocas de devastación debió ser arrojada á la fuente, como algunos otros objetos esculturales, también sacados de ella.

Todas estas inscripciones (no comprendidas en el *Corpus Inscriptionum latinarum* del clarísimo Hubner), á excepción de la de Postumio y la de M. Julio Grato, que son más antiguas, y sobre todo la de Postumio, del siglo augusteo, revelan ya por la forma de las letras pertenecer á la época Antoniniana; así como orígenes griegos de los difuntos á quienes se refieren, las de las *Madres Aveanias,* la de *Panthe*, en nominativo femenino griego, la de la mujer de Postumio, *Cypare*, en el mismo caso, y la de *Pilades.*

La interpretación de estas inscripciones, sencilla en apariencia, ofrece datos del mayor interés. En la que consideramos más antigua, aunque contiene simplemente los nombres de Quinto Postumio Higino y de su mujer Postumia, el cognomen de esta *Cypare* en nominativo femenino griego, acaso pudiera indicar que aquella mujer era natural de Cyparissa, ciudad de Mesenia. La sencillez de esta lápida y el llevar los nom-

bres en nominativo, indican también la época á que la hemos referido, y que la hermosa forma de sus caracteres revela.

La de la urna de Prepusa nos dice solo, que en ella reposan los huesos de Prepusa, hija de Eunio, muerta á la edad de 25 años.

Las dos marcadas en la lám. XXIV con los números 1 y 2, aunque no son más que fragmentos, contienen, la primera, después de las iniciales de *Diis manibus sacrum*, el nombre de *Panthe* en nominativo femenino griego; si bien podría ser abreviación de πανθέλγης (encantadora, llena de todo atractivo). Queda al fin de la línea espacio para dos letras, de las cuales, la primera debía ser M, á juzgar por los trazos que en el corte asoman. ¿Dirían M(arci) L(iberta)? Viene luego la palabra *annorum* abreviada, faltando los guarismos de los años. También lleva la inscripción las conocidas iniciales H*ic* S*ita* E*st* S*it* T*ibi*, faltando las de T*erra* L*evis*.

La del núm. 2 tiene la invocación á los dioses manes, con todas sus letras; y para marcar la duplicidad de la *i* en *Diis,* prolongada la I hacia arriba, según se acostumbraba ya en la época á que la lápida corresponde. Después sólo contiene el nombre de *Sulpicia Nevia*, á quien estaba dedicada.

La de *Urbanio Val*(ente?) sólo lleva el primer nombre, ó el nombre propiamente dicho, y el principio del cognomen; y la de *Pilades* las iniciales de la frase *Sit tibi terra levis.*

La más notable de todas estas inscripciones es la dedicada por *M. Julio Grato* á las *Madres Aveanias*. Si por el lenguaje griego hubiésemos de explicar esta denominación, no faltaría quien entendiese que se alude á divinidades de *Abea*, ciudad de Mesenia, indicando la partícula *nia*, propia del griego, que eran originarias ó adoradas en aquella ciudad. *Aveania*, nominativo del determinativo en dativo del plural, *aveniabus*, que se halla en la inscripción, es palabra puramente griega. La permutación de la *b* por la *v* es muy común, sobre todo en las inscripciones donde hay palabras procedentes del griego, en que la *beta* griega se traducía por la *V*. La *V* latina y española está representada por la *beta* griega. Sin embargo, ya dilucidó esta cuestión, con valiosos datos el docto P. Fita, y á su opinión me adhiero.

En su notable obra, intitulada *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas* (Madrid, 1878. Imprenta de F. Maroto é hijos), se ocupó de esta inscripción, que también se había publicado en la *Ephemeris epigraphica*, vol. II, pág. 235, escribiendo acerca de ella lo que sigue:

MATRIBVS·AV
EANIABVS M
IVL GRATVS

Matribus Aveaniabus M(arcus) Jul(ius) Gratus.

Esta pequeña ara, que posee D. Francisco Mateos Gago [1], y delineó perfectamente el Sr. Berlanga, ninguna duda ofrece sobre su lectura é interpretación manifiesta. La *e* de *Aveaniabus* no me parece error ó equivocación del grabador de la piedra, sino tipo de la pronunciación céltica, con que sonaba la raíz en Carmona. Otros tres tipos de este dativo presenta Orelli (2.106, 2.079, 5.930):

En Lion. . . . . . . AVFANIS MATRONIS,
En Noyon. . . . . . MATRONIS AVFANIABVS,
En Colonia. . . . . MATRONIS AVFANIB.

La F dura, propia de la raza germánica y latina, no entraba tan bien en los oídos de nuestros carmonenses, que se gozaban en multiplicar las vocales seguidas, como lo hacían los *Turduli veteres*. La terminación *ibh* del dativo de plural, aún hoy día tiene lugar en Escocia é Irlanda.

El bretón llama á la *fuente viva*, ó manantial, *mammem* (una madre). Conjeturo que el significado primitivo de *aien* fué *un padre*. Así, todo se traba en el celticismo. Los restos esparcidos en diferentes monumentos y regiones, si se juntan y se comparan, dan pronto luz á los más tenebrosos problemas» [2].

El mismo P. Fita, en sus *Estudios históricos* (Madrid, 1884: tomo I, páginas 3 y 4), escribe también:

[1] Hoy está, según indicamos, en el Museo Carmonense.

[2] En esta obra, páginas 12 y 13, dice además el sabio jesuita:

«*Obana* (fuente).—*Valle de San Millán.*

SEGONTIVS
OBIONESALM

Segontius Obione s(olvit) a(nimo) l(ibens) m(erito).

A Obiona cumplió Segoncio gustosa y merecidamente su voto.

La piedra no está rota debajo de la línea segunda, antes bien presen-

Apon (fuente).—En Brozas de Extremadura, patria del *Brocense*, y notable por sus antiquísimas termas de San Gregorio (Hübner, 740)

BANDIAE
APOLO
SEGOLO
LVPVS TA
NCINI
F·A·L·V·S

Bandiae Apo losegolu Lupus Tancini f(ilius) a(nimo) l(ibens) v(otum) s(olvit).

A la diosa fuente termal consagró de buen grado este exvoto Lope, hijo de Tancino.

Para interpretar con toda certidumbre *apo losegolu*, basta considerar que en *welsh* (céltico-címrico del país de Gales), *Losgawl* significa termal, así como AFON, de género también femenino, denota manantial, fuente, arroyo, río, ó toda especie de agua que fluye, como el latín *flumen*..... Al welsh AFON corresponden el gael (céltico de Irlanda y Escocia); *abhann*, *amhann*, *amhuin*, sanscrito *apnas*, latín *amnis*, bretón *aien*. Los autores latinos nos han transmitido otras tres formas célticas de este mismo nombre, es á saber: *on*, *aon*, *apon*.

1) Ausonio, *De praeclaris urbibus*, XIV, 32.

«Div-ona, Celtarum lingua *fons addite Divis.*»

Divona (fuente divina) explica el nombre de una estación española, *Dipone* (cerca de Elvas, entre Badajoz y Évora), en el itinerario de Antonino.

2) Ovidio, *Fast.* III, 456.

«Quum levis *Aonias* [a], ungula fodit aquas.»

3) Marcial, *Epigr.* VI, 42.

«Nec fontes *Áponi* [b], rudes puellis.»

En la inscripción de Brozas, APO es ciertamente un dativo singular femenino. Su nominativo celto-hispano todavía no consta por ninguna otra inscripción, pero debemos pensar que fuese *apo* ó *apa*. En esta última forma se acerca mejor que *apon* á la sanscrita *apagá* ó *ápagá* (agua corriente, raudal), de *ap* (agua) y *gá* (ir). Existe, además de *apagá* ó *ápayá*, la forma sanscrita *ápayá* (río, corriente), que da razón de la vascongada *ibay-á* (el río).

(a) Fuente Castalia, abierta por la uña del Pegaso.
(b) Hoy Ábano, cerca de Padua.

ta una cara lisa que nunca se escribió. Huelga, por tanto, la conjetura que hice sobre el destino sepulcral del epígrafe. El nombre de la diosa, ligeramente modificado, vuelve á comparecer en otra inscripción votiva [1] que se halló en la ribera del Ebro, dentro del término de la antigua *Colonia victrix Julia Celsa*, hoy Velilla:

PRo · SALv
TE·ET·REDTv
ABVRI · *cres*
C*e*NTIS · LV
LORVS · OBA
NAE·V·S·L·M

Como *Elanus* á *Elonus*, así *Obana (Obiana)?* es á *Obiona.*»

Hasta aquí el P. Fita.

Es observación digna de tenerse en cuenta, la de que la inscripción de Postumio, según ya indicamos, parece revelar procedencias mesenias, lo cual despierta el recuerdo de las emigraciones de habitantes del Peloponeso, á consecuencia de las guerras mesenias, á las costas del Mediterráneo, y entre ellas á las de España.

III.

Continuando el estudio de los objetos encontrados en aquella Necrópolis, hallamos los espejos metálicos, diferentes en formas, pues los hay circulares y rectangulares, los primeros con mango, y los segundos sin él. De los circulares los hay también dentados (véase la lám. XIX, números 1 y 4), y otros con un adorno alrededor de la circunferencia, formado con pequeños agujeros (números 2 y 8). Alguno, también circular, como el núm. 5, no tiene adorno de ninguna especie, ni tampoco los rectangulares (números 3, 6 y 7), los cuales, probablemente, estarían contenidos dentro de un marco de madera con un mango, que la cremación ó el tiempo han destruído.

1 Hübner, *Ephemeris epigraphica* (Berlín, 1872), tomo I, pág. 47.

Los espejos metálicos se hacían de una aleación de cobre y de estaño, según testimonio de Plinio [1], y bruñidos con gran cuidado, reproducían los objetos casi con tanta exactitud como los modernos de cristal. Después se hicieron también de plata [2]. Se conservaba el pulimento, con menudísimo polvo de piedra pómez, que se extendía con una esponja, secando después cuidadosamente la superficie. En Pompeya se hallaron espejos circulares y dentados, exactamente iguales á los descubiertos en Carmona, y una pintura que demuestra el uso que se hacía de este objeto de tocador, en la que se ve representada una mujer medio desnuda, levantándose el pelo con la mano izquierda, y mirándose en un espejo circular que sostiene con la derecha. Esta clase de espejos fueron muy usados por los griegos y por los etruscos, desde la más remota antigüedad, como lo demuestran las inscripciones en caracteres griegos arcáicos, y etruscos que en ellos se encuentran; y con frecuencia se adornaba la cara opuesta á la bruñida con escenas, tomadas de la Mitología ó de los poemas heróicas, grabadas al trazo, según puede verse en la notabilísima colección que de ellos posee nuestro Museo Arqueológico Nacional, etruscos unos y los otros griegos, y casi todos con inscripciones ó figuras que revelan su origen.

Los espejos etruscos son hoy mirados con gran interés por cuantos se dedican al estudio de aquel antiguo pueblo, entre los que no podemos menos de citar á Müller, Micali, Niebuhr, Lepsius, Mommsem, el barón Gerhaud, Witte, Noël des Vergers y otros sabios extranjeros, que van descubriendo á través de los monumentos, de los escasos datos que la erudición ofrece y de las breves inscripciones que del mismo pueblo se conservan, cuál fué su vida propia, así en sus manifestaciones artísticas, como religiosas y políticas; siendo los espejos etruscos, objetos de mobiliario que á primera vista parecían de escasa importancia, de los que más nociones y más enseñanzas han ofrecido, gracias á los asuntos y á las cortas inscripciones con que el arte del grabado enriqueció aquellos utensilios inventados por el amor propio, que en todo tiempo, y desde las épocas más primitivas de la Historia distinguió al hombre, y que,

1 Plin., H. N. XXXIII, 45.

2 Id. *l. c.*; Plaut, *Most.* I, 3, 111.

lejos de ser reprensible debilidad, es manifestación elocuente del sentimiento estético que lo enaltece.

Por estos antecedentes, cuando supimos que se habían encontrado en las cámaras sepulcrales carmonenses espejos metálicos, deseamos vivamente verlos, por si conservaban grabados ó inscripciones; pero desgraciadamente son lisos, y no pertenecen á la remota época, propia de los que van adornados con unos y otras, sino al período romano en que se conservaba la tradición etrusco-helénica de tales objetos de tocador, pero siendo ya raros en ellos los lemas y los dibujos. Los descubiertos en Carmona ofrecen, sin embargo, grande interés, puesto que siendo iguales varios de ellos á los encontrados en Pompeya, son un dato más para precisar la época á que aquellos conditorios se refieren.

Otros objetos metálicos, como clavos, depilatorios, etc., también allí encontrados, tienen sólo la importancia relativa de la noción que ofrecen para el estudio del mobiliario y del indumento romano, y para corroborar la narración que dejamos hecha en el cap. II, acerca de la costumbre de arrojar en la pira, ó de conservar en los sepulcros, los objetos propios del difunto, ó recuerdos de afecto de los que lloraban, ó aparentaban llorar su muerte.

Abundante ha sido la cosecha de objetos de barro recogida por los inventores, en la Necrópolis carmonense. No nos detendremos en el estudio de las comunes urnas cinerarias, cilíndricas unas veces, en forma de *ollas* otras, para concretarnos á dos especiales clases de vasos, que pueden ver reproducidos exactamente nuestros lectores en las láminas XXI y XXII. Son los primeros de color rojo, con adornos varios y originales, los unos á manera de escamas, ó mejor arquitos resaltados (lámina XXI, núm. 2), los otros con una especie de penca de piña (números 1 y 3), otros estriados (núm. 4), y alguno con una faja formada por puntos globulosos y resaltes diagonales (núm. 5). Todos estos vasos, en mi juicio, son de los que servían en los banquetes fúnebres, y otros de los que se dejaban en las cámaras funerarias, bien por haber pertenecido á los difuntos, cuyos restos allí se conservaban, bien como recuerdo de cariño. Sus formas están claramente revelando las influencias griegas, así la *diota* del núm. 2, como la *ampulla* del 1, los *scifos* del 3

y 4, y la especie de *cylix* ó *calix* [1] del 5. Todos estos barros, en nuestro juicio, son de procedencia saguntina.

Bien conocidas aquellas fábricas en la antigüedad, Plinio las reputa como las primeras de España y las terceras de Europa, alabando sus cálices ó copas para beber. Marcial hace especial mérito de una vajilla de barro saguntino; y el reputado ceramista moderno, Mr. Birch, cita á Sagunto como uno de los lugares de fabricación romana donde se hacían los célebres vasos Sámnicos, siendo la única ciudad de la Europa de Occidente, que haya dejado obras de semejante fabricación.

Sabido es también que la tierra que para ello empleaban, y que se encuentra todavía en aquella localidad, era cenicienta, roja, amarilla con puntos rojos y blanquecina, siendo la más usada para vasos, como los que examinamos, la roja. Numerosísimas son las marcas de fábrica saguntinas que se hallan en sus vasos y en los fragmentos de los mismos, así como la diversidad de sus ornatos; siendo tan variadas las primeras, que probablemente formarán el objeto de una obra especial, en la que viene trabajando hace tiempo uno de nuestros más queridos amigos [2].

Entre los detalles notables de dichas marcas se encuentra el de hallarse á veces nombres y letras griegas, y aun caracteres celtibéricos, todo lo cual no puede causar extrañeza á los que conozcan la procedencia grie-

1 «*Calix*, en griego Κυλιξ. Nombre de un vaso para beber, de forma circular, más ó me»nos profundo, siempre muy abierto y provisto de dos asas cortas y de un pie: es el vaso »que se designa comunmente con el nombre de copa en las colecciones. Con frecuencia se »ven en las pinturas de los vasos griegos convidados que tienen estas copas, ya por el pie ó »ya por las asas. Estas servían también para colgar la copa cuando estaba vacía. La al»tura del pie, la profundidad de la copa, con relación á su anchura, podían variar mucho »sin que el nombre dejara de convenirle, porque la acepción de este nombre es tan lata »como la de copa. Al tipo general se puede añadir otro que á primera vista se separa de »aquél (del primitivo de pie alto y recipiente más profundo). El pie es achatado, reempla»zado por una ó muchas molduras, formando una base, que á veces desaparece del todo, »de suerte que el *Kylix* se parece enteramente á los vasos que llevan diferentes nombres, » á la *Phiale*, por ejemplo, si ésta tuviera asas.» Daremberg y Saglio, Diccionario citado.

2 El Sr. D. Adolfo Herrera, oficial del cuerpo administrativo de la Armada, y autor de la notable obra *Medallas de juras y proclamaciones de los Reyes de España*, que tan favorable juicio ha merecido á la Academia de la Historia, y á reputados numismáticos españoles y extranjeros.

ga de los zacintos saguntinos, y su fusión con los hijos del país, que se refleja en las monedas de aquella gloriosa ciudad.

Los vasos saguntinos de la Necrópolis carmonense no llevan marca, lo cual no debe causar extrañeza, pues aun cuando por punto general la tienen aquellos productos cerámicos, existen muchos en que no se halla. El Museo Arqueológico Nacional, que posee abundante colección de tales barros, tiene gran número de ellos sin marca alguna.

La presencia de estos vasos en las cámaras sepulcrales de Carmona, demuestra las relaciones mercantiles que de aquellos productos industriales debían existir entre Sagunto y Carmo, como las tenía la primera con toda España, pues no hay paraje en donde se encuentren antigüedades de la época romana ó anteriores, en que no aparezcan en grande abundancia fragmentos, más ó menos grandes, de barros saguntinos.

También, y entre los objetos de cerámica encontrados en las cámaras sepulcrales que venimos estudiando, se hallan los notables vasos de barro blanquizo amarillento, con fajas rojas, que copiamos en la lám. XXII. Su presencia en aquellos conditorios nos hace creer, que así como los rojos debieron servir principalmente en los banquetes funerarios, éstos eran los destinados á conservar los licores para las libaciones.

Tienen de notable tales vasos, además de su elegante forma, en que también se ve la influencia griega, las fajas rojas que los rodean, y que les dan cierta semejanza con los descubiertos en Chipre por Cesnola, de los cuales tuve la fortuna de traer desde aquella Isla, importante colección para nuestro Museo Arqueológico Nacional. No es indispensable, sin embargo, que los de Carmona tengan aquella procedencia, pues en las mismas fábricas españolas de Sagunto pudieron hacerse, siendo una de las tierras con que labraban los vasos más ordinarios blanquecina amarillenta, como es la de estos vasos, y la otra, la roja, con que están teñidas las fajas ó zonas. De cualquier modo, estos vasos tienen mucha originalidad, y son del mayor interés para la historia del arte cerámico en nuestra patria.

Riquísima es la colección de vasos de vidrio, hallados también en aquella Necrópolis, cuyas artísticas y elegantes formas pueden verse

reunidas en la lám. XX; objetos cuyo catálogo vamos á presentar, con arreglo á los números que llevan en la misma lámina.

Número 1. — Guttus.
— 2. — Ungüentarios ó fiales para pomadas y perfumes (Tumba de Postumio).
— 3. —
— 4. —
— 5. — Ungüentarios.
— 6. —
— 7. —
— 8. — Poculum ó copa de color verde, con gladiadores en relieve.
— 9. —
— 10. — Ungüentarios.
11 y 12. — Ampulla aplastada, con dos asas, ó diota, vista de frente y de lado (Tumba de Postumio).
— 13. — Diota, con las dos asas azules y el cuerpo blanco.
— 14. — Ungüentario de vidrio blanco, opaco, con dos rostros en relieve representando á ¿Medusa?
— 15. — Asa de una urna.
— 16. —
— 17. — Ungüentarios.
— 18. — Ampulla.
— 19. — Diota.
— 20. — Ungüentario.
— 21. — Poculum con labores en relieve.
— 22. — Ampulla de vidrio muy grueso.
— 23. — Capis.
— 24. — Diota.
— 25. — Urna cineraria con tapadera.
— 26. — Ungüentario.
— 27. —
— 28. — Ungüentarios muy pequeños, ¿de niños?
— 29. — Ungüentario.

NÚMERO 30.— Diota.

— 31.— Vaso con dibujo de escamas.

Todos los vasos que llamamos *ungüentarios*, son los conocidos generalmente con el impropio nombre de *lacrimatorios*, generalizado desde que La Chausse les dió este nombre, suponiendo servían para recoger las lágrimas de las plañideras [1], que los romanos llamaron *Prœficœ* [2]. La aseveración de La Chausse no tiene apoyo en dato alguno, ni erudito ni arqueológico, y hoy está victoriosamente rechazada por los descubrimientos de Mr. Mongez. Cierto bajo-relieve de Clermont Ferrant, que parecía justificar aquel gratuito relato, se ha descubierto también que era falso. Por eso tales vasos no pueden ser considerados más que como *fiales* para ungüentos, aceites, perfumes, etc., de los que servían en las ceremonias de la cremación, y después para mezclarlos con las cenizas en las urnas. De estos ungüentarios, ó vasos ungüentarios, para pomadas y perfumes nos habla Plinio [3], y eran de muy variadas formas, como puede verse en todos los Museos donde se conservan, y en la misma lám. XX, que acompaña á esta monografía.

El *guttus*, de elegante forma griega, núm. 1, debió tener análogo destino, y lo mismo los demás vasos de que no hacemos mención especial. El cinerario de la *urna* núm. 25 es bien conocido; y las *diotas* números 12, 13, ¿15? 19, 24 y 30, el *capis* núm. 23, y los *poculos* núms. 8, 21 y 31, debieron servir en los convites funerarios, dejándolos en las cámaras sepulcrales como recuerdo de cariño. Muchos de los *ungüenta-*

1 Romanum Museum. Tomo II, p. 79. *Antiquitus mos erat mulieres pretio conducere in funeribus mortuum ubertim deflentes lachrymasque reponentes in vasculis, sive phialis vitreis, quœ deinde cum ossibus, cineribusque adhuc calentibus, nec non odoribus simul in urna claudebantur; unde hœc dicendi formula in antiquis lapidibus sœpe inculpata, cum lacrymis posuere..... Ex quibus liquet repositas fuisse in istis phialis Prœficœ, aliarumque mulierum pretio deflentium lacrymas, mortuique cadaver sive ad rogum, sive ad sepulturam, cum uberrimo fletu comitantium. De illis Lucillius Satyr.*, 2.

..... Mercede quœ.
Conductœ flent alieno in funere Prœficiœ.

2 Lucil. y Varr., *ap.* Non. Plaut. *Trucul* II, 6, 14.

3 H. N. XXXVI, 12.

rios, para perfumes, se colocaban en las tumbas con el mismo objeto.

La abundancia de tales vasos tiene fácil explicación, si se recuerda el gran uso que hicieron los antiguos del vidrio, conocido entre todos los pueblos históricos, hasta el punto de asegurar algunos autores que los vidrios de diversos colores y los esmaltes se remontan á los primeros tiempos de la historia del hombre, habiendo encontrado este en los hornos primitivos de forjar metales, los dos elementos para hacer el vidrio, la arena del horno y las cenizas del hogar, que reunidas y combinadas por la acción de un fuego vivísimo, tomaron nueva forma y extendieron á los pies del fundidor una superficie diáfana. Así es, que habiendo conocido Tubalcain, según el testimonio del *Génesis*, el arte de forjar los metales [1], pudo conocer también el arte de la fabricación del vidrio.

El conocimiento del vidrio en aquellas remotas edades lo confirman también otros textos bíblicos, puesto que en el libro de Job, se dice que la sabiduría es más preciosa que el oro y el *zedukit*, palabra hebrea que San Jerónimo traduce por vidrio [2]; y Salomón, en los *Proverbios*, recomienda al sabio la moderación en la bebida, evitando el excitar su apetito contemplando el rubio color del vino á *través de la copa* [3].

Hasta mediados del pasado siglo discutíase acerca del conocimiento y de la aplicación del vidrio entre los antiguos; pero los descubrimientos de Herculano y Pompeya, los de la antigua Etruria, de Egipto, Asiria, Fenicia y Grecia, han derramado vivísima luz sobre esta parte de la Arqueología, hasta el punto de poderse hoy conocer y clasificar con separación en los gabinetes y Museos, los objetos de vidrio, procedentes de cada uno de aquellos antiguos pueblos.

Así en el Egipto, como en la Etiopía, estaba tan cultivada la fabricación del vidrio, que según Herodoto [4], Ctesías [5] y Diodoro de Sicilia [6], los habitantes de la Etiopía hacían féretros de vidrio; noción que modi-

1 *Gén.*, cap. IV, v. 22.
2 Job, cap. XXVIII, v. 17.
3 *Proverb.*, cap. XXIII, v. 31.
4 Herod., L, III.
5 Citado por Tucídides, L, III.
6 Diod. de Sicil, L, II.

fica Tucídides [1] manifestando, que lo que hacían era cubrir sus cadáveres con una capa vítrea.

La primera versión, sin embargo, se encuentra confirmada por Suetonio [2] y Strabón [3], cuando refieren que Augusto hizo le presentaran el cadáver de Alejandro, que estaba encerrado en un féretro de vidrio, con el que había sustituído, para fundir su metal, el de oro que antes tenía, Seleuco Eubiosactes.

Los egipcios elevaron la fabricación del vidrio á grande altura, como lo demuestran los vasos de vidrio descubiertos en Karnak y en Tebas. Mucho antes de que, en tiempo de Pompeyo, según el testimonio de Plinio [4], los célebres vasos *murrhinos* principiaran á conocerse en Roma, la ciudad de Tebas gozaba de gran celebridad por sus vidrios de colores que se exportaban á remotos paises.

Ayudaba á los egipcios en estos progresos la misma naturaleza, porque en las orillas del Nilo se encontraba, y se encuentra, la mejor soda del mundo, primera materia para la fabricación del vidrio, que en la Edad Media, y aun en la actualidad, van á buscar á Alejandría los venecianos, para sus célebres vidrios y cristales.

Los romanos sacaban del Egipto sus más ricos vasos, y el emperador Aureliano obligó á los fabricantes egipcios á darle cada año determinada cantidad de ellos [5]. Este mismo Príncipe envió al cónsul Serviano, su cuñado, varios de aquellos vasos, todos de variados colores, que le había regalado un sacerdote de un templo egipcio, encargándole no se sirviera de ellos más que en los grandes festines y solemnidades [6].

Los antiguos imperios de Nínive y Babilonia no fueron menos hábiles en la fabricación del vidrio, como lo demuestran los hallazgos hechos

1 Thucid. Hist., L, III.

2 Suet, L, VII.

3 Strab., *Geog.*, L, XVI.

4 Plinio, dice, que la introducción de los vasos *murrhinos* en Roma, data de los triunfos de Pompeya en Asia, L. XXXVII. Estos vasos, de procedencia asiática, según el mismo autor, estaban formados de una pasta vitrea, análoga al ópalo, y matizada de diversos colores.

5 Vopiscus, *in Aurel.*, cap. XLVI.

6 Id.

desde 1811, en Oriente, por Mr. Rich, continuando los trabajos de Chardín, Niebuhr y otros exploradores, los del consul en Mossul, Mr. Botta, y los de Mr. Layard. «Los Ninivitas, escribe este último, conocieron también la fabricación del vidrio. En Nemrud y en Kuyundjek encontramos botellas pequeñas y elegantes vasos de esta materia, y algunos llevaban el nombre del Rey de Khorsabad; y bien puede atribuirse á muchos de tales utensilios antigüedad más remota que la época de aquel monarca [1].» Mr. Place, el digno sucesor de M. Botta, dice que en una cámara se encontraron una pequeña botella de forma muy elegante, de vidrio blanco, cubierta interiormente con una ligera capa de reflejos plateados y adornada con dos asas de vidrio rojo, y otra pequeña copa del mismo vidrio, adornada con una serie circular de menudos dibujos rojos y azules.

Estos descubrimientos, y otros de la misma clase, demuestran la exactitud de ciertos relatos de antiguos autores, relativos al conocimiento del vidrio por los antiguos persas, pues en un pasaje de Aristófenes, cuenta un embajador, que había sido enviado á Ecbatana, en el arcontado de Euthiemes, el año segundo de la 85.ª olimpiada, que le había dado el Rey á beber vino puro y generoso, en copas de oro y de vidrio [2].

Entre los fenicios, el vidrio constituyó uno de los primeros artículos de su industria y de su comercio. Sus vidrios eran de gran belleza, y conservaron su reputación hasta la época de los Emperadores romanos [3]. Nosotros hemos tenido la fortuna de traer de Chipre al Museo Arqueológico Nacional notabilísimos ejemplares de vidrios fenicios.

Los sidonios, según Plinio [4], fueron los primeros en trabajar el vidrio soplado, en tornearle y en grabar en su superficie toda clase de figuras en plano y en relieve, imitando con rara perfección los jaspes, y haciendo placas, que los romanos empleaban para adornar los muros de sus habitaciones.

En todos los descubrimientos hechos en Etruria, numerosos vasos y

1 *Nineveth and its remains*, by *Aust Layard*, tomo II.

2 Aristof. *Acharn*, v. 94.

3 Tácito, L. V., c. 7. Plinio, L. V., c. 19, y Josefo, L. II de *Bello judaico*.

4 Plinio, L. XXXVI, c. 25.

fragmentos de vidrio sacados de las cámaras sepulcrales, y de otras excavaciones de Plalera, Veies, Cæré, Tarquinia, Vulci, etc., y en la citada Necrópolis de Marzabotto, han demostrado que aquel antiguo pueblo, influído por las civilizaciones de Egipto, Asia y Grecia, cultivó también en grande escala la fabricación del vidrio, conservándose numerosos objetos de esta materia en los Museos italianos, tanto públicos como privados, en los que se puede estudiar la influencia de dichos pueblos, sobre el arte primitivo etrusco.

Los griegos, el pueblo artista de la antigüedad por excelencia, no podía dejar de conocer el vidrio é imprimir á sus obras el sello de su genio privilegiado. Ateneo [1], que declara haber escrito su *Banquete de los sabios*, teniendo á la vista antiguos manuscritos, dice que en las mesas se veían gran número de vasos de vidrio blanco y de colores, entre otros, los llamados *bocalis* y los *lesbios*, de color de púrpura, y otros ceñidos por una red de plata, añadiendo, que los rodios, hasta los fabricaban con materias aromáticas, que daban á los vasos especial perfume.

Célebres son, entre los anticuarios, las fábricas griegas de Corinto, de Sicione y de Egina, y los vasos de tales procedencias, que por sus formas reciben los nombres de *cráteres*, *lecytos*, *pterotos* y *oxybaphons*.

Los romanos, que absorben y se asimilan todas las civilizaciones del antiguo mundo, no podían dejar de cultivar el arte de la vidriería en grande escala, como lo prueba que en Roma tenían los vidrieros barrios especiales [2], y que ya en la época de Sila, su fabricación era tan importante, que pudo dar placas de vidrio para la decoración completa del primer piso del teatro de Marcus Scaurus, monumento de que Plinio nos ha conservado detalles que parecen fabulosos [3].

Los romanos conocieron todas las diferentes maneras de trabajar las pastas de vidrio y de esmalte, imitando admirablemente las piedras y las perlas, como nos lo testifican Petronio y Trebellio Polion [4]. Artístico testi-

1 Los *deipnosophistas*, ó *banquete de los sabios*, trad. de Mr. Villebrune. París, 1789.
2 Martial, LXII, epig. 75.
3 Plinio, L. XXXVI, c. 24.
4 Petronio, C. 7. Trebell. Poll., *in Gall.*

monio nos dan de los adelantos de los romanos en la fabricación del vidrio, las ruinas de Pompeya y Herculano, las tumbas paganas y las catacumbas de los cristianos, habiéndose encontrado en todos estos parajes fabulosa cantidad de vasos de diversas clases, colores y combinaciones, que forman hoy ricas preciadas series en todos los Museos de Europa.

Y no sólo daban exquisita finura á las capas vítreas de sus vasos, sino que también sabían superponerlas, formando admirables jaspeados de vivos colores, moldearlos con figuras en relieve, y hasta formar dibujos sobre el vidrio con oro y plata. Célebre es el vaso de vidrio, conocido, aunque sin fundamento para ello, con el nombre de *Urna de Alejandro Severo,* que ha ilustrado el docto Winkelmann [1]; el encontrado en una tumba en Colonia en 1884, que se conserva en el Museo de Bonn [2], y que tiene una inscripción calada alrededor del vaso, y separada de su superficie; los moldes de piedras grabadas, hechas con pastas vítreas; los vasos *alassontes,* de deslumbradores cambiantes, y tantos otros de multitud de clases, que demuestran la riqueza de inventiva de los vidrieros romanos.

En España se cultivó también esta importante industria, según testimonio de Plinio [3], aunque no podemos precisar, como en los *barros saguntinos*, localidad determinada que alcanzara especial renombre por esta fabricación, sin embargo de lo cual hubo de ser importante, pues San Isidoro, que como es sabido vivió en los siglos VI y VII, en su obra nunca bastantemente enaltecida sobre los *Orígenes* y *Etimologías*, después de copiar el texto de Plinio, acerca del descubrimiento y los diversos medios empleados para adornar los vasos de vidrio, añade: «Otras veces se hacía vidrio puro y transparente en Italia, en las Galias y en España [4].»

A este propósito, véase lo que escribe con su acostumbrada erudición y buen criterio el docto catedrático de la facultad de Ciencias D. Manuel

1 Winkelm., L. I, c. II.

2 *Jahrbücher des vereins von alterthumsfreundem im Rheinlande.* Año 1844, pág. 320.

3 H. N. XXXVI, c. 66.

4 S. Isidor. Hisp. Episc., *Opera; Originum sive etymologiarum;* lib. XVI, c. XV.

Rico y Sinobas, tan competente en esta materia como en otras muchas de la historia de las artes industriales entre los antiguos [1]:

«La masa de vidrio, que suponen las necesidades de la vida y del lujo del pueblo romano, debió ser excesivamente grande. Muchas de aquellas es innegable que llegaron y pudieron llegar á la capital del mundo entonces conocido por Oriente, de fabricaciones orientales, y mucho también de las naciones de Occidente, ó sea de España, siendo en la actualidad rarísimos los vasos enteros que se conservan de la fabricación de aquellos apartados siglos. Sin embargo, tuvimos ocasión de examinar algunos, de poseer otros, y de compararlos en Museos extranjeros con vasijas de vidrio, al parecer de procedencia gaula é italiana de igual tiempo, resultando de nuestro estudio comparativo, por la transparencia que todavía conservan los vasos de época romana encontrados en España, por lo unido de su masa, por la igualdad con que actuó el tiempo descomponiéndola, por sus ligeras irisaciones, y por no resultar de la descomposición aquellas laminitas, como talcosas, que se desprenden al menor contacto y al más ligero soplo, de los vidrios gaulo é italiano, que el de España, en la época referida, debió ser el preferido, pagándose por él las sumas en dinero fabulosas, de que hablan las historias, por su belleza primitiva, porque sus vasos, indudablemente, resistieron los líquidos calientes sin romperse, y porque, á pesar del epigrama de Marcial, lib. IX, 60, en que decía del vidrio blanco extranjero, *et turbata levi questus crystallina nitro*, las sales ó fundentes de la arena silicosa de la Iberia se eflorecieron tan poco, que han sido necesarios dos mil años para matar ligeramente el brillo de la superficie libre de los vasos labrados en España en la época mencionada.»

Respecto á los lugares de fabricación, el mismo Sr. Rico y Sinobas cree debieron ser principalmente, por abundar en ellos las primeras materias necesarias para la fabricación del vidrio, los valles que de la costa de Cataluña van á concluir en el Pirineo; las cercanías de la desembocadura del Ebro, y el interior de los que después se llamaron reinos de Va-

[1] *Del vidrio y sus artífices en España.* Madrid: Rivadeneyra, 1873. Folleto en 4.º mayor, hoy muy raro. Se publicó también, como artículo, en el Almanaque del Museo de la Industria del mismo año.

lencia y Murcia, en lugares cercanos á los declives y pendientes que separan aquéllos del interior de España, por los valles de Ollería, Salinas, Busot y río Almanzora, cuyos *fornos del vidre* fueron muchos de ellos desapareciendo, aunque ocupando en su primitiva época una zona que se extendía desde el cabo de Creus hasta el de Gata.

El docto catedrático de la Universidad Central añade más adelante, que los antiguos vidrieros españoles debieron también tener hornos más pequeños que los destinados á la vasijería, para trabajos delicados, principalmente de aquellos vidrios pequeños que se destinaban á imitar las piedras preciosas de la joyería, ó bien el vidrio de los vasos huecos, cuyas paredes se asemejaban á las lumaquelas de tintas y colores diferentes, ó que habían de recibir cubiertas de oro y de plata en láminas de espesor notable, si se compara con lo que hoy se labra en estos géneros. En unos objetos, con el oro y la plata puestos á cierta profundidad bajo capas transparentes de esmalte, y en otras piezas, sobrepuestos aquellos preciados metales en las superficies libres de los mismos objetos de vidrio.

Dados todos estos antecedentes, no es extraño, pues, que tan abundante cosecha de ellos se haya encontrado en la Necrópolis carmonense, así lisos como con relieves, y de variados colores, de cuya variedad y belleza puede formarse exacto juicio, por la copia de los principales que damos en la citada lámina XX, y en los números 1, 2 y 3, de la lámina XXIII.

La taza ó patera del núm. 1, azul, blanca y rojiza, fué encontrada en una tumba cerca de la del *Banquete funerario*, un poco antes del paraje donde se alzaron las antiguas termas, hoy finca de Brenes. El fragmento ó base de un vaso violáceo con tres adornos en forma de cruz (número 2), y una cenefa formada con piedrecitas azules y rojizas incrustadas en el vidrio, ha sido encontrado en el *Campo de los Olivos*, lo mismo que todos los demás objetos, á excepción del núm. 1 que comprende esta lámina. El jaspeado de la patera rota, núm. 3, es notable por su fabricación.

Al ver las tres cruces blancas del fragmento núm. 2, no faltará quien lo considere cristiano, opinión que, sin ser aventurada, no puede acep-

tarse desde luego, pues la cruz figura en muchos objetos antiguos como mero adorno, de la misma manera que aun hoy, en pleno cristianismo, se emplea también como elemento ornamental, y el fragmento de vaso no presenta otras condiciones para clasificarle como cristiano; siendo circunstancia digna de tenerse en cuenta, la de haber parecido en medio de objetos y de monumentos, todos claramente de época pagana.

También, entre los objetos allí encontrados, es notable el collar de cuentas de cristal de roca, que en esta última lámina copiamos con el núm. 4. Esta cristalización natural, de que los antiguos hacían mucho uso, trabajándola y faceteándola como una piedra preciosa, era tenida en grande estima y alcanzaba altos precios, por lo que su presencia en las cámaras sepulcrales carmonenses acusa no escasa fortuna en las personas á quienes el collar correspondiera [1]. Fué encontrado con la figurita de ámbar, de que ya hemos hablado, en una tumba cerca de la de Postumio, y en la misma hallóse el adorno, ó acaso amuleto de ámbar en forma de piña, núm. 6, cuyo hallazgo en aquella Necrópolis, recuerda, entre otros, los amuletos de la misma materia, encontrados en las tumbas etruscas, ya citadas, de Marzabotto.

Tales son los principales objetos hallados en aquella Necrópolis, que concurren con el estudio de sus sepulturas y tumbas á la formación del juicio crítico sobre tan notables descubrimientos.

1 El cristal de roca continuó empleándose por los orfebres y lapidarios durante los siglos VI y VII, siguiendo las antiguas tradiciones, como lo demuestran, entre otros objetos en que se halla, las coronas visigodas de Guarrazar, y otras alhajas que se conservan en nuestros museos. Después de la Edad Media, alcanza grande importancia, pues en los principios de la Edad Moderna, se hacen de cristal de roca vasos y utensilios de gran valor y gusto artístico.

CAPÍTULO V.

ESTUDIO CRÍTICO DE ESTOS DESCUBRIMIENTOS.—RESUMEN Y DEDUCCIONES.

Comparación de las cámaras sepulcrales de Carmona con otras de Oriente y Occidente, descritas en el capítulo II.—Deducciones.—Relación entre los objetos encontrados en la Necrópolis carmonense y los de otros paises.—Carencia de armas y de utensilios guerreros en aquellas cámaras sepulcrales.—Clasificación arqueológica de estos monumentos funerarios.—Su época.—Pueblo á que pertenecieron.

Si recordamos al llegar á esta parte final de nuestro estudio la descripción sumarísima que hicimos de varios monumentos funerarios encontrados en diversas comarcas de Oriente y Occidente, y los comparamos con las cámaras sepulcrales de Carmona, veremos confirmado el juicio que á vista de estas tuvimos la honra de exponer, al inaugurarse el Museo carmonense. El estar abiertos en la roca los pozos que conducen á ellas, el cuidado de ocultar la entrada para evitar las profanaciones, demuestran de qué modo se conservaba hasta la época romana el recuerdo de aquellas tradiciones egipcias y asiáticas, y como no podían menos de conservarse en la antigua Carmo, cuya población aun en la época romana había de tener por base la de los sucesores de los antiguos turdetanos, los etruscos ó rasenios, los fenicios y los griegos, que informaban la cultura de aquella región. La etrusca, cuya directa influencia se revela según ya indicamos, al Este de España, no sólo en la tirrénica Tárraco, sino en las notabilísimas sepulturas y objetos descubiertos en ellas, de Cabrera de Mataró en 1881, cerca de Barcelona, tiene un nuevo comprobante de haberse extendido á las regiones de la Bética, además de las monedas que ya estudiamos, en las cámaras sepulcrales de la Necrópolis carmonense, porque de todas las sepulturas de Oriente y de Occi-

dente excavadas en la roca, con las que guardan aquellas mayor analogía, es con las cámaras sepulcrales de Vulci. «Allí el suelo, generalmente plano, no presenta señales exteriores de la existencia subterránea de las numerosas tumbas que forman su Necrópolis. La formación compacta de la piedra que constituye el subsuelo facilitó la apertura de aquellos hipogeos, cuya entrada, á tres ó cuatro pies de profundidad solamente, que es la altura de la capa de tierra vegetal, se cerraba con piedras, sobre las cuales se extendía la tierra, á fin de impedir toda comunicación con el exterior.» Esto decíamos en el capítulo II de la presente Memoria, hablando de las referidas cámaras de Vulci, y después de examinadas las de Carmona, no tenemos necesidad de repetir lo que nuestros lectores habrán ya comprendido: la completa identidad que se encuentra entre una y otra disposición de ambas Necrópolis. Nada de monumentos exteriores se halla en Carmona, y todo recuerda la Necrópolis de Vulci, sin señales aparentes de su existencia. La disposición interior guarda también en las cámaras carmonenses grandes analogías con las de aquella localidad y con otras etruscas, hasta el punto de haber alguna que aparece sostenida por cuatro pilares, como sucede con la que ya citamos en uno de los compartimientos de la tumba de la *Bóveda plana*, de Cœré. Hasta la excepción de tumbas con monumentos construídos exteriores que encontramos en la del *Mausoleo circular*, y la indicación de otro mausoleo en el campo de Manta, se halla también de acuerdo con lo que alguna vez sucede en la Necrópolis de Vulci, donde, según ya consignamos, algunas de sus incógnitas cámaras sepulcrales llevaban encima construcciones exteriores, como sucede, entre otras, en la conocida con el nombre de *Cucumella*.

Cierto es que en tumbas etruscas de otros parajes y otras regiones se encuentran monumentos aparentes tallados en la misma roca; pero ya dimos la razón de ello en el capítulo II, razón aplicable por completo también á la Necrópolis carmonense. Allí dijimos, que en las localidades rodeadas de rocas ó masas calcáreas y graníticas, los monumentos tenían decoración exterior arquitectónica, á que se prestaban los frentes de las rocas, mientras en los paises llanos, donde aquéllas no existían, los monumentos funerarios eran simplemente hipogeos. En Castell D'Asso, en

Norchia, en Sutri, en Toscanella, en Cœré, y en otros parajes análogos, la naturaleza del terreno volcánico y roquizo permitía hacer, no sólo excavaciones interiores, sino hasta separar grandes monolitos para dejar monumentos aislados á manera de las tumbas de Absalón y de Zacarías, en Jerusalén, mientras en paises menos accidentados, más bien llanos que montañosos, como en Tarquinia, en Volterra y aun en Cœré, son á la vez hipogeos y exteriores, y en los más llanos, como los de Vulci, completamente hipogeos. No hay más que mirar el terreno en que se abre la Necrópolis carmonense, para comprender la grande analogía que existe entre aquellos campos y los de Vulci; y si bien es cierto que en el flanco de la cantera grande pudieron haberse tallado fachadas arquitectónicas, debe tenerse en cuenta que entonces hubieran quedado tales fachadas ocultas, porque dichos flancos, como abiertos al profundizar para extraer la piedra, no están sobre la superficie del terreno, sino por bajo de éste. Así es que cuando en alguna ocasión desearon los antiguos carmonenses hacer sepulcros aparentes ó exteriores, los construyeron, como nos lo demuestran los dos mausoleos ya citados.

Hasta las célebres *Motillas* de Carmona, con su marcada tradición oriental, traen á la memoria las Necrópolis etruscas; puesto que en las cámaras sepulcrales de Cœré, de Volterra y de Tarquinia, se encuentran también estos mismos túmulos. En las cámaras de Carmona, como en casi todas las de Etruria, y aun en las de Oriente, encontramos el *podium*, ó banco alrededor; y tanto las carmonenses como las etruscas, y después las romanas, adornaron los paramentos de sus paredes con pinturas, como lo demuestran en las de Carmona los restos de ellas que en muchas se conservan, principalmente en las de la Paloma y el Banquete funerario.

Las influencias de los antiguos pueblos, que informan la civilización de Carmo en la época romana, á que todos los monumentos de su Necrópolis se refieren, es tan poderosa, que sin embargo de estar abiertas aquellas cámaras sepulcrales en época ya puramente romana, prevalece el sistema de excavarlas en lugar de construirlas, como hacían los romanos, y se ve en los ejemplos citados en el capítulo II; cámaras romanas que presentan algunos caracteres diversos de los que ofrecen las que

estudiamos, aun cuando en aquellos mismos sepulcros familiares y columbarios de Roma se vea también la tradición de los pueblos que sirvieron de base á la civilización de los hijos de Rómulo. Hasta en las urnas cinerarias se nota más bien la influencia etrusca que la romana, en las cámaras sepulcrales de Carmona. No hay más que comparar las que copiamos en la lám. XVII, y sobre todo la del núm. 2, con las etruscas, encontradas en cámaras sepulcrales de la antigua Etruria, donde además de sarcófagos para la conservación de los cadáveres, se hallaron urnas para guardar las cenizas, y se verá que son iguales, coincidiendo con estos hallazgos los de algunos otros puntos de España en que también se han encontrado urnas de la misma clase, como sucede en Almedinilla, de cuyo punto tenemos preciosos ejemplares en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

La influencia romana se halla también naturalmente en estas cámaras sepulcrales, como no podía menos de suceder, tratándose de unos monumentos abiertos ya en la época de la dominación del llamado Pueblo-Rey. Los sistemas de la cremación de los cadáveres en *ustrinum* y en *bustum;* la conservación de las cenizas en *urnas,* depositadas en nichos dentro de los sepulcros familiares ó en los columbarios; los restos de objetos quemados en la pira, conservados también en las mismas urnas, ó en el *podium,* principalmente vasos de perfumes ó ungüentarios, y otros objetos, ya artísticos ó ya industriales, que bien por haber pertenecido á los difuntos, bien como recuerdo de cariño allí se depositaron; los triclinios, con todos sus accesorios, en alguno de los cuales pudiera decirse no falta más que la presencia de los personajes para el cuadro del banquete funerario; las mismas pinturas, ya con simbolismos paganos, ya representando aquel fúnebre convite, casi de la misma manera que en otro antiguo monumento romano, que citamos anteriormente [1], todo esto demuestra, que al período de la dominación de los descendientes de Rómulo en Carmona, pertenecen aquellos sepulcros.

Pero la dominación romana alcanza en España largo espacio de tiempo, durante el cual, tanto imperan las doctrinas del paganismo como se

1 Capítulo II, pág. 77.

extiende la nueva religión del Crucificado, á pesar de las terribles persecuciones que sufren los fieles creyentes; ¿á cuál de estos dos períodos corresponde aquella Necrópolis? ó mejor dicho, aquellas cámaras sepulcrales ¿guardaban los restos de personas que dejaron de existir bajo las creencias paganas, ó de otras que ya habían abrazado el cristianismo? La contestación no es dudosa. Basta con fijarse en el sistema de cremación que revelan todos aquellos sepulcros, para comprender que no pudieron ser cristianos; pues sabido es que nunca, desde que aparece el cristianismo, se quemaron los cadáveres de los creyentes en la *Buena Nueva*, sino que siempre eran inhumados.

Cierto es que hay alguna rarísima excepción en la Necrópolis de Carmona, que revela haberse enterrado algún cadáver sin quemar, como lo demuestra una sepultura para cuerpo entero, y otra en que el cadáver se había inhumado, rodeada de urnas cinerarias. Lo primero acontece en la tumba del *Ustrinum*, pero ya, al estudiarla, consignamos que tal sepultura era un *subgrundarium*, para el cuerpo de un niño muerto en los primeros años de su vida, y que, por lo tanto, como se hacía en tales casos, no fué quemado. El cadáver, que no estaba en cámara sepulcral, sino en sepultura abierta en la roca, rodeado de urnas cinerarias, pudo ser muy bien de algún pagano que prescribiera se le enterrase, puesto que, como revelan los capítulos que hemos transcrito de la ley dada por Julio César á la Colonia Genetiva Julia, no excluía la cremación á la inhumación, empleándose ambos sistemas para la conservación de los restos mortales, como se empleaban en Roma según las leyes de las Doce Tablas.

También pudo ser el cadáver de algún suicida que, según ya vimos, no alcanzaba los honores de la hoguera entre los griegos, costumbre que tal vez se conservara en Carmo, por las marcadas influencias griegas que allí, como en todo el Oriente y Mediodía de España, se encuentran. Esto no excluye que aquel cadáver hubiera podido ser de algún cristiano, que fiel ya á su nueva creencia no hubiera querido ser quemado, por más que para sus parientes y deudos, cuyas cenizas le rodeaban en urnas, se hubiera seguido la antigua práctica de la cremación.

Y ahora que hablamos de cadáveres no incinerados, vamos también á decir algunas palabras acerca del cráneo que dijimos se había encontra-

do en el campo llamado *Cercado de Simón*, atravesado por dos clavos, y un trozo de hierro parecido á una media argolla, inmediato á él; argolla cuyo destino explicó, claramente, otra que tenía dentro los huesos de un brazo humano. En diferentes parajes de España, y aun del extranjero, se han encontrado igualmente cráneos atravesados por clavos. En unas ruinas, también romanas, de Bullas, en la provincia de Murcia, encontróse uno, de que el autor de esta Memoria dió cuenta hace años á la Academia de la Historia; el sabio P. Fita también puso en noticia de la misma otros hallazgos iguales; y en Atenas ha visto igualmente el que suscribe, cráneos perforados por clavos. La presencia de argollas para sujetar los brazos cerca del cráneo clavado, de Carmona, viene á esclarecer este punto, puesto que demuestra era un castigo que se hacía sufrir á personas condenadas á él, y sujetas con argollas. ¿Sería tal sistema de imponer la pena de muerte, aplicable lo mismo á paganos que á cristianos, ó acaso uno de los innumerables martirios que la crueldad de sus perseguidores inventaba contra los invencibles defensores de la fe verdadera? Faltan todavía datos para contestar á esta pregunta, y por eso nos contentamos con apuntar el hecho, y la duda que suscita, esperando que nuevos descubrimientos la aclaren por completo.

Hay una circunstancia especial en los descubrimientos de Carmona, sobre la cual ya hicimos alguna indicación en el capítulo I, y es la de no haberse encontrado en aquellas cámaras sepulcrales ningún arma ni resto de ellas, ofensivas ni defensivas; y esto, en nuestro juicio, consiste, como ya indicamos, en que Carmo debía ser ciudad más pacífica que guerrera; más dada á las benéficas y fructuosas tareas de la agricultura, la industria y las artes, que á las sangrientas y destructoras de los combates. Recordemos á este propósito aquel texto de Tito Livio, que ya citamos, donde escribe, que eran los turdetanos la gente menos varonil de España, lo cual en nada perjudica al buen nombre de aquellos antiguos carmonenses, pues revela que eran gente más culta que sus hermanos de otras regiones ibéricas. No estriba sólo la gloria de los pueblos en hazañas guerreras y en triunfos de los fuertes sobre los débiles, ó de los astutos sobre los confiados. Los laureles de Marte, tanto sirven para ceñir las sienes de triunfadores en los combates, como de los hijos de Apo-

lo y de Minerva. Escasísimos son también los restos de armas encontrados en Pompeya y Herculano, y no por eso dejan de demostrar elocuentemente sus admirables ruinas, el alto grado de esplendor y de cultura á que habían llegado aquellos dos pueblos en las encantadoras orillas del golfo Partenopeo.

Pero si la Necrópolis de Carmona demuestra que los antiguos hijos de esta ciudad más atendieron á engrandecerse por el cultivo de las artes de la paz que por la guerra, las pinturas descubiertas en aquellos hipogeos; los vasos, así de barro como de vidrio; los espejos metálicos; las piedras grabadas, y los objetos esculturales, revelan, no sólo su cultura, sino las relaciones que sostenían con todos los paises de España y de fuera de España; noción que también se justifica con las monedas allí encontradas, unas de Roma, y otras de diferentes colonias y municipios españoles, con los que hubieron de mantener activo comercio.

Después de cuanto llevamos dicho, la conclusión final acerca del período á que aquellas cámaras sepulcrales corresponden es indubitada, y la demuestran plenamente las escasas, pero interesantes monedas que allí se hallaron, y las pocas, pero no menos curiosas inscripciones, también en el mismo paraje descubiertas. Comprenden las primeras desde los últimos tiempos de la República romana (pues sabido es que los *ases*, de los que se ha encontrado uno solo del último período en la Necrópolis de Carmona, desaparecen por completo con sus tipos característicos en tiempo de Augusto), hasta Valentiniano; es decir, desde 30 á 40 años antes de Jesucristo, hasta 364 después del Nacimiento del Redentor, en que impera Valentiniano I, ó sea de los últimos años del postrer siglo antes de la Era cristiana, hasta el siglo IV de ésta, época á la cual atribuimos aquellos sepulcros, aun antes de conocer los hallazgos de las monedas, en el día en que tuvimos la fortuna de visitarlos.

Las inscripciones también nos revelan próximamente la misma época, puesto que tenemos algunas, como la de Postumio, de hermosos caracteres del siglo augusteo, y otras en que se ve claramente la decadencia paleográfica de los caracteres epigráficos romanos.

Y ahora que de inscripciones hablamos, no queremos dejar sin emitir una idea sugerida por la escasez de inscripciones en aquella Necrópolis.

Casi todas ellas, ó son de urnas cinerarias, ó están abiertas en pequeñas losas de mármol, que parecen hechas para colocarse delante de los nichos; todo lo cual revela que, más que al exterior, tales inscripciones quedaron dentro de las cámaras sepulcrales. ¿Respondería esto al constante deseo de aquellas gentes, claramente demostrado por el estudio de las cámaras de Carmona, de ocultar el paraje en que descansaban los restos de las personas queridas, idea predominante desde los antiguos imperios de Asia y Africa? Nótese, en apoyo de esta presunción, que tampoco se han encontrado inscripciones exteriores en los antiguos hipogeos citados de aquellos paises, ni en aquellas antiguas tumbas, lo cual produce grandes perplejidades y grandes discusiones entre eruditos y arqueólogos, cuando tratan de precisar á quiénes corresponden.

Las familias sabían ya dónde tenían su última morada, y no necesitaban pomposos epitafios, de que tanto abusó el pueblo romano, cuya costumbre en este punto no siguieron los antiguos carmonenses, apegados á sus antiguas tradiciones.

Los hijos de aquella ciudad turdetana conservaban respetuoso afecto á la memoria de sus orientales antepasados, entre los cuales, como hemos visto por los escasos epígrafes que se conservan, había no pocos de origen griego, cuya sangre se mezcló por alianzas matrimoniales con las de antiguas y renombradas familias romanas, tales como la de los Postumios, alguno de cuyos individuos alcanzó importantes triunfos en España [1]; los Sulpicios, que pretendían descender de los primeros pobladores de Lavinium, ciudad del Lacio, que se suponía fundada por Eneas; y los Naevios, protegidos de Augusto.

A otra clase de consideraciones, relativas al estado de conservación en que se han encontrado aquellos sepulcros, se presta su examen. El verlos rellenos de tierra, sin objeto alguno muchos de ellos, y en su ma-

1 Fué este el proconsul Lucius Postumius Albinus, que venció á los lusitanos y á los vacceos, triunfo á que alude una moneda de plata de la familia Postumia, moneda en cuyo anverso se ve una cabeza de mujer velada, con los cabellos en desorden y gran espresión de tristeza, leyéndose detrás HISPAN*ia*; y en el reverso, una figura togada de pie, levantando la mano derecha hacia un águila legionaria, y detrás el haz de los lictores con el hacha, aludiendo á la dignidad proconsular del personaje.

yor parte cerrados herméticamente; el encontrar otros sin urnas cinerarias, aunque con algunos restos de poco valor, así como el haber descubierto solo dos sin tierra y con los objetos colocados en orden, parece indicar que los dueños de aquellos hipogeos, al ver acercarse las invasiones de pueblos contrarios á su religión, y que ningún respeto guardarían á las cenizas de sus muertos, temerosos de la profanación de las tumbas, y deseando poner á cubierto los sagrados restos de sus familias, destruyeron mausoleos y borraron caminos, acumulando obstáculos, para no dejar ni vestigios de la Necrópolis de Carmo.

Con esta última conjetura terminamos nuestro trabajo y abandonamos aquel hermoso suelo de Andalucía, donde pudiéramos decir ha vivido nuestro espíritu, ya que no nuestro cuerpo, durante los largos días que en este tristísimo estío hemos consagrado al estudio de tan importantes monumentos; abandonamos aquella campiña, hoy tranquila y riente, pero bajo la cual se abren las últimas y fúnebres moradas, que alcanzaron en el seno de las rocas los descendientes de los antiguos turdetanos, confundidos, por la ley de la guerra, con los legionarios de César y de Pompeyo.

MADRID, 12 de Setiembre de 1885.

APÉNDICES

Apéndice I.

Dijimos en el capítulo III que uno de los pensamientos de los descubridores de la Necrópolis de Carmona fué el establecimiento de un Museo Arqueólogico en aquella ciudad, y en efecto, después de la visita á las cámaras sepulcrales, tuvo lugar su instalación en el Colegio de San Teodomiro, cediendo para este objeto uno de los salones de aquel extenso edificio los señores D. Antonio Cebreros y D. Francisco Cortés, amigos y comprofesores de los Sres. Fernández López y Bonsor [1]. A continuación transcribimos el acta que en aquellos momentos se extendió:

«En la ciudad de Carmona, á las nueve de la mañana del domingo veinticuatro de Mayo de mil ochocientos ochenta y cinco, previa invitación hecha por los Sres. D. Juan Fernández López y D. Jorge Edward Bonsor, se reunieron en el campo nombrado de las Canteras, y que desde este día se titulará *Necrópolis carmonense* (propiedad de los referidos Fernández y Bonsor), los señores que al margen se anotan; y rogados para que examinasen los trabajos de excavación, hechos en el mencionado campo, observaron que hay descubiertos sobre doscientos sepulcros, pertenecientes, al parecer, á la época romana, algunos de ellos con pinturas murales de indisputable importancia, y todos, ó su mayor parte, de verdadera estimación arqueológica.

»Unánimemente convinieron en que la empresa está llevada á término con inteligencia y acierto, y con una perseverancia extraordinaria y digna de los mayores elogios, siendo tan plausible la idea, que dejará alto ejemplo que imitar á cuantos estimen las glorias del país.

»Terminada la visita á las tumbas, se trasladaron los concurrentes al Museo formado con los restos descubiertos en las excavaciones, siendo de notar su conveniente y acertada instalación, la grande importancia arqueológica y artística de los objetos, ora como comprobantes del alto grado que la civilización romana alcanzó en esta comarca, ora como ve-

1 Este distinguido artista y anticuario, llevado de su amor al arte, ha ofrecido dar gratuitamente en dicho Colegio una clase de dibujo.

neradas memorias de la antigua *Carmo*, y como bellos modelos de civilización ofrecidos á la cultura industrial y artística de nuestra época.

»Después de tributar justos elogios á los señores invitantes, y de excitar su celo para que continúen el camino que con tanto acierto como buen resultado han emprendido, se acordó extender y firmar la presente acta para memoria y ejemplo de los venideros.»—Nicasio López (alcalde de Carmona).—Francisco José Orellana (diputado provincial).—Sebastián Gómez Muñiz (presidente de la reunión Arqueológica carmonense).—Manuel Méndez.—José María de Hoyos (alcalde de Sevilla).—José María Roby.—Emigdio Serrano Dávila.—Juan de Dios de la Rada y Delgado (delegado de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando).—Adolfo Herrera (correspondiente de la Historia).—Juan Sanjuán.—Diego Díaz.—Antonio María Ariza (correspondiente de la Historia y de San Fernando).—Claudio Boutelou (vicepresidente de la Comisión de Monumentos históricos y arqueológicos de la provincia de Sevilla).—Fernando Belmonte y Clemente (secretario de la misma).—Cayetano Aldana.—Juan García Hermosín.—Manuel Madrazo Escalera.—Adolfo Fernández Casanova (arquitecto).—José J. Gómez.—Ramón Pinzón.—Mariano Trigueros.—José Vega.—Antonio Pérez.—José Pérez Cassini.—Antonio Cebreros.—Francisco R. Cortés.—Macdongall.—E. Johnston (vicecónsul inglés en Sevilla).—Juan Fernández López.—G. Bonsor.

El espacioso salón del Museo presentaba apropiado aspecto, según puede verse por la siguiente y exacta descripción que hizo un periódico de la localidad: «En sus cuatro ángulos, y sobre soportes de madera, se ven grandes ánforas; una estantería que ocupa todo el lado derecho, perfectamente acristalada, tiene varias tablas completamente ocupadas con objetos romanos de cerámica, tales como *pateras*, lucernas y otras; muchos *lacrimatorios* de barro y vidrio, de innumerables formas; urnas cinerarias, algunas de ellas con inscripciones curiosas; huesos, restos de adornos y epígrafes; tres cabezas y otros mil objetos, notables por más de un concepto. El frente y parte de los lados está todo cubierto de fotografías, cuadros al óleo y acuarelas, que representan las principales sepulturas; en el centro del lado izquierdo, una losa sepulcral con inscripciones en hermosos caracteres, y sobre ella un gran plano de las excavaciones, á cuyos lados se han colocado dos cuadros, en que se observa un número considerable de pequeños objetos de bronce y hierro, encontrados en aquéllas: en el ángulo interior de la izquierda aparecen colocadas grandes tejas romanas, y en el opuesto, una cabeza sobre una rinconera; en el centro del salón una ¿piedra de sacrificios? notable por su valor, y sobre

la mesa, situada en el frente, un cuadro de madera que gira sobre su pie, en donde está incrustada una colección de monedas de Carmo.

»A la entrada de la sala hay colocados en marcos de madera varios mosáicos, que si mal no recordamos se elevan á veintidós, notables por su prolija labor y raro dibujo.

»El Museo que empieza bajo tales auspicios, y que cuenta hoy con más de 2.000 objetos, dada la incansable actividad de los Sres. Fernández y Bonsor, así como el entusiasmo y afición á estos estudios, que ha despertado en Carmona el éxito de las excavaciones, no dudamos llegará en breve á ser, por más de un concepto, notable y digno de que le visiten cuantos tengan conocimiento de la importancia histórica y técnica que revisten siempre los establecimientos de esta índole.»

He aquí la noticia de los objetos que comprende aquel Museo, tal como nos la ha remitido el Sr. Bonsor.

Mármol.

1. Cabeza de mujer joven, en la que puede estudiarse el tipo étnico de aquellas regiones, donde todavía se conserva. (Véase nuestra lámina XXV.)
2. Dos cabezas: una de hombre y otra de mujer, en peor estado de conservación.
3. Una urna con la inscripción siguiente:

OSSA PREPVSAE
EVNI · FILIAE
ANN XXV

4. Dos aras, con *guttus* y *patera* en relieve.
5. Cippo pequeño, con inscripción:

MATRIBVS - AV
EANIABVS M
IVL GRATVS.

6. Una inscripción que dice:

Q. POSTVMIVS
HYGINVS · ET·
POSTVMIA·CYPARE
VXOR

7. Un pie con sandalia.

Vidrio.

8. Doscientos lacrimatorios de treinta y tres formas diferentes.

9. Tazas de vidrio blanco ó azul, con una ó dos asas, de doce formas diferentes.

10. Dos grandes urnas de vidrio, con tapadera y caja de plomo, y dentro cenizas, un espejo y lacrimatorio.

11. Un collar de veinticinco cuentas de cristal de roca.

12. Una taza con gladiadores en relieve.

13. Pateras con dibujos, en colores diferentes, azul, verde, ocre y amarillo de Nápoles.

14. Tazas azules ó blancas, con una ó dos asas, de doce formas diferentes.

Cerámica, etc.

15. Tres tazas en forma de piña, de barro saguntino.

16. Ocho tazas del mismo barro, con dibujo de hojas, etc.

17. Quince lucernas con dibujos.

18. Cien vasos de libaciones, algunos pintados con líneas de color, blanco, rojo y verde.

19. Urnas cilíndricas.

20. Idem cuadrangulares, con inscripciones.

En una: VRBANIVAL.

En otra: PYLADES S. T. T. L.

21. Lacrimatorios de barro.

22. *Guttus* de barro.

23. Un mortero y su mano de mármol.

24. Pateras, ánforas, etc.

25. Un *bustum* de tejas.

26. Cariátide de piedra: un romano llorando (figura pequeña).

27. Un ¿ara? ó ¿capitel? de mármol, con los utensilios del sacrificio: relieve que se cree procede de Alcolea del Río.

Bronce.

28. Un clavo de puerta, de bronce, dorado.

29. Una bacante acostada.

30. Veinte y tres monedas diferentes de Carmo.

31. Espejos de metal.
32. Cadenas, depilatorios, clavos, cinturones, estilos, etc.
33. Ladrillos, pesas, cerraduras, anillos.

Impulsados por el ejemplo de los dos ilustres descubridores, se ha formado en Carmona una Sociedad Arqueológica, á cuyo frente figura el ilustrado sacerdote carmonense D. Sebastián Gómez Muñiz, y los señores Fernández López y Bonsor [1].

Como prueba del ilustrado celo que distingue á la naciente Sociedad, copiamos el relato de la primera expedición arqueológica que realizó en el último otoño, tal como la publicó el periódico *La Andalucía*, de Sevilla, en los números correspondientes al 5 y 6 del mes de Setiembre de 1885.

EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA.

CARMONA.

I.

«La Sociedad Arqueológica de Carmona, constituída en 24 de Mayo último, ha adoptado, entre otros, el importante acuerdo de verificar excursiones periódicas en los diferentes sitios de aquel término, que ofrezcan interés arqueológico ó histórico.

»Salta á la vista, para que nos esforcemos en demostrarla, la utilidad y conveniencia de tales excursiones; así lo ha comprendido la ilustrada Sociedad á que aludimos, cuando ha puesto en práctica su acuerdo; y nos atrevemos á afirmar que no serán infructíferos sus trabajos, sino que, antes al contrario, sus descubrimientos redundarán en beneficio de la ciencia y de la ilustración, tan poco atendida, por desgracia, en nuestro país.

»Acordada en junta, que se celebró el 20 de Agosto próximo pasado,

1 Las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando han premiado el mérito de los dos descubridores nombrándoles Académicos correspondientes, y proponiéndoles al Gobierno de S. M. para una recompensa honorífica. El digno Presidente de la Sociedad Arqueológica, ha sido también nombrado Académico correspondiente de la Historia, como justo tributo debido á su mérito, y á la constante protección que siempre ha dispensado á cuanto pueda contribuir al adelanto de la cultura patria.

Aquella naciente, pero no por eso menos importante Sociedad, ha tomado el ilustrado y caritativo acuerdo de establecer un módico precio de entrada para visitar el Museo, cuyo producto se invertirá en satisfacer matrículas, libros y derechos de exámen á niños pobres de Carmona, que justifiquen su aptitud para el estudio.



una exploración á la gran *Motilla*, llamada de Alcaudete, así como á las ruinas del castillo del mismo nombre, para regresar luego por la cadena de los Alcores, así lo efectuó el 22 del mismo mes; y al efecto de que sus resultados fuesen conocidos por la Sociedad, comisionó ésta á nuestro particular amigo el Sr. D. Jorge Bonsor, la redacción de una Memoria comprensiva de los mismos; Memoria que ha tenido la amabilidad de remitirnos, y de la cual, con objeto de que nuestros lectores tengan conocimiento de los datos altamente interesantes que la misma contiene, extractamos unos pasajes, y en otros cedemos la palabra al ilustrado miembro de la Sociedad de Arqueológos de Carmona.

»Los exploradores salieron de esta última el día 22 de Agosto á las doce de la noche. Formaban parte de la expedición los Sres. D. José Vega y Peláez, D. Aniceto de la Cuesta y D. Jorge Bonsor, miembros de la Sociedad Arqueológica; y Luis Reyes, uno de los trabajadores en las excavaciones de la Necrópolis, que en su calidad de herborista, tiene perfecto conocimiento de aquellos contornos, llevando consigo un macho y dos bestias cargadas de víveres y herramientas.

»D. Juan Fernández López, secretario de la Sociedad, que debía formar parte de la expedición, hubo de desistir de sus propósitos por llamarle á la Junta de Sanidad de la población sus atenciones.

EN ALCAUDETE.

»Próximamente á las dos de la mañana llegaron los exploradores á Alcaudete, después de haber salvado la distancia de ocho á diez kilómetros que media entre este punto y Carmona; y previo un breve descanso, á las cuatro de la mañana escalaban el túmulo, objeto de su investigación.

»Mientras los Sres. Vega y Bonsor tomaban las medidas del túmulo, el Sr. Cuesta exploraba los alrededores, encontrando en el suelo vestigios romanos.

»Este túmulo, dice el Sr. Bonsor en la Memoria á que aludimos, es el mayor de los alrededores, y llama la atención de los sabios por sus proporciones, su curiosa forma y situación: túmulo verdaderamente romano, pudiendo asegurarse que debía ocupar el centro de una Necrópolis de la misma procedencia, á juzgar por los datos siguientes: 1.° Por las numerosas tejas romanas (*tegulae et imbrices*), que servían para cubrir las cenizas de los difuntos después de la cremación, en una clase de sepultura llamada *Bustum*. 2.° Por los trozos de vasijas romanas y restos

de urnas, ánforas, vasos de libaciones, pateras, etc., que servían generalmente para las ceremonias funerarias. Lavando con cuidado algunos de estos pedazos, hemos descubierto que ofrecen aún trazos de pintura, lo mismo que los encontrados en la Necrópolis de Carmo. Son líneas de círculos concéntricos, de bermellón, morado, negro y pardo oscuro. Por ejemplo: una vasija recibía una mano de ocre al exterior, después se pintaba por encima con dos líneas de bermellón de un dedo de ancho, con el intervalo de blanco sobre el cuello, cuerpo y base de la vasija.

»Las pateras estaban pintadas interiormente con círculos semejantes, ó sólo con una mano de bermellón, de cuyo color parece que abusaban mucho los romanos, pues con él pintaban las estatuas de los dioses y los cuerpos de los triunfadores.

»Los barros particulares que servían para modelar las vasijas de estos alrededores, tomaban, después de la cocción, el color ocre, rojo ó negro. Las vasijas rojas, que después de la cocción no presentaban un color bastante vivo, recibían una mano de minio, fijado por medio de un barniz ú otra preparación desconocida, que ha desaparecido al cabo de tanto tiempo; por consiguiente, al lavar hoy los restos de estas pateras, que en aquel tiempo servían para las libaciones, el color desaparece en seguida.

»Otros pedazos están compuestos de dos barros, rojo por un lado y ocre por otro. Las vasijas negras, como su color indica, estaban consagradas á las divinidades infernales.

»La tercera prueba se nos presenta en un pedazo de mármol blanco, como parte derecha de una inscripción funeraria romana, donde se lee lo siguiente:

SSABI
LXXXV

»Las inscripciones de los alrededores de Carmona son generalmente cortas. La primera línea contiene el nombre del difunto y su parentesco; la segunda, donde creemos ver la terminación en las letras SSABI [1], indicaría su posición social ó el pueblo de su naturaleza. La tercera, su edad..... ¿85 años? Por fin, la última línea, las abreviaciones de cos-

1 En la citada obra del Sr. Delgado se publica una inscripción encontrada en Osuna, hoy en poder de D. Antonio Ariza, donde se lee, que Marco Valerio, *Sabino*, hijo de Marco, de la tribu *Sergia*, era Duumviro y Pontífice perpetuo de los colonos de la Colonia Genetiva Julia (C. C. G. I.) (*Colonorum Coloniae Genetivae Juliae*). Véase el capítulo de VRSO, en la referida obra, tomo II, p. 329.

tumbre, S. T. T. L., ú otras que todo arqueólogo conoce. Podemos añadir que el grueso del pedazo de que nos ocupamos es de $0^{m},06$, y parece estar en proporción con las cuatro líneas supuestas; pues comprendiendo la altura de las letras y los intervalos, podía darse á esta inscripción una altura de 30 centímetros. No seguiremos más en esta serie de suposiciones que nunca acabarían; basta, pues, saber que hallamos al pie del gran túmulo los restos de una inscripción funeraria.

»Como cuarta y última prueba,—continúa el Sr. Bonsor,—añadiré que se han descubierto en este sitio varias urnas cinerarias, lámparas, etc.

»Examina después el Sr. Bonsor el túmulo de Alcaudete, describiéndolo y consignando su opinión de que es artificial, y se extiende en consideraciones acerca de lo que podría ser la población cercana, á juzgar por los restos que en el sitio, objeto de la exploración, se han encontrado.

»El túmulo de Alcaudete tiene la forma de un gran cono truncado, teniendo por base una circunferencia de más de 300 metros; su plataforma es un óvalo, cuyos diámetros son respectivamente de 63 y 46 metros: su dirección longitudinal es de Este á Oeste; es artificial, construído con piedras y especialmente con una tierra arcillosa, por cuya causa conserva hoy, después de tantos siglos, una pendiente de 50 grados y una altura de 27 metros. Su base es la cúspide de una colina, en parte artificial, sembrada de sepulturas y que baja en pendiente suave una altura de 40 metros. La altura total de su plataforma sobre la planicie de la vega, sería, pues, de 67 metros.

»Los lados Este, Sudeste, Sur y Suroeste del túmulo miran á la vega; mientras que las partes opuestas, rodeadas de rocas, se hallan, según los sitios, á distancia de 30 á 50 metros de la base del túmulo.

»Estas rocas presentan señales de construcción; imitan una muralla, y precisamente en medio, se observa un paso cortado en la roca, que, por una suave pendiente, pone en comunicación con la parte alta de los Alcores, donde debía existir antiguamente la población romana, cuya Necrópolis estudiamos. Este paso tiene dos ó tres metros de ancho, unos 30 metros de largo, é indica, por su dirección, la parte entre Oeste y Noroeste del túmulo, donde se nota un pequeño camino que sube en espiral á la plataforma.

»Con ayuda de los planos y dibujos que acompañan á la Memoria, se puede formar cabal idea de la situación. Un romano, por ejemplo, entraba por este paso estrecho, entre dos rocas, y se dirigía al túmulo, donde subía por el camino espiral. Lo mismo que pudiéramos hacerlo hoy; con la diferencia de que nosotros íbamos movidos por la curiosidad. ¿De

dónde viene? nos preguntamos. ¿Había ó no una ciudad romana en estos alrededores? Y sobre este misterioso túmulo, ¿había ó no un monumento, un templo, un mausoleo?

»La historia nada nos dice, y para saber la verdad es preciso cavar; en materia arqueológica, cuando no hay nada escrito, es necesario hacerlo. Inútil discutir y perder el tiempo; únicamente cavando sale la luz. En cuanto á la población cercana, podría ser una de las centurias de Carmo y confirma la hipótesis, el que una de las tres vías romanas que atraviesan la Necrópolis de Carmo, lleva, al parecer, esta dirección.

Se han encontrado al pie de la colina, y en el fondo del arroyo algunas columnas de mármol, que fueron arrojadas, sin duda, de la plataforma del túmulo, donde sería preciso buscar las fundaciones de un monumento, que, después de todo, no puede estar muy profundo.

»Respecto á la causa que dió margen al descubrimiento, se expresa el Sr. Bonsor en los siguientes términos:

»Fuimos á hacer una visita á los molineros del valle, en busca de informes. Supimos que el túmulo y las tierras colindantes son propiedad de los herederos del almirante Armero. Un día, arando la plataforma, se descubrió una piedra y debajo una cueva, teniendo la forma de silo, que cubrieron en seguida. Aunque por lo general no se puede dar fe á los descubrimientos de la gente del campo, en este caso es diferente, porque en la plataforma se observa el vació que dejó la tierra que emplearon para llenarlo. Otro molinero nos dió tres monedas que había encontrado: una de Carmo (cabeza con delfín á la izquierda: en el reverso, *Carmo* entre dos espigas; bien conservada). Esta moneda tiene el núm. 16 en la obra del Sr. Delgado. Otra del emperador Honorio, y la tercera de Felipe I el *Hermoso*, marido de Doña Juana la *Loca*, encontradas en las ruinas del castillo de Alcaudete».

»Como se ve por estos interesantes pormenores, la expedición arqueológica llevada á cabo, ha sido fructuosa; y como quiera que el espacio de que podemos disponer no nos permite extendernos más, dejamos para el número inmediato el terminar la reseña de la misma, y hablar del regreso de los expedicionarios por la cadena de los Alcores, en la que han descubierto una caverna, al parecer, de bastante interés para arqueólogos y anticuarios.

II.

»Después de examinar detenidamente el túmulo de que se trata en el número anterior, los expedicionarios visitaron el castillo y la ermita de

San Juan Bautista, los cuales, á juicio de aquéllos, no ofrecen al arqueólogo detalle ni objeto alguno digno de estudio; y tras un breve descanso, conforme con el programa de la excursión, emprendieron á las dos de la tarde el regreso á Carmona, por la cadena de los Alcores.

»Al llegar á este punto, el Sr. Bonsor describe en su Memoria el aspecto que á la vista del curioso y del caminante ofrecen las enormes rocas que constituyen las estribaciones, de la manera siguiente:

EN LOS ALCORES.

»Esta cadena de rocas, que tenemos á la izquierda, parece un arrecife en el mar, ocupando nosotros la playa, mientras que á la derecha descúbrese en lontananza el Océano. Este es la gran llanura de la vega, donde no existe ni un solo árbol, ni una roca, ni un accidente del terreno; donde la vista se fija en un inmenso campo de trigo, que en esta época del año más parece un árido desierto. La costa derecha es nuestro refugio; aquí es donde empiezan los olivares, la vegetación y la sombra.

»De distancia en distancia se observan en estas murallas naturales hendiduras que llamamos bahías, siguiendo la comparación con el mar, por donde baja un arroyo y un camino, á través de una vegetación más fértil que en otra parte. Los labradores de estas cercanías llaman á estas bahías *puertos*.

»Cuéntanse de Alcaudete á Carmona cinco puertos de esta clase, muy notables todos por su forma pintoresca, y otros también por sus recuerdos históricos y antigüedades. El puerto de Alcaudete, el primero y quizás el más hermoso, está regado por un arroyo de agua clara que, cayendo á la llanura, mueve en su curso las ruedas de cuatro molinos, surte un abrevadero, y atraviesa una gran huerta poblada de naranjos, de donde sale para perderse en la vega, dejando tras sí una franja verde, que desaparece con su última gota. El gran túmulo de la izquierda hace el efecto de un faro.

»Saliendo de Alcaudete, entramos en los sitios más pintorescos y encantadores; llegamos ante un promontorio, un cabo, que se llama la *Cabeza del Puerto judío:* la roca está cortada perpendicularmente, de 15 á 20 metros de alto, y al pie enormes masas de roca, que parecen precipitarse hacia nosotros, disputan el sitio á la vegetación salvaje de la higuera, al acebuche, al chaparro, al lentisco, al algarrobo, etc.; es una verdadera lucha entre el árbol y la piedra. El árbol se tuerce y toma expresión humana; si por un lado sucumbe bajo el peso de una roca, por

otro se levanta victorioso, después de despedazarla con sus raíces poderosas. Algunas rocas semejan estar rodando, y otras, retenidas por un equilibrio extraordinario, parecen esperar un soplo para precipitarse á la vega.

»Pasemos al otro lado del *Puerto judío*, cuyo promontorio, más elevado que el otro, es notable por sus altas plataformas, difíciles de escalar; cada una de ellas tiene un lugar donde se ven indicios de fuego. Estas plataformas son muy á propósito para refugio, por tener encima una cubierta de roca, desde donde puede dominarse la vega, sin ser visto ni de alto ni bajo. Estas plataformas, así como las cuevas que le siguen, sirvieron de refugio á los judíos de Carmona, que huían de las persecuciones. De ahí viene el nombre de *Puerto judío*, con que hoy se conoce este sitio.

»Carmona, como todas las ciudades antiguas de España, tenía una gran población judía dentro de sus muros, y en todo tiempo, ya por cuestión religiosa ó política, los judíos excitaron el desprecio ó el odio de los habitantes. En la dominación árabe, los secuaces de Mahoma les encargaron el servicio de la guarnición, lo que naturalmente no hizo más que aumentar el odio contra ellos. Las matanzas empezaron á la caída de la dominación árabe; más tarde, el médico israelita del rey D. Pedro, consiguió protegerlos por muchos años; pero después de Montiel, los habitantes, por fin, desahogaron su venganza sobre aquellos infelices: huyeron y se ocultaron entre estos Alcores, de donde les arrojaron más tarde. (Se han encontrado aquí varias monedas de Sancho IV el *Bravo*, 1295-1312, que bien puede decirse confirman la tradición.)

»En los párrafos siguientes, el ilustrado arqueólogo carmonense, da cuenta de un hallazgo verdaderamente de interés para la ciencia. Trátase de una caverna que, á juzgar por los vestigios que en ella encontraron, bien pudiera haber servido como habitación de trogloditas.

»Basta esta sola enunciación para comprender la necesidad verdaderamente imperiosa que la prehistoria siente, de que se investigue minuciosamente aquella caverna; y nosotros opinamos, aunque lo decimos con timidez, dado que no nos reconocemos competentes en la materia, que en los alrededores de Carmona y en determinados sitios de la sierra del Alcor, han de existir más hendiduras de esa especie, y de las que tanto partido saca la ciencia de los tiempos primitivos.

»Las plataformas suspendidas siguen, y algunas hay más elevadas que las otras, y superpuestas, formando una escalera gigantesca. En fin, hemos tenido la buena suerte de encontrar, dice el Sr. Bonsor, una cueva

natural, que puede haber servido muy bien de morada en los tiempos primitivos. Se sube, agarrándose con los pies y las manos, pasando así de roca á roca. Esta cueva se compone de dos salas, teniendo próximamente cuatro metros de largo, por dos de ancho y cinco de alto. El suelo se halla cubierto de un polvo fino, compuesto de excrementos de insectos y aves.

»Una de estas salas tiene una gran abertura á la vega, y debe haber sido formada en su origen por la corriente de las aguas. Conductos bastante estrechos, parecen comunicar con otras salas. Desgraciadamente nos falta el tiempo para reconocerlas, porque debemos seguir nuestro camino, para llegar á Carmona antes de la noche.

»Volveremos en otra ocasión. Entre tanto, aviso á los aficionados á antigüedades prehistóricas.

»Llegamos al puerto del Acebuchal. De paso vimos un túmulo romano de forma no muy marcada, que ocupa la misma posición á la izquierda del puerto, como el de Alcaudete; también se hallaron aquí restos romanos de tejas, etc. Como nota moderna añadiré, que por este paso pintoresco que atravesamos, es por donde el contrabandista introduce su carga de tabaco.

»Más adelante, á la derecha del camino se ve otro túmulo, en el cual, nuestro guía y excavador, nos asegura haber descubierto en su juventud más de 200 monedas romanas de bronce.»

Termina la Memoria con los siguientes párrafos:

«Llegamos al puerto Santa Marina, donde hubo una ermita que desapareció, no se sabe cuándo, á punto fijo: descubrieron debajo de sus ruinas un Cristo, que fué llevado con gran ceremonia á la iglesia de San Felipe de Carmona. Esto es historia antigua, contada por los moradores de las cercanías. En Santa Marina se ven varios túmulos, restos de fundaciones romanas. Entre éste y el puerto de Brenes, que le sigue, se notan algunas ondulaciones producidas por las corrientes de aluvión, siendo algunas, sin embargo, verdaderos túmulos, que se reconocen por encontrar en sus alrededores restos de vasijas, tejas romanas, etc.

»El puerto de Brenes, ocupado por una fábrica de destilación de aguardientes y con jardines, está sobre el mismo sitio en que debían haber existido las termas romanas de Carmo, á juzgar por los importantes vestigios de fundaciones, columnas, etc.

»La Necrópolis romana de Carmona se extiende hasta este sitio, y se han descubierto algunas tumbas, conteniendo magníficos lacrimatorios, y una patera de cristal de variados colores. Continuamos pasando al pie

del antiguo Campo de Marte, de los romanos, llamado hoy Campo Real: aquí es donde el rey San Fernando se presentó delante de Carmona, y habiendo visto brillar una estrella sobre la ciudad, exclamó: *Sicut Lucifer lucet.....*, etc. Esta divisa, y una estrella argentada sobre campo azul, forman hoy el escudo de Carmona. En fin, pasada la ermita de Santa Lucía, llegamos al puerto. El último de nuestra excursión, el de Carmona.

»Al trabajo que hemos extractado, dió lectura su autor en la sesión celebrada por la Sociedad, de que forma parte, la noche del 2 del actual, mereciendo la aprobación de la misma.

»Plácenos muy mucho cuanto se trabaje, al efecto de extender la ilustración y vulgarizar estos conocimientos: merced á ellos el pueblo vé abrirse ante sus ojos inmensos horizontes donde aprender, despojándole al mismo tiempo de preocupaciones perniciosas y obstrucionistas, que le colocan al nivel de los más atrasados.

»La Sociedad Arqueológica carmonense, al realizar expediciones como la últimamente llevada á cabo, presta un servicio altamente interesante á la ciencia, y abre ricos veneros á los arqueólogos y anticuarios, donde pueden estudiar y tal vez aclarar problemas científicos, oscurecidos hasta el día.

»Y ahora nosotros, antes de terminar, vamos á permitirnos exponer una idea que nos parece útil y conveniente.

»Cuando el ilustre anticuario Sr. Góngora recorría la Bética, reuniendo materiales para escribir su curiosísima obra *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, se hacía acompañar frecuentemente en sus excursiones por un dibujante encargado de reproducir los monumentos, dolmenes, etc., pudiendo de este modo presentar con el texto una reproducción de los mismos, así como de algunos objetos curiosos que se encontraron en las cavernas por él exploradas, epígrafes, inscripciones, etc.

»Pues bien; creemos sería altamente conveniente que un fotógrafo, v. gr. el Sr. Pinzón, que actuaba durante la inauguración de la Necrópolis y Museo, acompañe de vez en cuando á los expedicionarios; y después de fijar en sus negativos los monumentos notables que tuviesen la fortuna de descubrir, ornar con sus copias los muros del salón del Museo.»

La exploración de los túmulos descubiertos en esta notable expedición arqueológica, viene á confirmar la idea que hemos emitido en el capítulo III de esta Memoria, acerca de las *Motillas* ó túmulos carmonenses.

Apéndice II.

Habiendo tenido noticia de que en poder del inteligente y reputado anticuario sevillano, ahora domiciliado en Valencia, D. Francisco Caballero Infante, existían varios objetos procedentes de la Necrópolis Carmonense, le suplicamos nos remitiera nota de ellos, para que figurase como apéndice de nuestro trabajo, con el propósito de que en él estuviesen reunidos cuantos datos puedan servir para mayor ilustración de tan importantes descubrimientos; y con una bondad, comparable sólo á su reconocida competencia en estos estudios, nos la ha remitido, diciéndonos en su afectuosa carta acerca de su procedencia, lo siguiente: «No me ha sido posible determinar el sitio preciso de la Necrópolis en que fué encontrado cada objeto, porque la persona de quien los he adquirido no tuvo ese cuidado. En cuanto á la autenticidad y certeza de la procedencia de los objetos, no me cabe la menor duda, pues la persona de quien los adquirí es de confianza é inteligente.»

Como se comprende por la simple lectura de dicha nota, entre los referidos objetos los hay muy notables, siendo de *primera rareza*, como él mismo los califica, los señalados con los números 24, 27, 28, 70, 71, 72, 79, 80, 84, 92, 93, 103, 104 y 105, especialmente el del 28, que no tiene similar en ninguna de las colecciones que hemos visitado, y que afecta la forma de una cucurbitácea, muy común en Andalucía. Pudiera haber servido de fiola para perfumes, siendo una especie de ungüentario. Conocidas son las muchas y variadas formas de esta clase de vasos de vidrio, que en tanta abundancia se encuentran en los monumentos funerarios, por lo que no es extraño que el artífice buscara una variedad más, imitando en este vaso el fruto de dicha planta.

Véase ahora la nota ó abreviado catálogo á que nos referimos:

Nota de los objetos romanos encontrados en la Necrópolis de Carmona, existentes en la colección de D. Francisco Caballero Infante, en Valencia.

Número 1.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con bandas diagonales de puntos en relieve.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,08.

NÚMERO 2.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con grandes ramas y hojas de yedra en relieve.

Alto, 0,08.—Ancho, 0,08.

» 3.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, con dos asas, forma semi-esférica, con fajas de puntos en relieve.

Alto, 0,06.—Ancho, 0,11.

» 4.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con grandes ramas y botones de adormideras.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,08.

» 5, 6 y 7.—Tazas, sinus ?, de tierra blanquecina, forma esférica, completamente lisas y con dos asas cada una.

Núm. 5.—Alto, 0,075.—Ancho, 0,11.
» 6.—Alto, 0,08.—Ancho, 0,10.
» 7.—Alto, 0,055.—Ancho, 0,12.

» 8.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, completamente lisa.

Alto, 0,075.—Ancho, 0,10.

» 9.—Pequeño urceus, de tierra rojiza, con adornos de difícil clasificación en relieve.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,06.

» 10.—Pequeña taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con dos asas y con ramos de tres botones de adormideras en relieve.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,085.

» 11.—Tinajita de tierra negra, con adornos de difícil clasificación en relieve.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,065.

» 12.—Botella de tierra rojiza, completamente lisa.

Alto, 0,11.—Ancho, 0,65.

» 13.—Botella de tierra rojiza sin adornos.

Alto, 0,23.—Ancho, 0,53.

» 14 y 15.—Botellas de tierra blanquecina, sin adornos.

Núm. 14.—Alto, 0,185.—Ancho, 0,325.
» 15.—Alto, 0,25. — Ancho, 0,65.

NÚMERO 16.—Vaso ungüentario ó lacrimatorio, de tierra blanquecina.

Alto, 0,195.—Ancho, 0,28.

» 17.—Urna cineraria de tierra blanquecina, con su tapadera, forma cilíndrica, sin adornos ni inscripciones.

Alto, 0,255.—Ancho, 0,57.

» 18.—Pequeña urna cineraria, como de un niño, tierra blanquecina, con su tapadera, forma cilíndrica, sin adornos ni inscripciones.

Alto, 0,18.—Ancho, 0,34.

» 19.—Urna cineraria de tierra amarillenta, forma rectangular, sin adornos ni inscripciones, cubierta con una funda de plomo. Dentro hay restos humanos, una lucerna monolychnis, en cuya parte superior se halla representado un fenix de pie, de frente; y cinco fiolas ó lacrimatorios de vidrio incoloro.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,17.—Largo, 0,22.

» 20.—Lucerna monolychnis, pensilis, con tres asas pequeñas para su suspensión, de tierra rojiza. En la parte superior una máscara trágica. En el reverso FORTVNATVS, en letras de gran relieve. Hermosa fábrica y conservación.

Ancho, 0,07.—Largo, 0,11.

» 21.—Lucerna monolychnis de tierra rojiza. En la parte superior una figura masculina, arrodillada á la izquierda, con una mitra ? en la cabeza y extendiendo su mano derecha. Detrás de la figura una pira ? cónica.

Ancho, 0,065.—Largo, 0,095.

» 22.—Lucerna monolychnis, de tierra negra. En la parte superior un pegaso caminando hacia la derecha.

Ancho, 0,075.—Largo, 0,015.

» 23.—Lucerna monolychnis, de tierra rojiza, con un asa en forma de anilla. En la parte superior un *reciario* desnudo, con un tridente en la mano derecha y la red en la izquierda.

Ancho, 0,07.—Largo, 0,10.

NÚMERO 24.—Hermosa taza, sinus ?, de barro rojo, saguntino, con una faja de ramas en relieve, en perfecto estado de conservación.

Alto, 0,06.—Ancho, 0,07.

» 25.—Catino de barro rojo, saguntino. En el centro, en letras de relieve, ZOILOC (*sic*).

Alto, 0,06.—Ancho, 0,165.

» 26.—Patera de pórfido, en mediano estado de conservación, sin adornos.

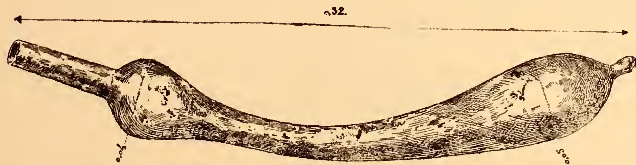
Alto, 0,075.—Ancho, 0,115.

» 27.—Fragmento de sortija, de bronce, casi destruída por la cremación, con un onix grabado. De pie, á la izquierda, Venus desnuda de medio cuerpo arriba, la cabeza laureada, y apoyándose en un pedestal situado detrás de ella. En la mano derecha tiene un asta, y en la izquierda un casco. A sus pies un escudo oblengo.

Alto, 0,01.—Ancho, 0,005.

OBJETOS DE VIDRIO.

» 28.—Fiola ó ungüentario en forma de fruto cucurbitáceo, ó sea de una especie de calabaza, llamada *calabacín* en Andalucía. Distancia de la boca á la terminación del vaso en línea recta, 0,32; diámetro mayor cerca del cuello, 0,04; idem en la parte inferior, 0,05. Por la extrema rareza de este vaso, lo copiamos en el grabado adjunto.



» 29 y 30.—Urnas cinerarias, con sus tapaderas, color blanco y sin adornos ni inscripciones.

Núm. 29.—Alto, 0,275.—Ancho, 0,72.
» 30.—Alto, 0,24. — Ancho, 0,67.

NÚMERO 31 al 33.—Cuatro grandes fiolas ó lacrimatorios, color blanco, variando desde 0,20 de alto por 0,27 de ancho, á 0,15 de alto por 0,31 de ancho.

» 34 al 43.—Diez fiolas ó lacrimatorios, color blanco, piriformes, variando desde 0,13 de alto por 0,24 de ancho, á 0,08 de alto por 0,10 de ancho.

» 44 al 50.—Siete fiolas ó lacrimatorios, base ancha y cuello muy prolongado, color blanco, variando desde 0,13 de alto por 0,14 de ancho, á 0,08 de alto por 0,11 de ancho.

» 51 al 69.—Diez y nueve fiolas ó lacrimatorios, color blanco, base redondeada y cuello prolongado, variando desde 0,13 de alto por 0,09 de ancho, á 0,055 de alto por 0,075 de ancho.

» 70.—Fiola ó lacrimatorio muy pequeño, color blanco, piriforme.

Alto, 0,03.—Ancho, 0,05.

» 71.—Fiola ó lacrimatorio, pequeñísimo, color verde, piriforme.

Alto, 0,03.—Ancho, 0,05.

» 72.—Cubilete, color blanco, con adornos en relieve figurando almendras. Sólo existen tres cuartas partes de este vaso, que unidas conservan su forma primitiva.

Alto, 0,125.—Ancho, 0,17.

» 73.—Botella, color blanco, agallonada.

Alto, 0,155.—Ancho, 0,20.

» 74.—Redoma, de ancha panza y cuello largo, color verde.

Alto, 0,17.—Ancho, 0,30.

» 75.—Redoma, de ancha panza y cuello corto, color verde.

Alto, 0,12.—Ancho, 0,305.

» 76.—Redoma, de ancha panza y cuello corto, color blanco.

Alto, 0,115.—Ancho, 0,315.

» 77 y 78.—Pequeñas botellas, color blanco.

Núm. 77.—Alto, 0,085.—Ancho, 0,125.
» 78.—Alto, 0,065.—Ancho, 0,145.

NÚMERO 79 y 80.—Pequeñas botellas, color azul oscuro.

Núm. 79.—Alto, 0,085.—Ancho, 0,013.
» 80.—Alto, 0,065.—Ancho, 0,0155.

» 81.—Pequeña botella, color amarillo.

Alto, 0,055.—Ancho, 0,07.

» 82 y 83.—Fiolas ó lacrimatorios, color azul oscuro.

Núm. 82.—Alto, 0,08. — Ancho, 0,07.
» 83.—Alto, 0,076.—Ancho, 0,08.

» 84.—Infundibulum, color blanco, con un asa en forma de anilla.

Alto, 0,09.—Ancho, 0,24.

» 85 al 89.—Hydrias, color blanco, con un asa, sin adornos, variando desde 0,19 de alto por 0,28 de ancho, á 0,09 de alto por 0,21 de ancho.

» 90.—Cuenco, sinus ?, color verde, sin adornos.

Alto, 0,075.—Ancho, 0,30.

» 91.—Cuenco, sinus ?, color verde, con adornos en forma de nervios.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,275.

» 92.—Amphoreus, color blanco, con dos asas y sin adornos.

Alto, 0,11.—Ancho, 0,30.

» 93.—Hydria, color pajizo, de panza y boca ancha, con un asa que baja de lo alto de la boca al medio de la panza, sin adornos. Se distingue por su ligereza, siendo quizás uno de los *nimbus vitreus* de que hablan Marcial y Juvenal.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,295.

» 94.—Epichysis, con un asa, color verde, sin adornos.

Alto, 0,105.—Ancho, 0,20.

» 95 al 102.—Pequeñas urnas, color blanco, sin adornos, variando desde 0,10 de alto por 0,295 de ancho, á 0,045 de alto por 0,125 de ancho.

» 103.—Pequeña urna, color azul oscuro, sin adornos.

Alto, 0,065.—Ancho, 0,19.

NÚMERO 104.—Patera, color azul oscuro, sin adornos.

Alto, 0,045.—Ancho, 0,18.

» 105.—Patera polícroma, formada por mosáicos de color blanco, amarillo, azul y rojo. Está rota, faltándole algunos pedazos.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,145.

» 106.—Patera, color blanco, sin adornos, y de vidrio muy delgado.

Alto, 0,04.—Ancho, 0,125.

» 107.—Patera, color verde, sin adornos, y de vidrio muy grueso.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,085.

» 108.—Urna de plomo, con su tapadera, dentro de la cual se halla otra de vidrio hecha pedazos. Contiene algunos restos humanos.

Alto, 0,35.—Ancho, 0,80.

Apéndice III.

Aunque no todas procedentes de la misma Necrópolis, pero sí de Carmona, creemos útil transcribir algunas inscripciones inéditas que recogió el docto P. Fita en su viaje á aquella ciudad, hace tres años.

Fragmento roto de mármol, de 0,075 de ancho por 0,117 de alto, encontrado en el pozo del arrabal, citado con repetición en nuestra Memoria, donde sólo se ven las letras siguientes, con la forma de las que en los manuscritos señalan la transición de los caracteres capitales á los unciales

NIλ T

Otro de 0,065, por 0,09 y 0,12, en el cual sólo puede leerse

D......
M IVL*ius*?
SVP*eratus*?
AN*norum*?

En la tapa de una urna cineraria, encontrada en un sepulcro ó tumba no lejos del pozo, aunque sin poder precisar cual fuese,

FABIAE·Q·F·MAVRAE

Fabiae Q. filiae Maurae

Esta inscripción ofrece la particularidad de la forma de las dos primeras AA, que recuerdan la de uno de los caracteres ibéricos que el señor Delgado transcribe por K.

En un cipo encontrado en los cimientos de la iglesia de Santo Domin-

go, de 0,12 de ancho por 0,14 de alto, y 0,06 de grueso, en caracteres de época paleográfica romana decadente, una inscripción en la que sólo puede leerse con seguridad

D M S
RVFINO

siguiendo después cuatro líneas de letras mal trazadas y de casi imposible interpretación. En los cantos ó grueso de este cipo se ven grabadas una patera y una especie de guttus.

En un sepulcro de mármol blanco, y en caracteres Antoninianos, las siguientes letras finales de una inscripción funeraria:

ANN XX
VI · S · T · T · L ·

Y algunas marcas de ladrillos, como los que ya publicamos, con las letras

a) S · S · B^A^
b) D · F · F · B ·

Todas estas inscripciones con otras de Marchena y del castillo de Mulva, estaban en la colección de D. Antonio Calvo y Cassini.

Apéndice IV.

I.

Cuando estábamos terminando la impresión de la presente Memoria, nos sorprendió agradablemente un telegrama de los Sres. Fernández López y Bonsor, anunciándonos nuevo é importante descubrimiento, en uno de los campos de la Necrópolis carmonense, y pidiéndonos un ejemplar del plano para consignarlo en él. Nos apresuramos á remitírselo, y pocos días después nos lo devolvieron con la adición que se refería al nuevo hallazgo, debido á su constante é ilustrada perseverancia, y á la del Presidente de aquella Sociedad arqueológica, el ya citado Ilustrísimo Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz. El descubrimiento era, en efecto, importante, y respondía á una sospecha que ya consignamos en la Memoria (pág. 89), por lo que, y á pesar de haber terminado la tirada del plano, hicimos que se dibujase en el mismo.

Con el plano adicionado, nos remitieron también notables cartas, dándonos cuenta de los nuevos trabajos y de los resultados obtenidos, de las cuales transcribimos los párrafos que á ellos se refieren.

Nos decía así el Sr. Bonsor, de acuerdo con su compañero, en carta de 16 de Enero último:

«Por telégrafo anticipé á V. la noticia de un nuevo descubrimiento, que parece ha coronado nuestros trabajos. Se trata de un gran teatro romano en medio de nuestra Necrópolis.

»El día de nuestra reunión en Carmona la primavera última, mi compañero Fernández López aventuró una opinión, entonces atrevida, sin más datos que un simple examen del terreno, cual fué la de creer que el antiguo Teatro carmonense se encontraba en una gran depresión del terreno, á la derecha del camino del «Quemadero» en el «Campo de Plata,» que llamaremos de aquí en adelante «Campo del Teatro,» porque, en efecto, allí lo hemos encontrado.

»Dimos cuenta de nuestro descubrimiento á nuestro amigo D. Sebastián Gómez Muñiz, que se ofreció á compartir con nosotros los gastos de las nuevas excavaciones. Hace cinco meses que trabajamos en aquel sitio,

y hasta hoy no hemos empezado á comprender toda la importancia de nuestro descubrimiento. Al principio creímos que estábamos descubriendo sólo una antigua cantera; después, que era un teatro romano; luego, viendo que el arco de la *orchestra* se extendía, sospechamos que fuese un teatro griego; pero al encontrar que el círculo se prolongaba en óvalo, nos decidimos á creer que era un anfiteatro. Parecía al principio la clasificación incomprensible, pero hoy podemos hablar con seguridad.

»El antiguo monumento que describimos, era una combinación del *teatro*, del *circo* y del *anfiteatro*. Revelan que era *teatro*, los numerosos nichos ó huecos que se han encontrado en el *præcinctio*, para la colocación de los vasos acústicos de metal, de que habla Plinio, que se colocaban en aquellos edificios.

»El *circo* está indicado por una grande entrada de 3 metros 40 centímetros de ancho y 37 metros de largo, comunicación directa del exterior con el centro de la «cavea,» y una inclinación de 6 á 9 grados, por donde debían bajar los carros romanos, etc.

»Por último, el *anfiteatro* se revela por la forma oval del edificio, que debió servir también para los combates de gladiadores, etc.

»El monumento es inmenso, por lo que no podemos decir hoy acerca de él la última palabra, y, sobre todo, cuando trabajamos con grandes dificultades. Para realizar con toda holgura nuestros trabajos, quisimos adquirir el terreno antes de empezar, pero el propietario, hombre muy rico, nos pidió un precio tan exhorbitante, que no pudimos aceptarlo, obligándose, sin embargo, á permitirnos hacer las excavaciones durante determinado tiempo; y cuando menos lo pensábamos, nos ordenó suspender los trabajos, y llenar de tierra todo lo descubierto, de modo que hoy el terreno vuelve á encontrarse próximamente como estaba antes de empezar.

»A pesar de todo, hemos reunido muchas notas, dibujos, planos, etc., que nos servirán para escribir un estudio detallado de nuestros trabajos, que con un gran plano del teatro, esperamos enviar á V., para que los presente en nuestro nombre á la Academia, como Presidente honorario de nuestra naciente sociedad arqueológica.

»Los diámetros de la elipse que forma la arena, son: el mayor de 55 metros y el menor de 39. La entrada á que nos referimos hace poco, está en el extremo oriental del primero de estos diámetros, y en la dirección, por lo tanto, de Este á Oeste. Hay dos anditos, corredores ó «præcinctio» que miden un metro de anchura. Toda la «cavea» está excavada en la roca, y en varios puntos aún se conservan las gradas. La parte del Sur

es la mejor conservada, viéndose en ella siete gradas entre la *orchestra* y el primer corredor. No puedo indicar más detalles en el plano que acompaño, por ser muy pequeño, y porque no quiero tratar más que de las partes que he visto por mí mismo y medido sobre el terreno.

»Hemos trabajado siguiendo un sistema de fosos ó zanjas de exploración, de un metro de ancho, teniendo en algunos parajes cinco metros de tierra por encima de la excavación, siendo fácil de comprender cuán peligroso es trabajar á tal profundidad.....

»He indicado en el plano de la Necrópolis la situación de nuestro nuevo descubrimiento, consignando sólo la parte que hemos visto: la mitad de la «cavea» y la gran entrada. En el mismo campo he añadido también una tumba con cinco nichos, que hemos encontrado, y un pozo de noria, en el cual hallamos un hermoso cuchillo, con mango de plata, que no parece romano. También he indicado á la derecha del camino del «Quemadero» un resto de construcción, que ahora se explica fácilmente. Es un gran trozo de fábrica, de más de dos metros de alto, compuesto de mortero y de restos de roca, fragmento á que los habitantes de Carmona llaman «la piedra de canta el gallo,» y que proviene del muro exterior del teatro.»

El Sr. Fernández López, confirmando en todas sus partes lo dicho en la carta anterior, por su compañero, añade un detalle que no carece de importancia. «No obstante, dice, de estar todo cubierto de tierra, por »exigirnos el colono que dejáramos cubiertas las excavaciones, hemos »practicado una prueba curiosa. Desde cualquier sitio de las gradas al»tas, ó el que éstas debieron ocupar, se distinguen perfectamente las pa»labras pronunciadas en tono regular de voz, á distancia de 60 metros, »por uno que esté situado en cualquier punto del correspondiente á la »*orchestra*. ¿Qué sería cuando existiesen los tubos acústicos de bronce, »colocados á trechos regulares en el *præcinctio?*»

II.

El origen de los *anfiteatros*, se encuentra precisamente en la reunión de dos teatros, de donde tomaron aquellos su nombre, que acaso pudo ser también el de amphiteatra (tanquam theatra duo) [1]. Refiérese que en

1 Mommsen, *Rest gest. divi Aug.*, p. 65. La palabra *amphitheatrum*, como dice acertadamente Thierry, se encuentra por primera vez en la inscripción de Ancyra (Perrot y Guillaume, *Explor. de la Galatié*), y en Vitrubio, lib. I, cap. VII, aunque sin entrar con tal motivo en ninguna clase de descripción, como hace más adelante, hablando de los teatros.

el año 59, antes de J. C., queriendo Scribonio Curio sobrepujar á Scauro en los juegos que ofrecía al público, mandó hacer dos teatros de madera, cerca el uno del otro, y que después de las representaciones dramáticas las *scenas* se elevaban, continuando los espectadores en sus puestos, y los dos teatros, por un mecanismo combinado se reunían, resultando uno solo, que era circular, y cuyo centro, formado por la reunión de las dos *orchestras*, ofrecía una arena para los juegos de los gladiadores, permaneciendo de este modo el último día de las fiestas. César, encontrando aquella *arena* más apropiada que la del circo para los juegos de caza de fieras, mandó edificar un teatro doble de esta clase, que se llamó *amphitheatrum*, ó sea doble teatro, y también *teatrum venatorium,* por los juegos que en él se celebraban [1].

A imitación de éste, Statilio Tauro levantó en el campo de Marte, en el año 30, antes de J. C., el primer anfiteatro de piedra [2]; generalizándose después su uso, lo mismo en la capital, que en las más apartadas ciudades del imperio.

Los anfiteatros, como los antiguos teatros griegos, solían tallarse en la roca, aprovechando las vertientes de un valle ó el declive de una montaña. En Sutri, ciudad etrusca, que hemos citado en el texto, se encuentra un anfiteatro completamente excavado en la roca sin ninguna construcción, conservándose todavía los corredores y vomitorios. Las primeras gradas del de Paestum, de Puzzoles y de Pompeya, están labradas del mismo modo, y nosotros hemos visitado el de Siracusa, cuyas graderías están en parte abiertas á pico en la pendiente de una colina, lo mismo que el de Pola, en Istria.

En muchos anfiteatros se han encontrado construcciones subterráneas, como puede verse en los de Cápua, Puzzoles y el de Siracusa, y aun en el mismo coliseo de Roma, subterráneos de donde subían, por medio de mecanismos hábilmente combinados, las decoraciones (*pegmi* ó *pegmata*) [3], que debían servir para ciertos espectáculos. Marcial y Calpurnio nos dicen, que se representaban escenas mitológicas en los anfiteatros, y que la *arena* se trocaba en floresta ó en selva, de donde salían los animales [4].

Aunque los teatros, como los anfiteatros estaban descubiertos, exten-

1 Plin. XXXVI, 24; Dio. XLIII; Weinbrenner, *N. teutsch. Mercur.*, 1797; Canina, *Arch. rom.* III.

2 Dio. LI; Tac. *Ann.* III.

3 Séneca., *Ep.* 61.

4 Mart. *De espect.*, *ep.* 20; Calpurn. *Ecl.* VII.

diéndose sólo sobre ellos el *velarium* ó toldo, sostenido por mástiles (*mali*), cuya colocación puede estudiarse con toda claridad en el anfiteatro de Nimes, en el de Pola, y en el mismo anfiteatro Flavio, también los teatros estaban á veces cubiertos con techumbres, como sucedía en el Odeón de Pericles, en Atenas, destinado especialmente á espectáculos musicales [1], siendo opinión generalmente aceptada, que el más pequeño de los dos teatros de Pompeya debió estar cubierto, indicándolo así una inscripción allí encontrada, en honor del personaje á cuyas expensas se hizo la cubierta ó el techo.

Conocida es también la costumbre que tenían griegos y romanos de colocar vasos especiales de bronce llamados *echêia*, en los frentes de las gradas de los teatros, como medio acústico, con los cuales conseguían una resonancia, desde la cuarta y la quinta, hasta la doble octava, diciendo Vitrubio á este propósito: «Asimismo, en los teatros, los vasos de bronce (que se colocan en razón matemática debajo de las gradas, dentro de unas celdillas) y la diferencia de sus sones, que los griegos llaman *echêia*, se acuerdan á las consonancias ó concentos músicos, distribuyéndolos en rededor en *cuarta, quinta y octava*, de manera que, al herirlos, el sonido de la *scena*, aumentado considerablemente, llega más claro y suave al oído de los espectadores [2].» Y más adelante, consagra todo el capítulo V, del libro V, á la formación científica y colocación de tales vasos de bronce en los teatros griegos y romanos, terminando con la noticia de que Lucio Mummio llevó á Roma los del teatro de Corinto, consagrándolos como ofrenda en el templo de Luna ó Diana.

Teniendo en cuenta todos estos antecedentes arqueológicos, se comprende mejor la grande importancia del último descubrimiento de la Necrópolis carmonense. El estar aquel anfiteatro labrado en la roca, le relaciona con los de Sutri, Paestum, Puzzoles, Pompeya y Siracusa, confirmando más y más los juicios que, con motivo de las cámaras subterráneas de la misma Necrópolis hemos expuesto en esta Memoria, acerca de los orígenes griegos y etruscos del arte carmonense; la circunstancia de conservar los nichos para colocar los citados vasos acústicos, llamados *echêia*, nos revelan que, acaso recordando el origen de los anfiteatros que fueron teatros dobles, pudo haber servido el anfiteatro carmonense, como acertadamente sospechan los descubridores, así para juegos de circo, como para ciertas representaciones escénicas mitológicas, que ya hemos

1 Stat., *Silva* III; Inscrip. *ap.* Orelli, 3.294.
2 Vitr., lib. I, cap. I.

visto se daban en la arena de los anfiteatros, subiendo para ello hasta decoraciones de los departamentos subterráneos, dispuestos al propósito. ¿Serviría también para recreaciones musicales, como los teatros que hemos citado de Atenas y Pompeya? La presencia de los referidos vasos autoriza cumplidamente para creer, que aquel anfiteatro no tenía sólo por objeto los juegos del circo, sino que sirvió para otros espectáculos que demuestran mayor cultura, como son las representaciones escénicas y musicales, corroborando nuestro juicio acerca de la adelantada civilización del antiguo pueblo carmonense.

Nuevas excavaciones acaso descubrieran los subterráneos de donde pudieron subir las decoraciones para las escenas que allí se representaran; con lo cual se confirmaría la creencia de los descubridores y la nuestra, acerca del destino de tan notable anfiteatro, que, con nichos para los vasos acústicos, creemos es el primero conocido hasta el día. No sin razón los Sres. Fernández López y Bonsor, consideran este descubrimiento como el digno remate de sus trabajos.

¡Lástima grande que no se pueda seguir y llevar á cumplido término tan importante exploración! ¡Cuánta y cuán legítima gloria adquiriría el dueño de aquellos terrenos, si contribuyese á que su patria ofreciera al estudio del mundo sabio uno de los primeros monumentos de esta clase, que registran los anales arqueológicos del mundo!

ÍNDICE.

LA NECROPOLIS ROMANA
DE
CARMONA.

Excavaciones dirigidas por los Señores
D. JUAN FERNANDEZ LOPEZ Y D. JORGE BONSOR.

PLANO
LEVANTADO POR
D. JORGE BONSOR
discipulo de la escuela de South Kensington de Londres y de la Academia de Bellas Artes de Bruselas para la Memoria escrita por el Excmo. Sör.
D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

CAMPO DE LAS MOTILLAS

CAMPO DE LAS CANTERAS

CANTERA DEL QUEMADERO

Via Romana

CAMPO DE LA PALOMA

CAMPO DE MANTA

Lavadero

Camino de las Viñas

Sepulturas

TUMULI

Cantera de los Tumulos

El Tumulo mayor.

LA CANTERA MENOR

HISPALIS Colonia Romana.

Sepulturas

Tumba de Prepusa

Via Romana

Cañeria

Tumba de las Columnas

Tumba d. la bodega

LA CANTERA MAYOR

CARMO

La Tienda

CAMPO DE LOS OLIVOS

Tumba llamada de la Paloma

Columbario y Triclinio

Triclinio del Olivo

Mausoleo

Tumba de los departamentos

Camino del Quemadero

THEATRUM.

CAMPO DE PLATA Ó DEL TEATRO

Mausoleo

Huerta del Convento de San Francisco.

CANTERA Hoy Molino.

Molino.

VEREDA DEL CARMEN

Corredera del Carmen.

Calle de enmedio.

Convento del Carmen.

Arrecife de Sevilla.

Campo Real.

Calle de Sevilla.

ESCALA

metros

Caminos y veredas.

Construcciones modernas.

Canteras Romanas.

Tumbas, sepulturas etc.

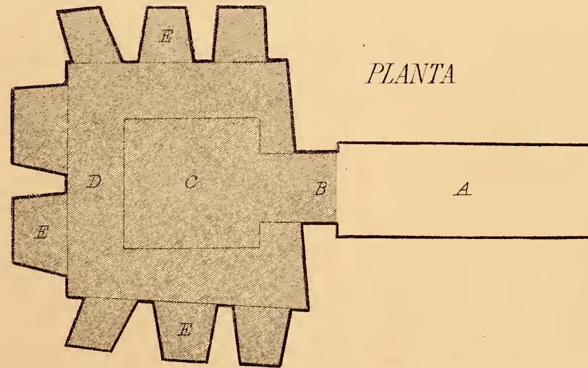
Via Romana

Olivares.

Itinerario de la visita del 24 de Mayo de 1885

Lit. de J. M. Mustinez

M. Vierge grabó.





G. Bonsor midió y dibujó. Martinez grabó. Lit. de J. M. Martinez

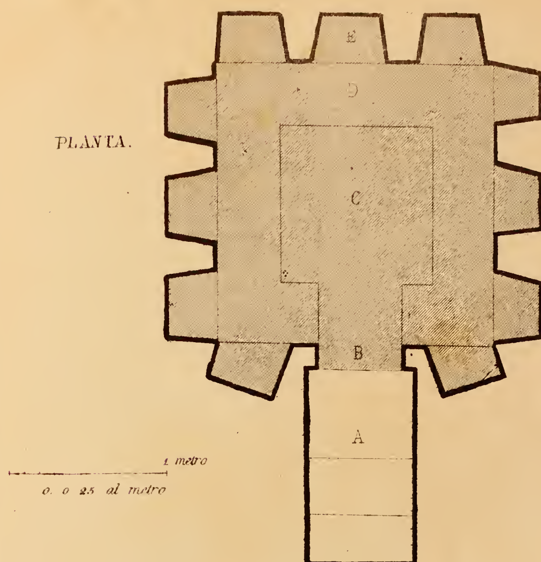
TUMBA DEL BANQUETE FUNERARIO.

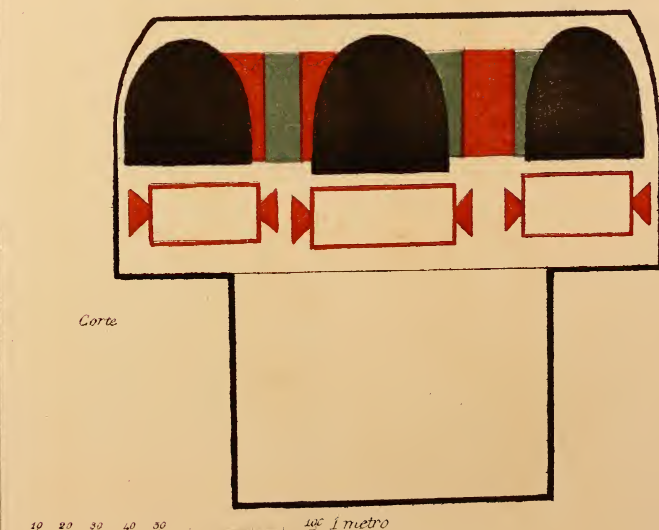


Geo. Bonsor, copió del natural. *Julio García, cromolitografió* *Lit. de J. M. Mariani.*

PINTURA MURAL DE LA TUMBA DEL BANQUETE FUNERARIO.

PLANTA.





Corte

Geo. Bonsor midió y dibujó. *Martinez grabó* *Lit. de J. M. Martinez.*

TUMBA DE LA PALOMA

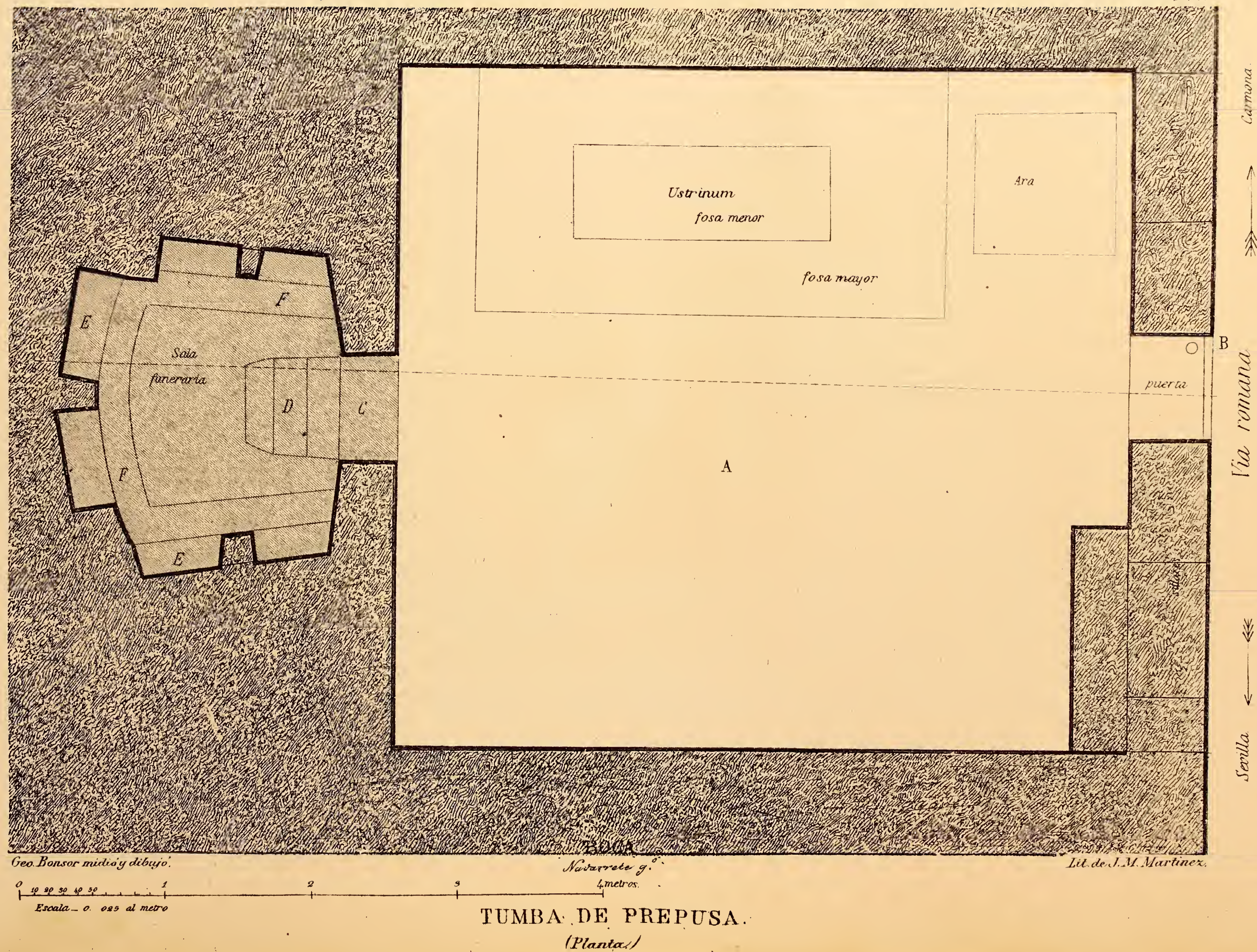
NECRÓPOLIS DE CARMONA.

LAMINA V.



Geo Bonsor copió del natural — Fuster cromolitografió. — Litografia de Mateu

PINTURA DE LA BOVEDA, EN LA TUMBA
llamada de la Paloma.

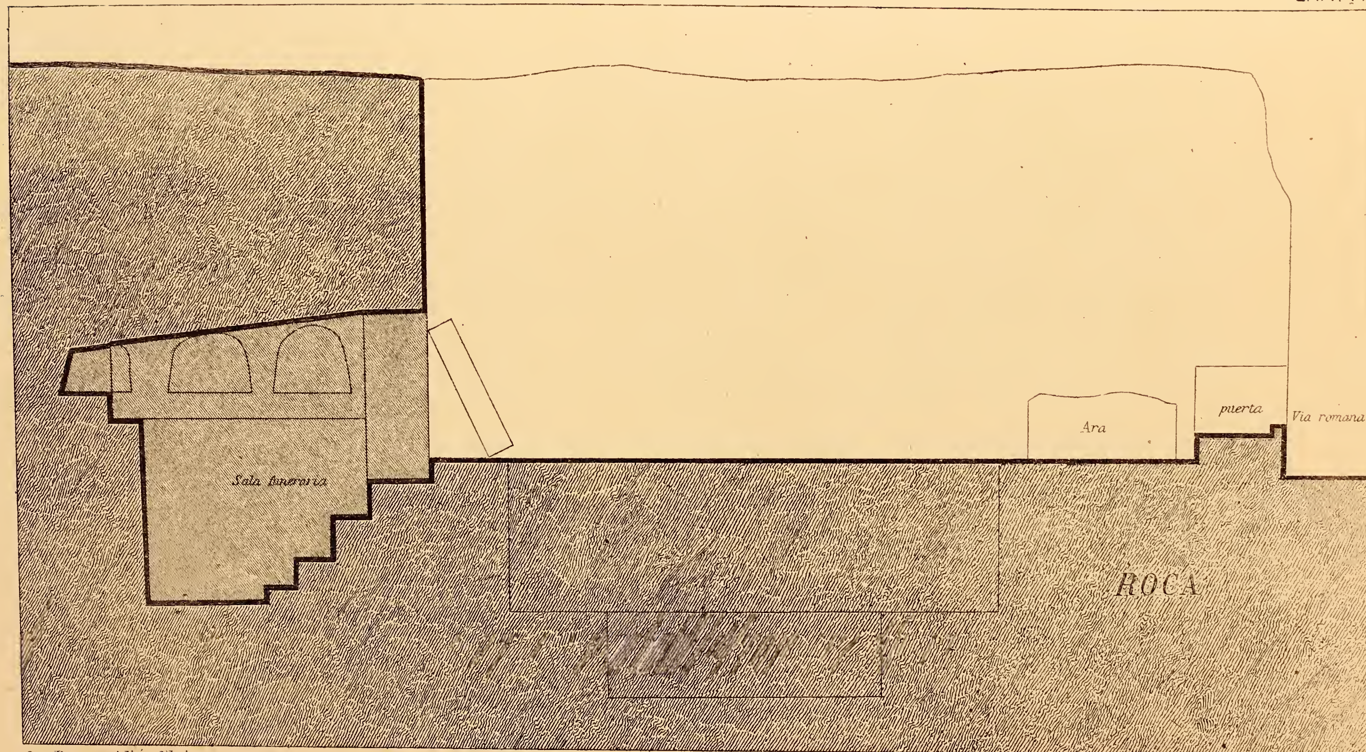


TUMBA DE PREPUSA.

(Planta)

NECROPOLIS DE CARMONA

LAM.ª VII

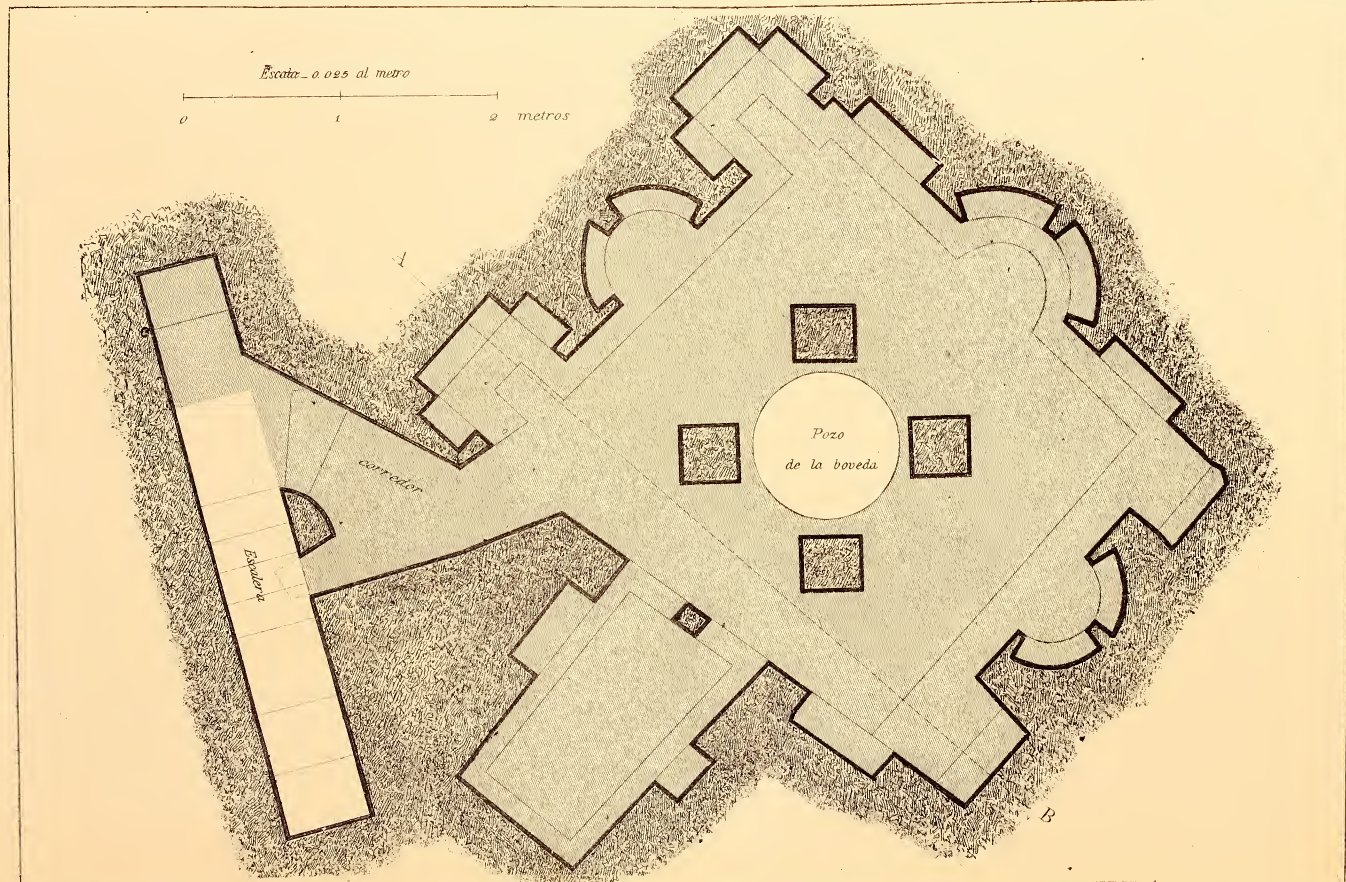


Geo. Bonsor midió y dibujó

Navarrete g.º

Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DE PREPUSA *(Seccion vertical M. N.)*



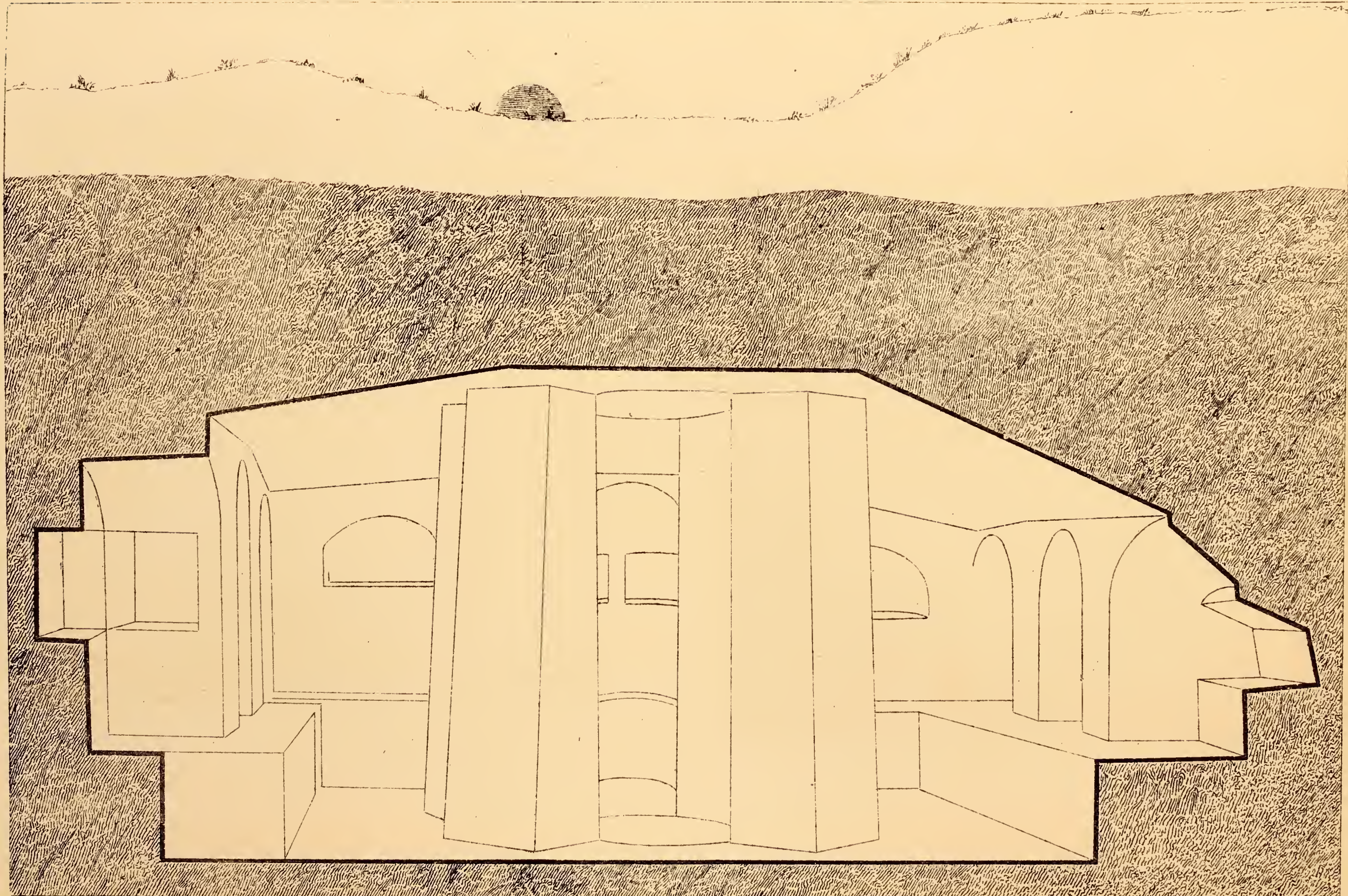
Geo. Bonsor midió y dibujó.

Navarrete g.º

Lit. de J. M. Martinez.

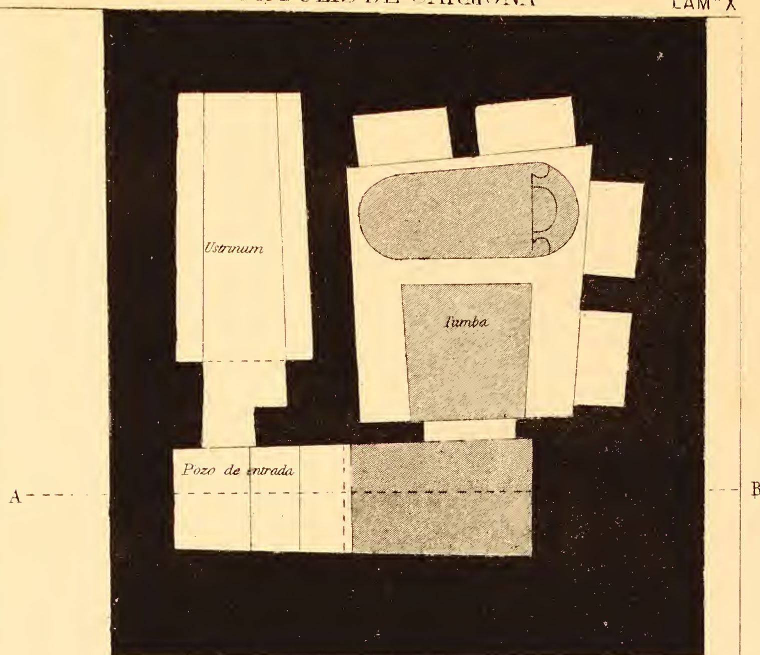
TUMBA LLAMADA DE LAS COLUMNAS.

(Planta.)



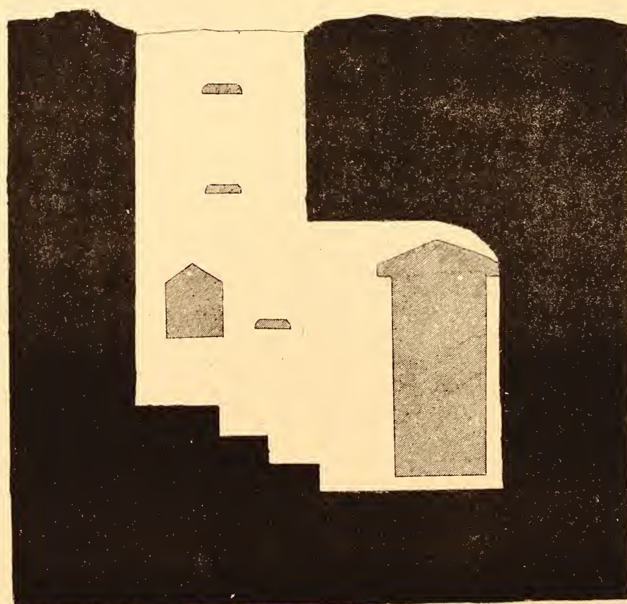
Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA LLAMADA DE LAS COLUMNAS. *(Seccion en perspectiva A. B. del plano.)*



PLANTA.

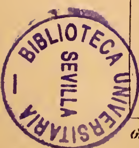




Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez.

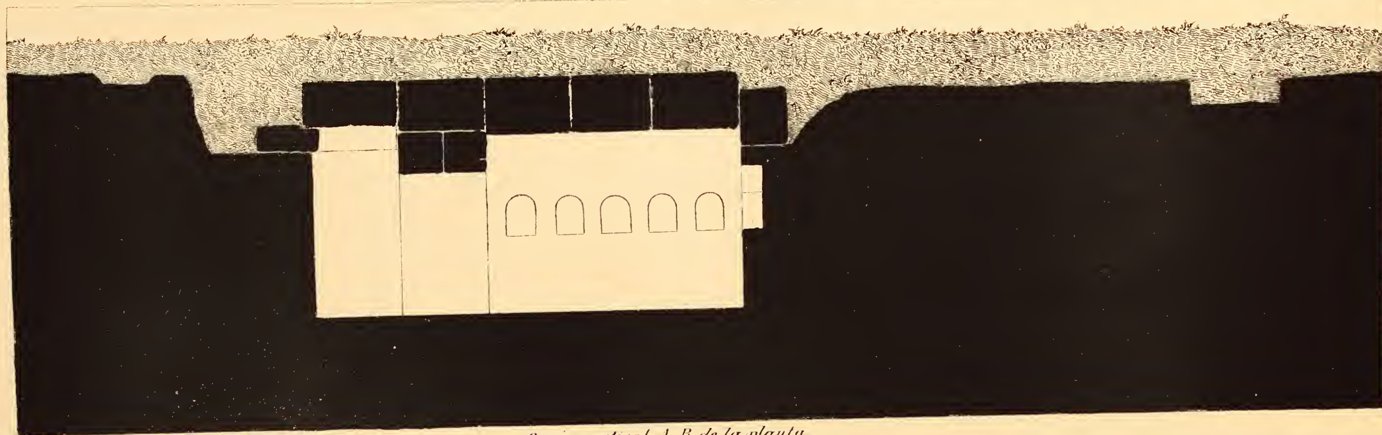
TUMBA LLAMADA DEL USTRINUM.



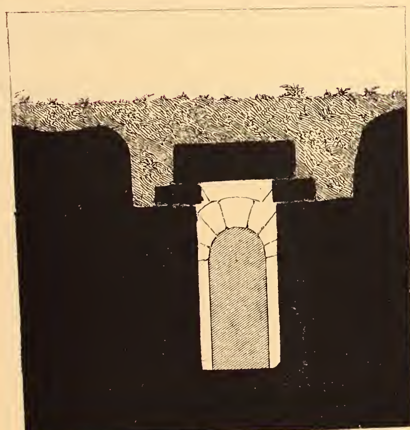


Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez

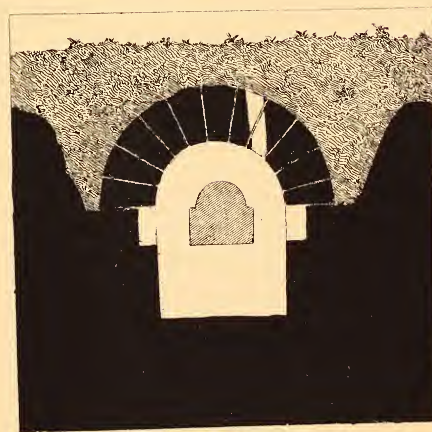
TUMBA DEL MAUSOLEO CIRCULAR EN EL CAMPO DE LOS OLIVOS.



Seccion vertical A. B. de la planta



Seccion vertical de la entrada C. D de la planta



Seccion vertical E. F de la planta

Escala 0.0125 por metro

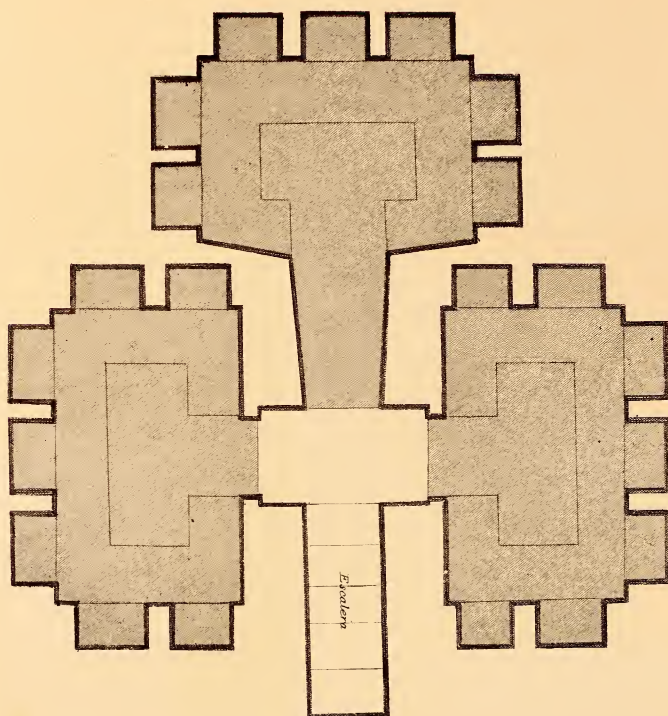
0 1 2 3 metros

Geo. Bonsor midió y dibujó. *Navarrete g.º* *Lit. de J. M. Martinez.*

TUMBA DEL MAUSOLEO CIRCULAR EN EL CAMPO DE LOS OLIVOS.

(Secciones.)



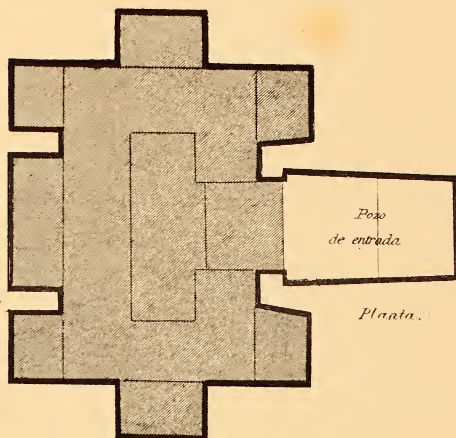


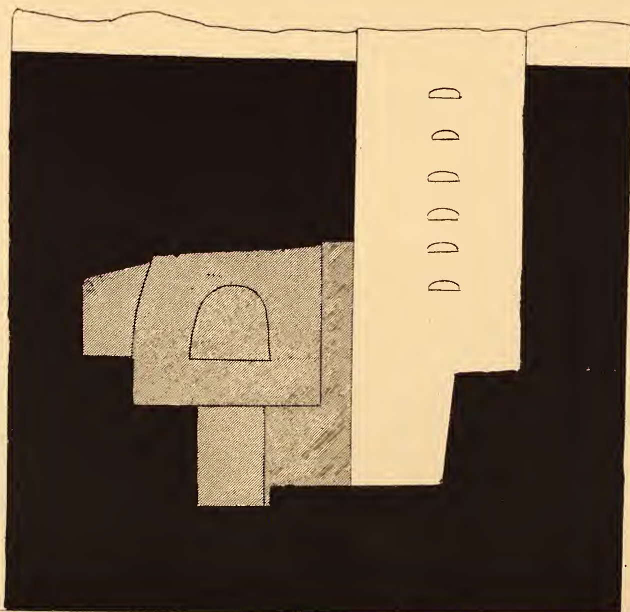
Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA LLAMADA DE LAS TRES PUERTAS.

(Planta.)



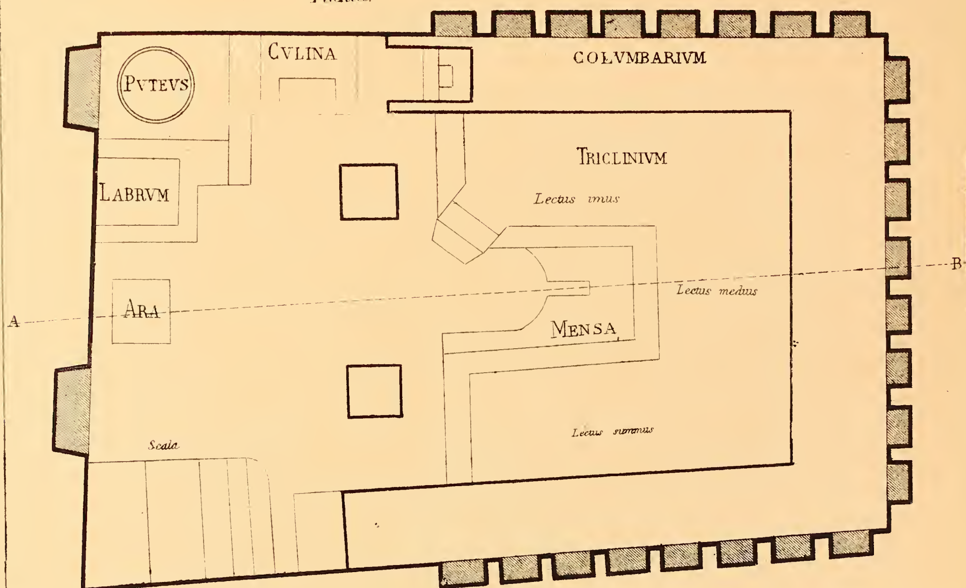




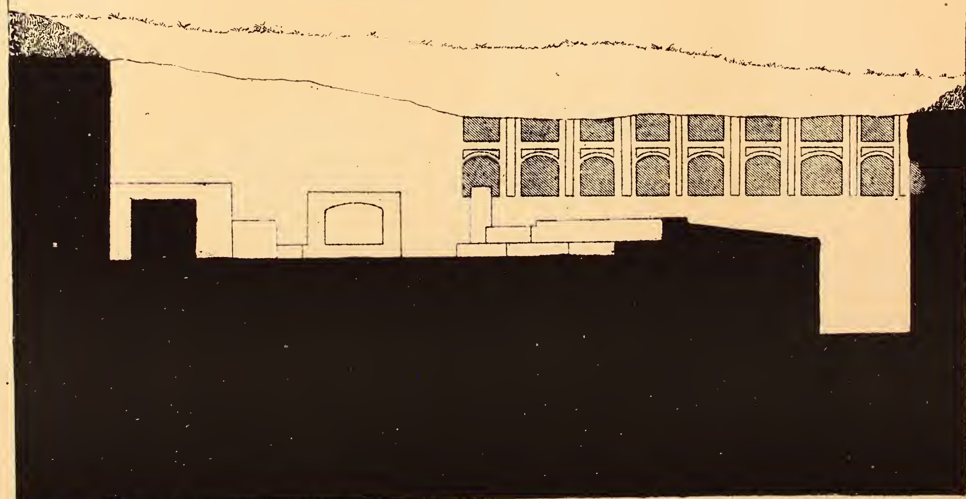
Geo. Bonsor midió y dibujo Abad g.° Lit. de J. M. Martin

TUMBA DE LAS SIETE HORNACINAS.





Seccion vertical longitudinal A. B.

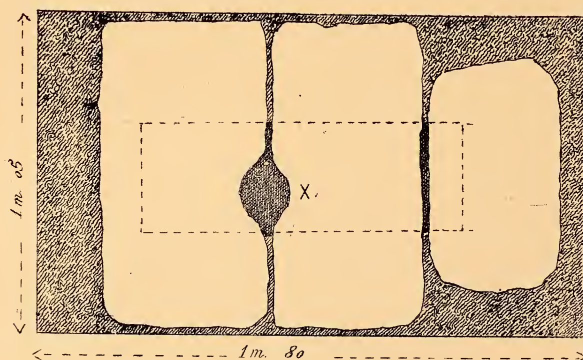


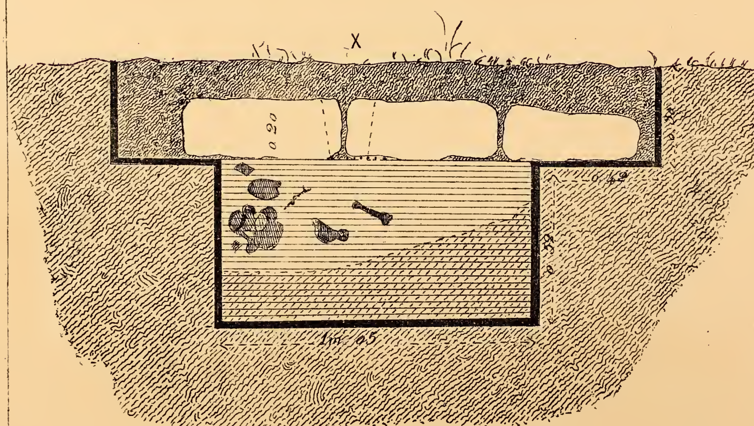
Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

COLUMBARIO Y TRICLINIO.



PLANTA.



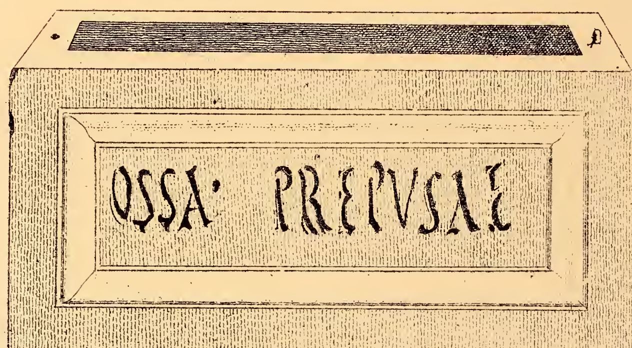


Seccion vertical

Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

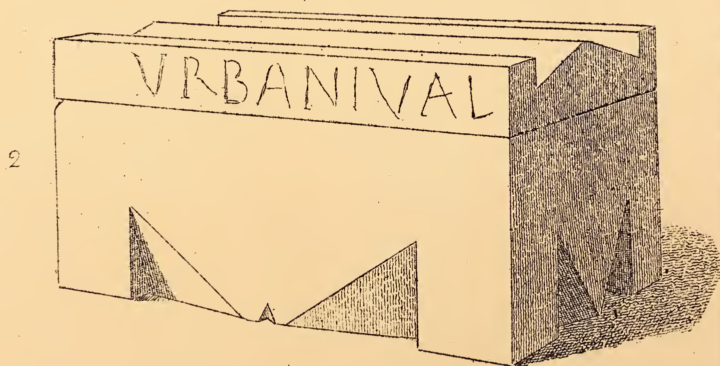
UN BUSTUM





A la derecha EVNI· FILIAE

A la izquierda ANN· XXV



Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad gº. Lit. de J. M. Martinez.

URNAS CINERARIAS



Geo. Bonsor copió del natural

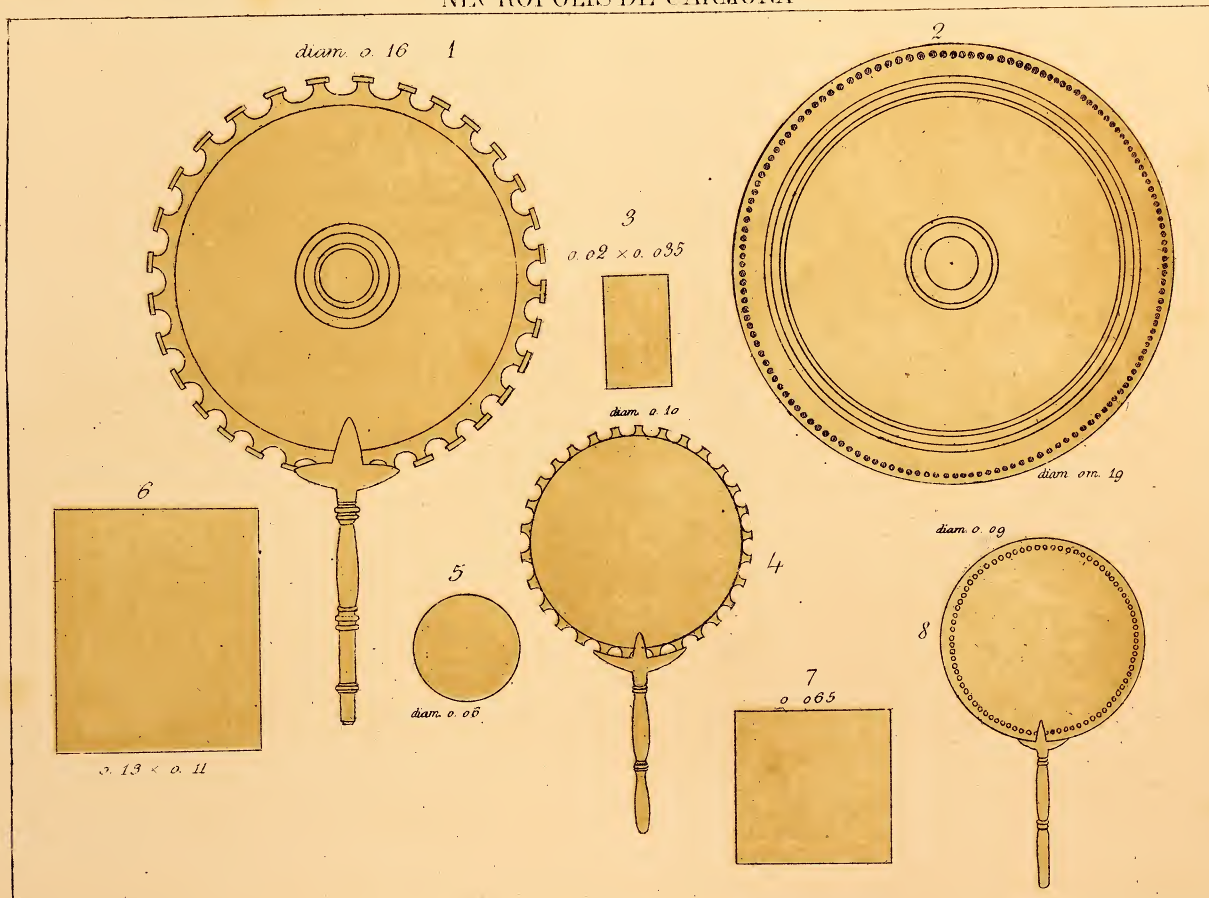
Fuster cromolitografió

Litografía de Mateu

BACANTE DORMIDA

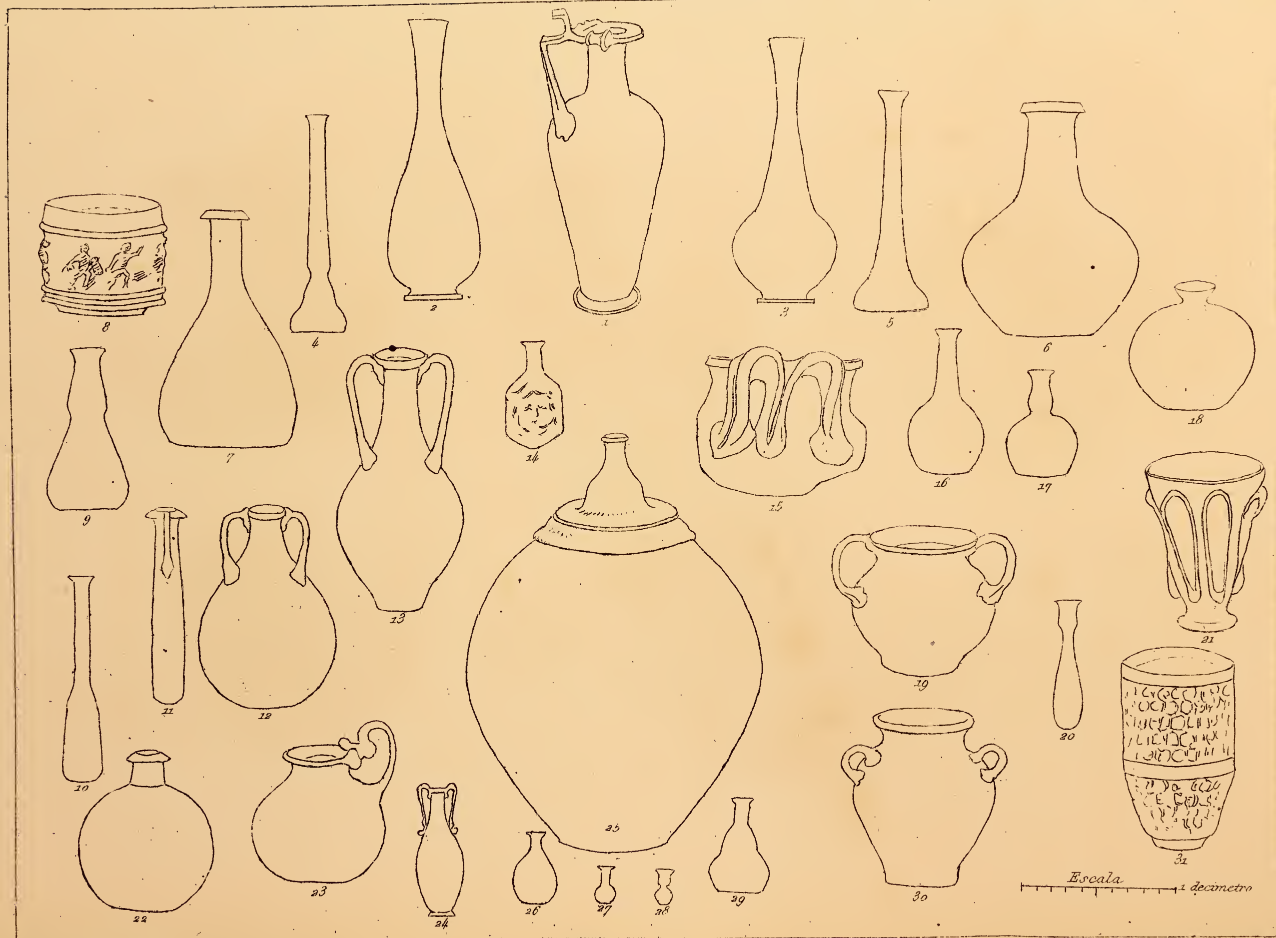
Estatuita fundida en bronce encontrada en una de las tumbas del grupo llamado del "Quemadero".

(Tamaño natural)



Geo. Bonsor midió y dibujó — Abad g. — Lit. de J. M. Martinez.

ESPEJOS DE BRONCE



Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez

VARIOS OBJETOS DE VIDRIO, VASOS, URNAS, UNGÜENTARIOS &.ª

NECROPOLIS DE CARMONA.

LAMINA XXI.

Escala.

1 2 3 4 5 10, centimetros.

1.

2.

3.

4.

5.

Geo. Bonsor, copió. J. G. Mencia, cromolit. Lit. de J. Martinez.

VASOS DE BARRO ROJO PARA LIBACIONES.

NECROPOLIS DE CARMONA.

LÁMINA XXII.

Escala.

10. 20. 30. centimetros.

Geo. Bonsor, copió. J G Mencia, cromolit. Lit. de J. Martinez.

VASOS ADORNADOS CON FAJAS ROJAS.

7

2.

4.

1.

Diam. 0m. 0.95.

Diam. 0m. 0.9.

5.

6.

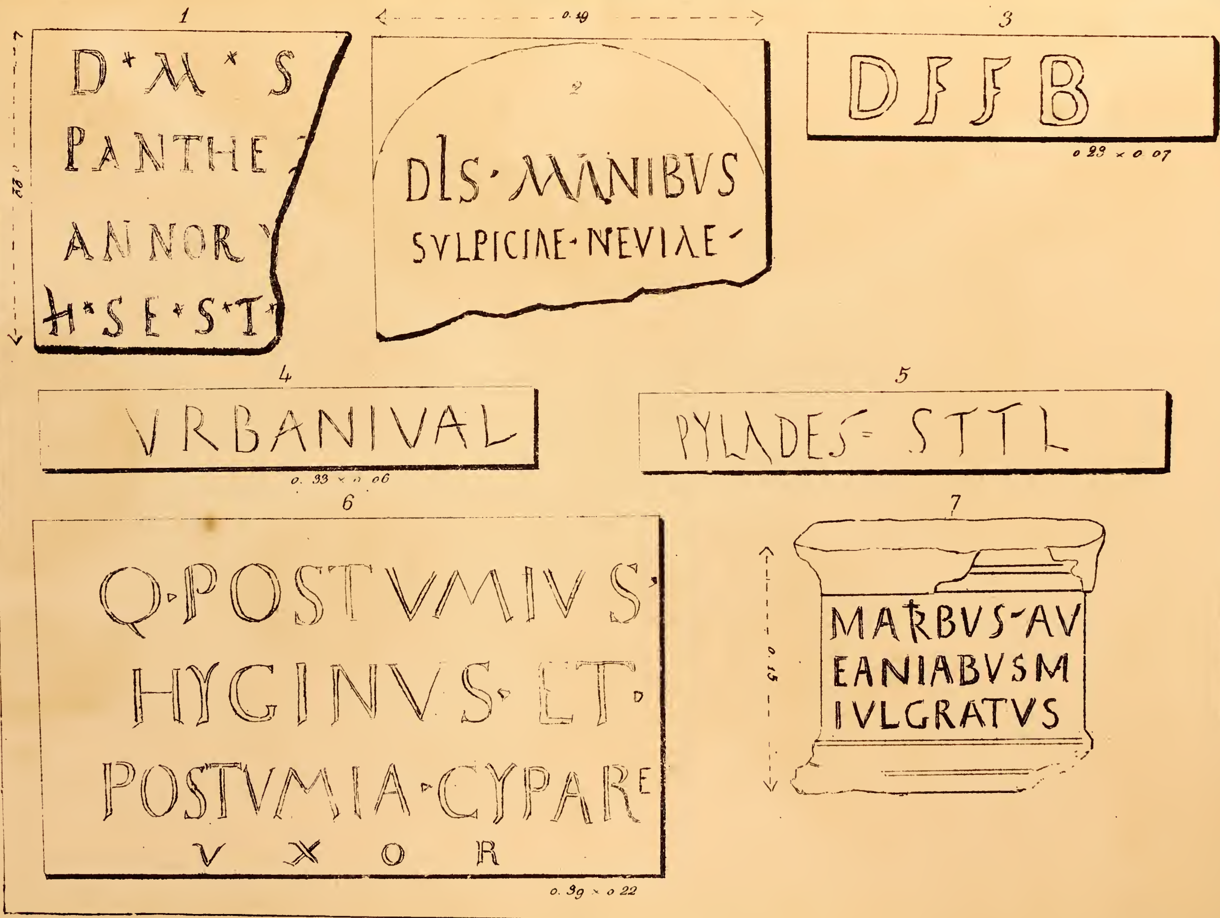
3.

Tamaño del Original.



Geo. Bonsor, copió del natural. *Julio García: cromolitografió* *Lit. de J. M. Martinez.*

VARIOS OBJETOS DE VIDRIO, AMBAR MARFIL Y CRISTAL DE ROCA.



Geo. Bonsor midió y dibujó.

Abad gº

INSCRIPCIONES.

Lit. de J. M. Martinez.



CABEZA DE MARMOL

(de fotografia)